

# SOY TU VOZ EN EL VIENTO

*Poesía reunida*



*Autor:*  
**LUIS BELTRÁN PRIETO FIGUEROA**

*Compilación:*  
**José Francisco Espinoza Prieto**



LUIS BELTRAN PRIETO FIGUEROA

Galindo  
2009

 SOY TU VOZ EN EL VIENTO   
*Poesía reunida*

Fundación Editorial



elperroy larana

© 2.ª edición Fundación Editorial El perro y la rana, 2018  
1.ª edición, 2013

Centro Simón Bolívar  
Torre Norte, piso 21, El Silencio,  
Caracas - Venezuela 1010.  
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

**Correos electrónicos**

atencionalescritorfepr@gmail.com  
comunicacionesperroyrana@gmail.com

**Páginas web**

www.elperroylarana.gob.ve  
www.mincultura.gob.ve

**Redes sociales**

Twitter: @perroyranalibro  
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

**Imagen de portada**

Acuarela, 1929 de Pedro Ángel González  
(Premio Nacional de Pintura).  
Del cuaderno de boda de la esposa  
de Luis Beltrán Prieto Figueroa:  
Cecilia Oliveira de Prieto.

**Diseño de portada**

Jairo Noriega

**Edición**

Alejandro Madero

**Corrección**

Xoralys Alva  
Juan Pedro Herraiz

**Diagramación**

Mónica Piscitelli

**Transcripción**

Morella Cabrera  
María Dolores Cervantes  
Ingrid Sánchez

Hecho el Depósito de Ley  
Depósito legal DC 2018000625  
ISBN 978-980-14-2496-3

IMPRESO EN LA REPÚBLICA  
BOLIVARIANA DE VENEZUELA



FUNDACIÓN  
LUIS BELTRÁN  
PRIETO FIGUEROA

© Fundación Luis Beltrán Prieto Figueroa

Edificio Sede del Ministerio de Educación,  
Esquina de Salas, Parroquia Altigracia,  
Piso 13, Oficina 13-17.  
Telfs. (0212) 506.82.72 / 82.74  
Fax: (0212) 506.83.13  
Página Web: www.fundaprieto.org

**Presidenta**

Cecilia Prieto Oliveira

**Directora**

Luisa Rodríguez Bello

**Vice-Presidenta**

Minelia Villalba de Ledezma

**Director**

Guillermo Luque

**Director General**

José Francisco Espinoza Prieto

**Tesorería**

Nelly Pinto de Escalona

**Director**

Gonzalo Prieto Oliveira

**Consultor Jurídico**

Francisco Espinoza Prieto



SOY TU VOZ EN EL  
VIENTO



*Poesía reunida*

LUIS BELTRÁN PRIETO FIGUEROA

Prólogo

GUSTAVO PEREIRA



# PRÓLOGO

## Nota sentimental para acompañar al Maestro Prieto

### I

Hace treinta años, en julio de 1982, en la Cumaná que viera nacer a su amigo Andrés Eloy Blanco y también a José Antonio Ramos Sucre, me fue conferido el honor de pronunciar unas palabras en homenaje a Luis Beltrán Prieto Figueroa en el acto académico mediante el cual la Universidad de Oriente le confería al ilustre maestro el más alto de sus reconocimientos, el doctorado Honoris Causa. Las concluí citando unos versos de su libro *Verba mínima* (“Para vivir las cosas/ primero hay que soñarlas”) no sin preguntarme cuántos, en la Venezuela de entonces, eran capaces de penetrar en lo que esa breve estrofa, viniendo de quien venía, simbolizara.

Cabe decir, que soñar las cosas significa también vivirlas plenamente para hacerlas posibles.

No en vano citaba en aquella ocasión aquellos versos de aquel libro, cuyo manuscrito había dejado en mis manos cierta mañana, seis años atrás, el entonces para mí prestigioso educador y político pero ignorado oficiante de la poesía. Aunque él había publicado un poemario que yo desconocía, *Mural de mi ciudad* (1975), y en las prensas de Editorial Arte aguardaba otro, *Del hombre al hombre* (1977), la sorpresa inicial de constatar que aquellos breves poemas, de lenguaje preciso y destellante, revelaban no solo acercamiento audaz a la expresión poética, sino a sus recursos sintácticos y semánticos, dio paso a una nota entusiasta que escribí en un diario de Caracas bajo la sospecha de que esas

tres compilaciones, que habrían de aparecer casi coetáneamente, no eran los primeros intentos de escritura poética del Maestro Prieto, como lo llamaban todos.

La suposición vendría a ser confirmada recientemente por José Francisco Espinoza Prieto, quien me dio a conocer un cuaderno guardado celosamente por doña Cecilia Oliveira de Prieto durante años, extraviado en sucesivos allanamientos a su casa y reaparecido y encontrado casi milagrosamente por su sobrino.

El mismo contiene poemas –en su mayor parte textos amorosos pergeñados bajo la preceptiva parnasiana– que si bien no añaden agua nueva a la obra del autor de *Verba mínima* (1978) nos sirven para percibir las presencias genéticas de un cauce. Escribe LBPF en la nota preliminar de *Mural de mi ciudad*:

Aun cuando cultivé desde adolescente la poesía, esta sirvió apenas para el interior regocijo y para la comunicación con personas de mi intimidad. Solo, ocasionalmente, publiqué versos. Además, entre nosotros, la poesía se considera como un subproducto, un quehacer distante de la lucha. Su reino se sitúa al margen del intrincado mundo donde se dilucidan las ambiciones de poder y la manera de alcanzarlo. Las preocupaciones por mejorar las condiciones de vida de los pueblos, la lucha por su liberación nacional, por la libertad de los hombres, por la salud, por la cultura, menesteres prosaicos, no obstante que han inspirado grandes e inmortales poemas, según el decir de algunos, no encuentran en los poetas líderes eficaces para convertirlas en realidades. Esa es razón para que puestos en la tarea política los poetas callen transitoria o definitivamente, o como las niñas púberes que pretenden esconder el brote candoroso de sus senos, ocultan con rubor su obra.

En la poesía de Luis Beltrán Pietro Figueroa late una visión celebratoria de la vida y sus criaturas, convertida

en quehacer comprometido y persistente. Siempre admiré en él, a la par que su mil veces comprobada honestidad y el humor chispeante y cáustico, ante todo la inmensa virtud de haber convertido su existencia en permanente acto de entrega a un ideal de redención colectiva e imperecedero magisterio. Acaso por ello, en la más pura de las lecciones martianas, y no solo como simple y pura expresión de afecto, les recordará a sus hijos, en la dedicatoria de la primera edición de *Verba mínima*, que “la única vida digna de vivirse es la que se reparte en trabajo premioso en favor de los demás”.

Si *Mural de mi ciudad* fue canto celebratorio de La Asunción, su pueblo margariteño en donde había nacido el 14 de marzo de 1902 (“Cuanto crece en tu suelo,/ espina o flor,/ serpiente o pájaro,/ guijarro o yerba,/ arcilla o caracol,/ madera, acantilado,/ fruta o semilla,/ me toca de su mano/ para fundirme en ti”), y *Del hombre al hombre* fervorosa afirmación de la condición humana en un mundo caracterizado por los grandes desequilibrios sociales y espirituales que propiciaron en el siglo XX dos guerras mundiales e innumerables crímenes y vejaciones imperiales (“Aquí mi testimonio/ irrefutable de asombro o ensimismamiento,/ en una búsqueda sin tregua/ de la humana presencia”), *Verba mínima* devino en recogido universo, cercano a la reflexión filosófica y experiencias espirituales pródigas en relaciones sugestivas, a la usanza de la tanka y el haikú japoneses cuya influencia está presente en sus breves poemas:

*El tiempo se queda suspendido  
en la rama que se quiebra  
con el peso del pasado*

o bien:

*El gato  
la garra afila*

*en la vigilia:  
solo un salto,  
sacrificio de pájaro!*

## II

A mediados de 1986 recibí una llamada telefónica del Maestro, quien terminada la redacción del que sería su último poemario, *Isla de azul y viento*, me preguntaba si quería ser su prologuista. Aceptado por supuesto el honor, quiso saber si podía enviarme los originales de inmediato y en cuánto tiempo podría escribir el texto. “Quiero tu franca opinión, trata esos poemas como si fueran de un enemigo”, añadió, no sin instarme, acto seguido, a que le comunicara sin ambages mis primeras impresiones.

Recibido el libro dos días después me hallé, al comenzar su lectura, con un inesperado presente: el primer poema, “Alumbramiento de Paraguachoa”, extenso y estremecido canto sobre la génesis telúrica y humana de la isla de Margarita, me estaba dedicado. Conociendo como conocía al Maestro, estaba seguro de que no me perdonaría ningún intento de cohibirme, por virtud de un elemental sentimiento de gratitud, a la hora de cualquier probable señalamiento.

Con timidez derivada del inmenso respeto intelectual que le tenía, sin embargo, me atreví a hacerle el prólogo cuando tres días después me llamó de nuevo, esta vez para preguntarme si había leído los poemas y mi opinión sobre los mismos. Una observación, en particular, me era particularmente cara, pero no sabía cómo decírsela sin temor a herirlo. Hasta que cuatro días después me vuelve a llamar para preguntarme si tenía alguna otra sugerencia y si avanzaba en el prólogo. Tal era su premura para entregar el libro a la imprenta.

Entonces me atreví a decirle que puesto que “Alumbramiento de Paraguachoa” me estaba dedicado y

por ello no podía sino, amén de orgulloso, sentirme condueño del poema, me habría gustado, si era posible, ver la penúltima estrofa, en honor a la verdad histórica, corregida. En el original que tenía en mis manos los primeros versos de esa estrofa mencionan así el arribo de los caribes a la isla:

*Arrogantes luchadores, los caribes  
someten hombres, persiguiéndolos por bosques y  
[pantanos.*

*Sus armas aguzadas, de veneno en la punta,  
disparaban al grito: Ana karina rote.*

*(Solo el caribe es hombre); era un cielo de flechas,  
de la playa hacia el bosque,  
del bosque hacia la playa...*

Como pude, le expresé al Maestro lo que sabía acerca de la expresión *Ana karina rote*, recogida por Gumilla en su obra *El Orinoco ilustrado y defendido*, escrita en la primera mitad del siglo XVIII durante su permanencia entre pueblos orinoquenses. Escribió el sacerdote jesuita:

Preguntados estos ¿de dónde salieron sus mayores?, no saben dar otra respuesta que esta: *Ana kariná roté*. Esto es: *Solamente nosotros somos gente*. Y esta respuesta nace de la soberbia con que miran al resto de aquellas naciones, como esclavos suyos; y con la misma lisura se lo dicen en su cara, con estas formales palabras: *Amucón papororo itóto nantó: Todas las demás gentes son esclavos nuestros*. Esta es la altivez bárbara de esta nación *cariba*; y realmente trata con desprecio, y con tiranía a todas aquellas gentes.

Habiendo resistido hasta el final a la invasión colonizadora, motejados de antropófagos como pretexto para esclavizarlos –la palabra canibalismo viene de la

deformación *caniba* que Colón y sus hombres oyeron por primera vez en las Antillas por boca de pueblos arawacos– los kari’ña o kari’ñako –nombre de los verdaderos caribes– serían denostados en la historiografía oficial también como soberbios y tiranos. Pero como demostraron entre otros el padre Las Casas, y en nuestro tiempo Marc de Civrieux y Esteban Emilio Mosonyi, la frase difundida por Gumilla (*ana karina rote*) es en realidad *na’na kari’ña rootema* y significa algo bien distinto: *nosotros somos gente de verdad*, para demostrar, como ocurre en todas las naciones aborígenes americanas, que el gentilicio se confundía, y se confunde todavía, con el concepto de ser humano.

El Maestro oyó en silencio mi argumentación y pocos días después me llamó para proponer una solución, que él llamó “intermedia”, a mi inquietud. En la bella edición del libro, aparecida poco después, en noviembre, la estrofa quedó así:

*Arrogantes luchadores, los caribes  
someten hombres, persiguiéndolos por bosques y  
[pantanos.  
Sus armas aguzadas, de veneno en la punta,  
disparaban al grito: Ana Karina rote.  
Era un cielo de flechas,  
de la playa hacia el bosque,  
del bosque hacia la playa...*

Había dejado la frase *Ana Karina rote*, pero sin la traducción.

### III

Con *Isla de azul y viento* culmina Luis Beltrán Prieto la línea sentimental con que quiso atar vívidas nostalgias a su querencia margariteña, ofrenda que la sensibilidad propicia en quienes asumen –nunca tardíamente– el

más profundo y auténtico de los compromisos: el que nos ata a una voluntad de entrega. Su poesía por tanto, pasados los setenta años de su vida, quedó unida a su condición de maestro y revolucionario puesto que, para decirlo en palabras de Miguel Otero Silva, el magisterio, la revolución y la poesía son los tres quehaceres más nobles que puede cumplir un hombre sobre la tierra, y Luis Beltrán Prieto los llevó consigo sin diferenciarlos entre sí, revueltos en su sangre como un mismo raudal de amor y de energía.

Todo joven –agregaba Miguel Otero Silva– adquiere en alguna circunstancia la obligación de ser revolucionario y enfrenta en ocasiones la necesidad de escribir versos,

pero cuando es un viejo quien se aferra a la llama de la revolución para que le ilumine el camino; cuando es un viejo quien acude al código de la poesía para que le descifre los sentimientos; entonces uno entiende mejor que nunca que la estatura del espíritu no se mide por edades ni por generaciones sino por la madera substancial que los hombres cabales tienen en el pecho: ese guayacán del alma que no se cuarteja con los soles ni se reblandece con los aguaceros.

En estos poemas sigue pues palpitando, más allá de toda exégesis o consideración crítica, el sello de lo vivido.

De lo vivido porque primero se soñó.

GUSTAVO PEREIRA, 2012.



**MURAL DE MI CIUDAD**  
(1975)



*A Miguel Otero Silva  
que nos tiene prometido un libro sobre Margarita*



# INVOCACIÓN AL CANTO



Llego a ti, solar de mis afectos  
a beber en tu corta geografía  
celeste claridad del mediodía.

Tierra de la heredad, arrullo y nido,  
donde creció la angustia  
y se engendró el destino  
de la sangre que llevo entre las venas,  
en tu contacto fluye  
generoso el anhelo.  
Pongo a volar los sueños  
crecidos en tu ausencia  
para el canto de fronda  
bajo el sol en tus campos derramado,  
paraulata que trina entre las ramas  
el trino mineral  
de la tierra quemada  
que sube y sube al aire  
persiguiendo una gota de rocío.

Cuanto crece en tu suelo,  
espina o flor,  
serpiente o pájaro,  
guijarro o yerba,  
arcilla o caracol,  
madera, acantilado,  
fruta o semilla  
me toca de su mano  
para fundirme en ti;  
ser de tu arcilla  
la múcura sonora  
pulida de tus dedos,  
con agua fresca y pura  
crecida en tus neblinas.

Cuando el río de tu aroma se desata  
inundándolo todo con su aliento

y sus olas cabalgan las laderas,  
yo me siento en ellas sumergido,  
una gota de viento iluminada  
entre las ramas preso.

Tierra fundida  
en el fuego de amor de la montaña,  
hechura diligente de tu pueblo,  
cuanto eres lo hizo  
la mano de tus hombres.  
Te engalana el donaire que pusieron  
hacendosas mujeres  
que te fueron haciendo a su medida  
ni más ancha, ni más angosta:  
cabes sobre la palma de la mano.

Todo te identifica y te distingue:  
el aire transparente,  
la luz que te ilumina,  
el canto de tus pájaros,  
la espina endurecida de tus cardos,  
tu cántaro de adioses y saludos,  
la sonrisa resbalada en la cara de las mozas,  
la sílaba de amor, la paz del campo,  
la neblina, la flor, el río,  
la piedra dislocada que camina  
bajo el rayo del sol de mediodía,  
tus laderas de sombra enrevesada,  
tu seca sequedad que se alimenta  
en el escaso vuelo del rocío,  
el rumor de la ola que te llega  
tramontando en azul desde muy lejos.

Tus rincones, tus calles  
tus parques repartidos,  
tus cerros aledaños,  
tus senderos sombreados y olorosos,

tu templo de impávido campanario,  
símbolo madrugador de la ciudad  
cuando un hálito diluido de campanas  
despolvorea  
su polvo de sonidos en el aire  
que se hace sonoro,  
camina las distancias,  
enciende la quietud,  
ardido todo en el ardor glorioso  
de la sana alegría  
del canto mañanero  
que corre hasta perderse  
disuelto en lejanía.

Ciudad de larga historia y gente escasa,  
tu geológica forma conformada  
te viste en el paisaje  
para hacerte de verde  
a pesar de la inhóspita sequía;  
tu abanico de fronda  
bate y abate el día  
en el ruido musical de los cicales  
que filtran la calor, doman el viento  
y lo hacen circular parsimonioso  
en el cerrado cuenco de tu valle.

Ciudad alguna  
tu gracia tiene y tu donaire tiene.  
Trajinada del día  
bajo el callado manto de las horas  
que transcurren multánimes  
mientras crecen y mueren  
tallos, hojas y flores  
calcinados del viento.  
El tiempo que no duerme ni se agita  
cayó como una gota implacable y tenaz,  
horadó en tu roca de silencio

impenetrable  
y te forjó la insignia  
de la ciudad del sueño y la vigilia.

Vengo a ti, mi Ciudad, para decirte  
mi palabra de amor;  
para rendirte  
el ferviente homenaje de mi vida.  
Mi canto  
se ha estado madurando  
hondo y señoero,  
de tus mieles se endulza,  
en tus sales se baña  
y crece como flor entre las breñas  
apenas remojada de rocío.

Lo dejo entre tus copas,  
a la altura del nido,  
porque creció con alas  
y es un arrullo tierno.

# ANDANZAS DE LA CIUDAD



## EL DESCUBRIMIENTO

### I **La Margarita**

En su cuarto creciente  
rielaba la luna sobre la mar picada.  
Venía rumbeando el Almirante  
después de descubrir la Tierra Firme,  
bautizado del río que según su creencia  
nacía en El Paraíso.  
Paseó los Jardines de la Tierra de Gracia,  
enfiló por el Golfo de Paria rumoroso  
y amaneciendo el día 15 de agosto  
penetró en el Mar de los Caribes,  
que al verse sorprendido  
de las descubridoras naves  
irritado creció de altas espumas,  
sus corolas deshizo entre las olas  
que iban a morir en los costados  
de los navíos invasores.

El virginal estrecho fue violado  
por la agresiva quilla  
para un parto de islas amorosas  
arrulladas del viento en cuna móvil,  
una entre todas, flor y mariposa,  
a estribor de la nave capitana  
extendía sus pétalos de aire,  
puso a volar sus alas en azul  
para atraer la voz del Almirante  
que la nombró con nombre: MARGARITA  
princesa de la mar, flor de las islas.

A lo lejos la Isla se divisa  
esmeralda esplendente sobre las altas cumbres

y en los serenos valles  
fresca sombra en reposo,  
contrastes con los riscos de la orilla,  
pirámide de arcilla y piedra dura,  
cemento mineral, crispada arista,  
peñasco resistido hasta la muerte  
puesto dentro del mar y junto al viento,  
armonioso bajel desarbolado  
que la ola ni balancea ni lo hunde  
porque su ancla de sombras en el agua  
lo inmovilizó para los rumbos  
y lo dejó dormido  
para que el mar batiera sus costados,  
eternamente,  
pedestal en el tiempo detenido.

No paseó su planta el Almirante  
sobre las playas de La Margarita,  
“isla muy bella y graciosa por de fuera  
y por dentro harto buena” como dice Las Casas.  
Sin embargo a Cubagua  
la calva tierra inhóspita,  
hizo bajar marinos  
que volvieron cargados con aljófares,  
que le hicieron decir con voz quebrada:  
“Digoos que estáis en la más rica tierra,  
démosle pues las gracias al Señor”  
y enfiló por la costa  
hasta el cabo que después se llamaría La Vela,  
poniendo rumbo franco  
que lleva a La Española.

## II El Valle de Santa Lucía

“Del oro y perlas ya está abierta la puerta”.  
La noticia corrió por toda España,  
la codicia se hizo marinera  
con Pedro Alonso, que apodaban El Niño,  
Cristóbal Guerra, que fue su compañero.  
Precedidos de Alonso de Hojeda,  
Juan de la Cosa y Américo Vespucio  
que siguieron la ruta de Colón  
en dos viajes distintos  
y ancoraron sus naves frente a la Margarita  
con un batir de alas de gaviotas,  
pesadas zambullidas de alcatraces  
y un saludo de brisa de la costa.

Bajaron a la playa  
donde las mansas tribus guaiqueríes  
llevaban una vida de pura subsistencia,  
comiendo de los frutos que produce la mar  
y de aquellos que es pródiga la tierra.

Entre los arcabucos espinosos  
enfilaron sus pasos los viajeros  
buscando los bajíos,  
ensanchando los trillos  
abiertos por los indios,  
penetraron de pronto en recinto oloroso  
donde se posa, quieta, deslumbrante,  
la llama azul del día,  
lanzas de la aurora con sangre y rocío  
en las letras sonoras y claras del nombre  
que nombra y renombra.  
Era un huevo de luz en nido de montañas,  
un valle rumoroso con un río al costado,  
claro y puro de linfas,

espejo cristalino de la luz y la sombra.  
La tierra confinaba con un cerco de verdes  
que se abre hacia el Este  
hasta tocar el mar desapacible  
de donde sopla el viento remojado de sal  
y llega el ruido sordo  
de la ola que rompe en los peñascos.  
Hacia arriba colinda con el cielo,  
son tuyas las estrellas,  
las nubes y la brisa,  
la noche palpitante  
y la paz inefable  
del bosque y de los nidos.  
Probablemente por los ojos heridos de la luz  
nombraron ese valle de la Santa Lucía.

Acaso ellos no fueron  
los del bautismo cristalino.  
La historia calla el nombre  
y darle el padrinazgo  
a los exploradores primeros de la isla  
es enhebrar sus nombres  
en la aguja que teje los fastos de la historia.

Disfrutaba allí plácida vida el aborigen,  
ingenua gente de apacible temple,  
abiertos a la voz del tiempo sumergido  
que llama a la hermandad y la esperanza,  
sangre de la conquista  
que misturó las razas  
y nos dio el tipo humano  
donde están las raíces  
de vicios y virtudes,  
en el amasijo prodigioso  
donde se amasan hombres  
de villas y ciudades.

Mansos y dadivosos,  
labradores en tierra,  
en la mar pescadores,  
ofrecieron presentes  
a la extranjera gente codiciosa  
que después venderán en almoneda  
los indios arrancados a la tierra,  
que morirán distantes  
secas ya sus telúricas raíces.

Volvieron a la playa muy tarde los viajeros  
y junto al mar, frente a la ola,  
miran la espuma herida  
en su blanco lamer de arena y piedra  
mientras crece la sombra  
y el azul de la mar es sombra densa  
de cristales dormidos en el humo.  
Se perdieron después  
enredados de rumbos  
en tierra primeriza  
para el alumbramiento  
del nombre tempestuoso  
de la Tierra de Gracia.

### III **La Asunción**

La historia no es muy clara  
porque van confundidas  
Margarita y Cubagua:  
en esta, explotación, inicuo trato  
para los pescadores de las perlas;  
en aquella, apacible doma de los ganados,  
la labor de los granos y la espiga.  
Era la misma gente  
que se trasiega y crece  
de uno u otro lado

y cuando ya no hay pesca  
y Cubagua es la ruina de la furia del mar  
se funden en las villas y ciudades  
al abrigo celeste de la Margarita  
donde “todos reposaban faltos  
de pesadumbres y de sobresaltos”  
como lo cuenta Juan de Castellanos.

A la orilla del mar, en el Sureste,  
creció la Villa del Espíritu Santo,  
frontera con el Valle de Charaima;  
y más allá, sin que se sepa cuándo  
ni quién ni cómo fue fundada,  
La Asunción se levanta  
sobre el valle poblado de la Santa Lucía;  
tomó la preeminencia de ciudad,  
alejada del mar y más segura  
del ataque alevoso de piratas  
que plagaban los rumbos antillanos.  
Pero no estuvo indemne  
metida entre su anfiteatro de montañas,  
porque hasta sus murallas se acercaron  
tropas de desalmados bucaneros,  
ingleses, franceses, neerlandeses  
que dejaron cenizas donde animó la vida  
y fue confusa sombra la paz de los que huían  
de furias desatadas de la muerte,  
del pillaje y del robo.  
Agotadas las perlas  
la ruina se cernió sobre la Margarita,  
sus gentes emigraron a otras tierras  
y quedaron sembrados en penuria  
escasos habitantes  
que en caza, pesquería y contrabando  
mantenían la vida trabajosa,  
cada quien con su afán  
en la labranza propia,

pendiente de la lluvia o la sequía  
porque nunca creció con abundancia  
el agua para el riego y las cosechas.  
En la magra existencia resistida  
se forjó la estatura de un pueblo diligente  
donde todo se alcanza con esfuerzo.

Peregrino de tierras y distancias  
funda villas, ciudades florecientes  
y torna a su querencia  
buscando las raíces escondidas.  
Donde quiera que va  
la tierra va con él,  
de su esencia cristalina  
de metálica estirpe resistente  
saca el aliento que lo vivifica  
sembrado distante  
es la pura semilla sustancial de su raza.

## Lope de Aguirre

Negra la noche. Turbulento el mar.  
Las olas encrespadas  
hacen crujir violento el maderamen  
de dos veleros que al paio se deslizan  
con viento herido. Crepitan las jarcias  
bajo un chubasco sordo y persistente.  
Ni un vislumbre de costa  
ni una ceja de monte,  
la total orfandad entre la mar y el cielo.  
La cerrazón hacía indescifrable el rumbo  
pero el piloto era sabedor de su oficio.

Amainó el temporal. Amanecía.  
Era la víspera de Santa Magdalena.  
El verde cono enhiesto  
de un monte centinela  
se divisó a lo lejos,  
y la imprecisa línea  
de la costa fragorosa  
se destacó después.

Los veleros venían de muy lejos.  
Los pescadores que los divisaron  
dijeron aterrados: “¡Piratas a la vista  
por el rumbo del norte!”  
Las naves enfilaron hacia puerto.  
Cuidadoso, el piloto,  
para medir la hondura  
ordenó hacer prueba del escandallo  
y desde proa se oyó el grito herido:  
“¡Tres brazadas, fondo arenoso!”  
Arrojaron las anclas  
de Paraguachí en la ensenada riesgosa.  
A la orilla llegaron sigilosos  
los vecinos,

mientras desembarcaban  
soldados macilentos  
y un hombre extraño  
de barba gris y paso claudicante,  
duro el gesto, afirmativo, adusto,  
flaco de las penurias de larga travesía,  
con fingida humildad  
se presentó cual gente  
de tránsito al Perú;  
después de nueve meses de buscar El Dorado,  
atravesando selvas  
y navegando sobre el río Marañón  
arribaban hambrientos y enfermos  
para impetrar la ayuda de los margariteños,  
reponer la salud, disfrutar un descanso  
y allegar los recursos para matalotaje.

“Yo soy Lope de Aguirre,  
el general de estos valientes,  
conocido en Perú  
por mis largos servicios al Rey nuestro señor”,  
dijo el hombre pequeño  
de mala catadura,  
señalando a los hombres tendidos en la playa,  
tiritantes de fiebre,  
con palidez mortal sobre los rostros.  
Luego extendió la mano  
alargando presentes generosos:  
una capa bordada en oro fino  
y una copa de plata,  
a aquel que le ofreciera  
la cordial bienvenida  
con la promesa de traer desde su estancia  
comida y pan,  
para la pobre tropa desvalida.

Conocido el arribo  
de quienes simulaban  
ser pacífica gente,  
se aprestó afanoso  
don Juan de Villandrando,  
gobernador novicio de la Isla,  
que al otro día llegó a la playa,  
de paz, sin armamento,  
de comitiva corta secundado.  
Aguirre lo saluda cordialmente,  
solicita permiso para desembarcar sus compañeros  
provistos de sus armas,  
a lo que accede sin malicia el visitante.  
Venían los marañones  
con arreos guerreros:  
arcabuces, lanzas, espadas, picas.  
Rodearon al ingenuo gobernante  
a quien hicieron preso  
a la par de sus acompañantes.

Imperioso ordenó Lope de Aguirre  
montar en ancas de su propia bestia  
al bisoño señor de Villandrando  
y echó por los senderos olorosos  
de los valles dormidos  
Paraguachí, Santa Lucía,  
trecho obligado para llegar al puerto  
del Espíritu Santo o Pueblo de la Mar.

Saquearon en el tránsito  
las casas de las huertas y estancias,  
llevándose las armas  
y toda pertenencia de valor.  
Contra la gente de la Santa Lucía,  
valle fértil y rico de sembrados,  
se ensañó el caudillo;  
por eso en las conciencias

quedó impresa la terrífica figura  
del tirano brutal.

Cuarenta días angustiosos  
permaneció el Tirano en Margarita,  
sembró desolación y llanto y muerte.  
Villandrando, su alcalde y la gente de pro  
fueron asesinados, robados, apaleados...  
Ana de Rojas, esposa de don Pedro Gómez,  
hermosa dama de gallardo porte,  
undosa cabellera que caía  
sobre la blanca espada,  
talle esbelto, piernas contorneadas,  
al viento se mecía pendiente de la horca  
levantada en el rollo de la plaza.  
Su marido también fue asesinado  
a la par de dos frailes dominicos.  
Por sospecha de traición  
hizo morir a más de veinte compañeros,  
incendió los poblados,  
se llevó perla y oro, las cosas de valor  
y como lastre embarcó las armas,  
el hierro, los pertrechos,  
resguardo defensivo de la Isla.

Fueron cuarenta días, largos y tormentosos.  
Su memoria perdura en la leyenda.  
Si evocan la maldad, su nombre evocan  
mientras la gente ingenua se santigua  
y dice que lo miran penitente  
corriendo los caminos al trote del caballo  
de abundosa crin, blanco pelamen  
que se pierde en el medio de la noche estrellada.

## Fuego y ceniza

Así como a la miel ocurren prestas  
laboriosas hormigas,  
la propagada nueva de las perlas,  
una riqueza fácil  
surgida de la mar en Margarita,  
atrajo a los piratas,  
despertó la codicia de naciones  
que armaron sus corsarios al rescate,  
invadieron de velas  
sin ley ni miramientos  
las rutas del Caribe.

Zozobra era el trabajo,  
sobresalto y angustias  
el sueño y la vigilia,  
todo era recelar,  
el toque de arrebato  
diluía las campanas cristalinas  
para anunciar la nueva  
de un ataque alevoso.

Era dejar la azada  
para tomar la lanza,  
el arcabuz, la espada  
o buscar en la huida  
sendas de la montaña protectora  
abandonando todo  
para salvar la vida.

Trincheras, parapetos,  
murallas, fortalezas  
fueron organizados  
para hacer la defensa  
de la ciudad naciente.  
Pero fue siempre débil

el esfuerzo rendido  
contra la acometida  
de enemigos más fuertes.

Aquines, Sacripantes, Mantenón  
con Nieburg y otros tantos  
decorados ladrones de los reyes  
asaltaron violentos La Asunción,  
saquearon, incendiaron  
las viviendas, los templos;  
hicieron prisioneros,  
impusieron rescate  
por sobre las cenizas  
que inundaban los campos  
y el dolor y las lágrimas  
que fecundan raíces  
de la nueva ciudad  
crecida del incendio.

Todo era rehacer,  
tejer y destejer  
en la malla de un tiempo ilimitado.

El pueblo diligente se afirmaba  
adherido a la tierra:  
la siembra de tres razas,  
cosecha dura  
proyectada al futuro  
en lucha sempiterna contra los elementos,  
viviendo entre la lluvia y la sequía  
pero sin doblegarse a la inclemencia  
del tiempo malo,  
de la vida difícil.

Así surgió en la historia  
y se afirmó gloriosa  
entre los sacrificios y trabajos

la Ciudad resistida y resistente.  
Fue el baluarte en la lucha  
tesonera y gallarda  
de hacer la libertad de Venezuela.

Pavesas y cenizas fue de nuevo  
en la brega tenaz de independencia:  
Urreiztietia, sangre de la conquista,  
quería que no quedase  
piedra sobre las piedras  
y la redujo a escombros  
entre el humo deshechos  
que perduran gloriosos,  
testimonio del temple  
de un pueblo que no rinde sus bastiones  
y mantiene en lo alto su hidalguía  
para ejemplo señero  
de las generaciones venideras.

La Asunción es un pueblo  
de la lucha más tensa,  
de la brega más larga  
durante cuatro siglos,  
pero siempre resurge  
incólume bandera desplegada,  
la resguardan sus montes,  
la mantiene el espíritu  
de su gente hacendosa,  
su persistente arrojo  
que abre cauce a la vida  
y enarbola esperanzas  
en toda empresa noble  
en donde esté presente  
la inmanencia del hombre.

## El hambre y la sequía

Períodos de sed o de abundancia  
acompañan el ritmo de la vida  
en la agreste campiña de la isla,  
en la Ciudad severa y vigilante  
sobre sus flancos verdes,  
sus trochas amarillas,  
en sus valles dormidos, silenciosos,  
la tierra fértil cuaja abundosa cosecha  
cuando la lluvia acude  
a fecundar los campos.

Las frutas y los granos se suben a la mesa  
de la esforzada gente campesina  
derramada en la dádiva  
de cuanto sobra y crece,  
la esplendidez del pobre,  
la parquedad del rico  
parecen no medir las horas incesantes,  
que tras de la abundancia  
anuncian la sequía  
del tiempo de la espera  
en la inútil labranza de la tierra reseca.

Entonces los azules del cristalino cielo  
se hacen más azules  
más puros, más brillantes,  
ni un pañuelo de nube  
interrumpe el metálico  
relucir de los días.

Es un ascua la tierra,  
una fragua incesante  
resoplante y caliente,  
las piedras son de fuego,  
la sombra no da sombra

porque el calor reseca,  
el suelo por mil grietas  
eleva su plegaria  
transportada en el viento,  
la fogata agobiante  
cobija la llanada,  
mustia el retoño tierno,  
tuesta la flor abierta  
y evapora el rocío  
cuajado de mañana entre las hojas.

Entre los arcabucos de espinosa maraña  
las cabras se rebuscan arañando la tierra,  
escarban las raíces,  
mordisquean los cardones  
buscando en sus reservas  
apaciguar la sed.  
Comen las vainas secas  
que dan los cujizales  
y son entre las breñas retostadas  
símbolos de una tierra  
donde la sed no cesa.

No hay horas de reposo,  
el tiempo que transcurre  
en el día o en la noche  
es del sudor copioso,  
de la boca reseca  
de anheloso respiro.

El hombre mira al cielo  
en busca de los signos  
presagios de la lluvia,  
la nube pasajera  
la barre el viento seco,  
Guayamurí con gorro  
anuncio de las aguas,

levanta cristalina  
su erguida aguja azul  
perdida contra el cielo  
entre los mil azules  
techumbre de la isla  
en transparente gasa.

El viento, el viento, el viento,  
de la tostada arista  
de la piedra y del suelo  
arrastra el polvo tenue  
en remolinos densos  
que suben a la altura  
y dejan en las calles  
hojas, arena, piedras  
y en la boca, en la nariz, en los ojos  
estornudos y lágrimas.

Detrás de la sequía  
que se prolonga y crece  
el hambre es un fantasma,  
hace emigrar los hombres  
en densas caravanas  
hacia la otra costa  
donde buscan trabajo y alimento  
para acorrer los hijos,  
mientras la madre queda  
sufrida y cuidadosa  
conservando el hogar.

La madre es la guardiana  
de la entrañable herencia  
de un pueblo peregrino,  
forjador de caminos,  
abierto a la esperanza  
que está en cualquier recodo

o no está en parte alguna,  
pero nunca la pierde  
y la busca afanoso  
hasta rendir la vida  
en la dura tarea interrumpida.

El mismo ciclo seca los jagüeyes,  
disminuye las aguas de los ríos  
y es anuncio del tifus y la disentería.

En varias de esas rachas,  
de la disentería, emetina, bismuto,  
sangre, sangre y el grito,  
taladro de la noche,  
se fueron los abuelos y detrás el hermano  
dejando llanto y sombras  
en el ritmo que engarza  
el sucesivo paso de años y de siglos  
en “la isla de los lobos peregrinos”  
donde canta el amor y no se agota  
la cristalina fe de su destino.

## La gobernadora doña Aldonza Manrique

Ignorada mecíase  
en la empinada cresta  
de una ola gigante  
América la ignota.

Por los rumbos inéditos  
se fue tras de la idea  
de la tierra distante  
el hábil navegante,  
Quijote de los mares,  
en el viento el velamen  
de las tres carabelas.

Aldonza vendrá luego,  
Dulcinea peregrina  
trocada en escudero  
para el noble designio  
de regir los destinos  
de ínsula surgida  
en el azul marino  
con nombre de mujer  
y a mujer destinada  
para el mandato cierto  
contra desaguisados  
de malandrines, piratas y follones  
armados para el robo,  
incendios desatados  
y la muerte sin ley  
en las desiertas playas.

Aldonza Villalobos,  
hija del licenciado  
oidor don Marcelo,  
vino a ser la primera

mujer gobernadora  
del Nuevo Continente.

Heredó de su padre  
la carta de su ínsula viajera  
llamada Margarita,  
sobre ella se estrenó  
la femenina mano  
en gobierno de pueblos  
donde la indiana gente y la española  
confundieron de sangre sus torrentes  
para una sola raza  
hija del mar y en la mar señora,  
asombro de la historia en el esfuerzo  
y en el tesón glorioso  
de hacer la libertad,  
sembrar el grano y cosechar el fruto,  
exaltar en las perlas sus tributos  
arrancados del mar junto a los peces.

Doña Aldonza Villalobos y Manrique  
primera gobernadora de la Margarita  
por medio de tenientes encargados  
estableció la ley, hizo justicia,  
asentó los errantes guaiqueríes  
en villas y poblados,  
plantó iglesias, castillos,  
santuarios de oraciones o de balas:  
unas para el convivio  
entre la indiana gente adoctrinada,  
otros para los bucaneros de la guerra.

La sangre de su estirpe  
se vertió generosa  
cuando invadió sus predios  
Aguirre, el desalmado aventurero  
o flamenco pirata

hirió en duelo mortal  
al hijo de su hija  
que rindiendo la vida  
puso fin a la herencia  
que el abuelo forjó  
para gloria de Aldonza,  
Dulcinea de la hazaña  
de establecer gobierno  
en primerizas tierras descubiertas  
por el triste caballero  
de la andante oceánica aventura  
que en el viento se fue tras los molinos,  
arremetió cabreros y gigantes  
en la tenaz locura  
de completar el mapa  
con la tierra llevada en sus sandalias.

## La batalla de Matasiete

*A los hermanos Jesús Manuel y Efraín Subero*

Al cobijo de sombras  
de los tiempos heroicos  
me contaba el abuelo Baltasar  
el cuento de su padre,  
el coronel don Juan Miguel de Lárez  
que combatió en Matasiete:

“Una mañana clara,  
decía la voz del viejo,  
de julio calcinante  
en su último día  
desplegó sus ejércitos Morillo  
al pie de la montaña,  
por el abra del este  
del valle rumoroso  
de la Santa Lucía.  
Acampó junto al río,  
bajo de los cocales,  
se subió a la ladera  
de la piedra crispada,  
de los cardos hirsutos,  
para ver desde lejos,  
bajo un tapasol verde,  
el rudo entrecruzar de la batalla.

Lo esperaban alertas  
los brazos insulares,  
hombres de sal y greda  
de pacífica siembra  
o de la red despierta,  
hechos a la aventura  
de la mar y el viento,  
vestidos con harapos,  
magros de hambre y de sed,

pero fundidos todos  
en el gesto resuelto  
de mantener la Isla  
como cuna del parto de las hijas  
donde es rosa de amor  
la libre voluntad del ciudadano.

A la media mañana  
se inició la función,  
el choque de los cuerpos y las lanzas  
de infantes y jinetes,  
plomo de los fusiles,  
retumbar del cañón.

Por los flancos maltrechos  
los infantes se cuelan,  
pero acude resuelto  
el general patriota  
Francisco Esteban Gómez,  
cierra el cerco y vigila  
y muerto su caballo  
con el sable en lo alto  
manda la acometida.

Retroceden las huestes enemigas,  
La Caranta vomita  
metralla destructora,  
de Cerro Colorado  
acuden los refuerzos españoles,  
el campo es todo un ascua:  
cazadores, jinetes  
confundidos se baten.

Es desigual la lucha,  
contra ejércitos décuples  
del hispano bravío  
con armas y pertrechos abundantes,

combate cada hombre de la Isla  
excedido en desnudo  
porque iban inflamados  
de patriótico espíritu.

Los Cocos, Salamanca,  
Las Tapias, La Otrabanda  
guardados por titanes  
resisten la embestida.  
Las baterías de La Libertad  
cierran el paso que lleva a El Portachuelo,  
objetivo final de la pelea.

Son cientos los muertos y heridos  
de la gente enemiga.  
En las olas del viento  
se tocaban las copas  
de las ramas cruzadas bajo el sol.  
Guarecida en la sombra de los árboles  
la pasión arrebatada,  
estremece los brazos,  
en las manos seguras  
el fusil o la lanza, las espadas  
chocaban en la muerte,  
de las venas rasgadas  
fluía ensangrentada  
lluvia hasta las raíces  
que harán crecer la savia  
para el amargo fruto  
del rencor y del odio,  
pero sobre la altura suspendida  
tremolará gloriosa  
la insignia de la patria.

Los hombres, las mujeres  
sobrados en valor  
palmo a palmo defienden

el sitio donde bregan.  
Es un heroísmo colectivo  
que se arraiga y se extiende  
del jefe a los soldados;  
cada quien en su puesto  
multiplica el denuedo:  
vivir tiene sentido  
si por la libertad se exalta y crece  
la voluntad de persistencia.

La muerte es honorífica  
cuando quiebra la vida  
con el deber cumplido  
sin doblegar la frente.

Los nombres, poco importa:  
Gómez, el comandante,  
Lárez, Figueroa, Fermín,  
Maneiro, Pablo Ruiz,  
Mata, Picaso, Juan Bautista Cova,  
Pancho Antolín, Sarmiento,  
Espinoza, Villalba...  
el pueblo derramado,  
toda una teoría de obstinados,  
que tenían la divisa  
de morir o vencer,  
siguiendo la consigna del caudillo:  
"Podrá ser Margarita  
reducida a cenizas  
pero no esclavizada".  
Se esparce por el aire  
de pólvora y ceniza,  
erizado de sombras de la muerte,  
de dolor y de lágrimas  
el grito de ¡Victoria!  
De monte a monte  
en el cuenco del valle

estalla el entusiasmo fervoroso  
en la voz del clarín,  
en el redoble tenso de tambores:  
Margarita la heroica  
con el esfuerzo noble  
de sus claros varones  
se subió hasta la gloria,  
lo pregonan la brisa  
y lo canta la historia”.

Se detuvo en la tarde  
la palabra del cuento del abuelo.  
Brisa suave del este  
traía rumor de ola,  
perfume de las rosas  
en sutil transparencia,  
canción para el arrullo  
de las voces que crecen en los himnos.

La quietud salpicada  
en la eternidad de las cigarras  
nos transporta a las horas  
crepitantes de hazaña.  
Vimos pasar los héroes,  
sus muñones sangrantes,  
su impavidez resuelta,  
junto a ellos marchaban  
sonrientes las mujeres.  
El campo desolado,  
la sangre dislocada que corría,  
precio de la victoria  
y en mitad del camino  
el anhelo del pueblo  
que por sobre la muerte  
señala el rumbo fijo  
vuelto hacia la esperanza,  
que no es batalla trunca,

de un día, de una hora,  
sino vigilia permanente  
sobre el flanco del tiempo  
de los héroes inéditos.

## El incendio de la tagua

*Al presbítero Manuel R. Montaner Salazar*

A la orilla del río,  
vigilante del tiempo  
la tagua coronada  
de siglos y de años  
extendía sus ramajes  
para servir de techo  
al espacio que va de Víctor Silva  
hasta la palizada  
de Eloy Navarro Rivas.

Un amplio trecho  
con aljibe al costado  
y la poza de agua  
refrescada en la sombra,  
lavadero con cantos femeninos.

Al tronco desigual  
no daban la medida  
los brazos enlazados  
de muchachos y jóvenes  
venidos a su vera  
para trenzar los juegos  
de alborozo y entrega  
después de las labores de la escuela.

Era la hermosa cabellera del bosque  
que envidiaban los ceibos y samanes,  
los árboles gigantes  
sembrados en la orilla  
a lo largo del río.

Sus ramas entre nubes  
cobijaban los nidos

que poblaban de trinos  
los senderos del alba  
y las plácidas horas del crepúsculo.

Por entre las rugosidades y meandros  
de la dura corteza  
penetraban abejas  
para hacer sus colmenas  
y fueron tentaciones de la miel  
que empujaron las manos  
de rapaces inquietos:  
el Negro de Cornelia  
y Enrique el de Sara  
que hurgando descubrieron  
una guanota ¡así... de grande!  
de panales rellenos.

Golosos de dulzura  
inseguros del éxito  
de sus manos con toscos instrumentos,  
recurrieron al fuego  
para que les hiciera la tarea,  
pero la entraña seca  
del árbol centenario  
como yerba en verano  
prendió con llama desatada  
que cubrió con sus lenguas  
las riberas del tallo,  
trepó sobre las ramas  
y toda aquella arquitectura arbórea  
se convirtió en una flama  
que al cielo se subía  
con crepitar de nidos  
entre un piar de polluelos  
y aletear de las aves  
sorprendidas en sus altas moradas.

Estaba la ciudad  
de luz resplandeciente,  
cien lunas le brindaban  
su bruñido topacio  
en el ascua prendida  
que era la Tagua ardiendo.

El incensario abierto  
quemaba en la resina  
la terrenal frescura  
que en el soplo del norte  
se expresaba en el humo  
sobre un altar agreste  
suspendido en la altura.

La gente por las calles  
no durmió esa noche.  
En el incendio se esfumaba  
quemada tradición en la ceniza.  
La catedral del río  
con sus naves de fronda,  
su púlpito de nidos,  
su presbiterio verde,  
su campanario trémulo  
de campanas de aire,  
su coro hecho de pájaros y niños  
corría sobre la brisa.

Después de la solemne  
ceremonia en la muerte  
el silencio se hizo  
consagración de ofrenda  
en la tumba del viento.

Había compungidas  
palabras de recuerdo,  
palpitar de luceros encendidos

en una hoguera tensa  
donde queman sus vidas  
hombres desnudos sobre la esperanza  
y mujeres que tejen en la lumbre  
el destino de un pueblo iluminado.



# COLINAS Y MONTAÑAS



## Colinas del castillo de Santa Rosa

El cerro Santa Rosa  
en donde está el Castillo  
sirve de mirador de la ciudad.  
Por laderas de rojos cangilones  
las casas trepan  
como cabras que triscan  
en el arisco matorral reseco.  
Sembrado en el costado  
el pozo cristalino,  
engarzado zafiro  
en metal de montañas  
con transparente vuelo de gaviotas,  
refleja entre sus aguas  
la adusta piedra inmóvil  
del cerrado recinto vigilante.

Desde las almenas del Castillo,  
desde los gruesos muros  
del patio de bandera,  
como en una vitrina  
resalta el claro ambiente  
del valle de la luz.

Corola sobre la hierba abierta  
es la ciudad mecida de la brisa,  
en sílabas de amor desparramada,  
con sus verdes cicales de abanico,  
sus calles serpeantes, su arboleda  
de frescura olorosa,  
cubierta para el sol  
en el claro topacio de sus robles,  
el rubí restallante en las acacias  
y el rumor de esmeraldas frutecidas  
en medio de la paz de las conciencias  
en mi pueblo amoroso y diligente,

de la voz sin recato  
que se entrega al futuro  
construido de la callosa mano  
y de la mente incesante que no duerme.

Contra el tiempo y el viento  
en la piedra rugosa levantado  
centinela sembrado  
corona coronando la colina.  
Mundo de soledad  
fue testigo del crimen y la muerte,  
glorioso baluarte entre la noche  
para el pueblo viril que hendió sus puertas  
y trepó sigiloso por sus muros  
para hacer libertad en su recinto  
en el gallardo gesto luminoso  
más allá de la muerte y el martirio.

El Castillo se funde con la historia  
del heroico destino y la desdicha,  
de la lágrima quieta derramada  
por Luisa, la heroína,  
que allí parió a su niño  
en oscuro y angosto calabozo  
mientras iba en el fuego del esposo  
respirando en dolor la patria errante  
que desde el cerro de La Libertad  
inflamaba el ardiente patriotismo  
en ardoroso reto  
a la infame tortura de la amada  
y al infantil retoño asesinado.

La esposa erguida no doblegó la frente,  
altiva en el linaje de la sangre,  
serena en el amor amartelado  
que guardaba al esposo fugitivo,

acero indoblegable  
templado a fuego lento  
del pueblo en lucha por hacerse libre.

La Ciudad y su gloria están escritas  
en las rugosas piedras del Castillo  
que el viento azota y el tiempo resucita.  
Redobles de tambor, clarín de guerra  
resuenan en los muros  
para la convocatoria ruda del combate.

Surgió el Castillo en la empinada cuesta  
para guardar el sueño  
de la niña Ciudad recién nacida  
con pálpito del miedo que inspiraban  
los corsarios de fuego en el Caribe.

Su alto parapeto  
domina el valle entero,  
de allí se mira el mar,  
los caminos de sombra polvorientos,  
todo el cerco de montes  
no escapaban al cielo  
de guardianes insomnes y valientes.

Ahora es solo historia  
claveteada en el aire  
de un pacífico cuento de belleza,  
testigo enmudecido  
de un transcurso de sueños incumplidos  
y del trajín de un pueblo  
que se agita en trabajos y penurias  
y apenas gana el pan.

Castillos en el aire edifica la gente  
que vivió de esperanzas y desvelos  
con la canción del niño enredando alfabetos

para encender amor hasta la muerte,  
cavando en las raíces del pueblo transparente  
en la tierra mojada de recuerdos,  
crecida hasta los aires la estremecida angustia  
en la pura promesa  
para que tengan todos la paz en el hogar  
y tenga abrevaderos para la sed la vida  
y el pan amasado del trigo y de la rosa  
se reparta en las manos del viento  
para el hambre del hombre con hambre.

## Las colinas numeradas

Erguido pedestal,  
los flancos arrugados,  
hondas excavaduras labradas por el agua  
y por el viento,  
resquebrajado espacio  
donde la piedra rueda  
con su lluvia mortal.

En el número doble de sus cumbres  
el Uno con el Dos van apareados,  
penachos sucesivos  
donde estallan los himnos  
del ramaje y los pájaros:  
el guayamate, gota de fuego sobre el viento,  
de corvo pico y copete levantado,  
el pespé de amarillo terciopelo  
sobre alas y cabeza de negro ribeteado,  
el turpial cantarino,  
corsario de los nidos,  
la paraulata gris, reina del trino;  
en el abrupto monte  
donde empolla sus huevos  
la sonora y alada pajarera  
derramada del alba hasta la noche.

Vibrante caracol que al viento sube  
cuando su clarinada se dilata  
rompiendo entre rala vegetación  
donde la espina crece  
en alevosa rama entrecruzada  
y en el cardón hirsuto  
que tupe las veredas.  
Allí el bejuco ensortijado  
trepano hasta la altura  
retuerce ramas para ganar respiro

y es fino ligamento entre la flor y el aire.  
Sus vertientes de barro colorado  
con la lluvia mojadas  
desparraman sus aguas iracundas  
hacia Guarapotú o hacia La Aguada,  
corren por el zanjón del viejo cementerio,  
van hacia La Portada,  
así como las huestes guerrilleras  
desde el cobrizo mortal de sus laderas  
arrojaban metralla  
en las horas del odio y de la guerra  
o iban a perderse entre las dunas  
resecas de las playas.

En sus fragosos montes y veredas  
trajinó nuestra niñez  
con la china certera entre las manos.  
La pandilla partía de la llanada  
del corral del tío Asunción,  
patria del mango de mejilla olorosa  
para el mordisco duro con pulpa derramada,  
del merey de topacio,  
los anones de miel, olorosas guayabas,  
ciruelas de huesito, limones amarillos,  
la innumerable gama de la frutal orgía.

Trepábamos repechos  
prendidos al ramaje de los guatapanares,  
cortando guaritotos y taringas,  
desgajando cardones  
para tomar los frutos  
de blanca meladura con semilla  
en los delgados tapaculos  
o de pulpa rojiza y enlutada  
de pitahayas o de yaguareyes,  
hasta caer golosos  
en el alto sembrado del tío Diego.

Subiendo y abriéndonos senderos  
persiguiendo entre cuicas,  
verdes de la raíz hasta la rama,  
a las verdes iguanas mimeteadas,  
con sus ojos dormidos  
y el erizado copete despeinado.

Una vez en la cumbre  
torcíamos el rumbo hacia La Aguada,  
en la otra vertiente,  
inarmónicos trechos  
de bajar y bajar, cayendo y levantándonos,  
a los cicales frescos del abuelo,  
a las albercas claras de la Tagua  
o a los pozos dormidos  
entre el pasto oloroso,  
bañeras para el baño y el reposo.

El Número Uno y el Número Dos,  
la tabla de sumar monte con monte,  
vistos desde el Castillo se levantan  
maltrechos y distantes  
en el discreto paso de los siglos  
para contar la historia,  
para decir los sueños  
de la ciudad despierta entre sus glorias,  
de su valle dormido  
en las noches de cálidos reflejos  
de luna descendida  
y luceros prendidos en las nubes.

## La Peña

La Peña Blanca con la Peña Negra  
y el Pico del Zamuro,  
el abrupto peñasco que demora  
al suroeste de la vieja Ciudad,  
son muros contra el viento,  
elevado bastión donde se acuesta  
en seguro regazo de sus faldas  
el barrio copeyero.

Está tan cerca el cerro de mi casa  
que se puede tocar a pocos pasos.  
La puerta de escalar a sus murallas  
dista una cuadra sola  
para alcanzar hasta la Caja de Agua  
ascendiendo después sobre los flancos  
alegres, jadeantes,  
en el máximo esfuerzo por vencer  
a la mole gigante:  
enemigo mortal  
que nos lanzaba el reto de la altura.

El silencio labró en la piedra dura  
un peldaño con otro la escalera  
por donde iba el paso hacia la cumbre.  
Seguros escalábamos distancias  
como quien va creciendo en el esfuerzo  
de la miel en la dicha derramada.

La tierra mineral de los repechos  
es de frutal cultivo  
para la piña dulce  
y la caña melera.

Lugar de la traviesa correría  
entre los ñaragatos y las tunas

en busca de las frutas de los bosques:  
guaicorucos, curichaguas, cuchapes,  
pichigüeyes, paujés, yaguareyes,  
mayas, chigüichigües, cayacueyes  
sobre los chamizales confundidos  
con Ramón Aguilera, compañero  
y Rafael Hernández, el del valiente arrojito  
y Ramón Salazar, alias Bizcocho,  
con Severiana y Catalina  
mirando la ciudad por los costados.

Hay un olor difuso  
de polen que camina  
con un vuelo de abejas en el bosque,  
se oyen caer las hojas,  
se adivina el crecer de los retoños  
como tras cada tarde que fenece  
crece una aurora nueva,  
en el callado asombro  
de la cumbre anhelada  
que medíamos en horas de cansancio  
hasta no coronarle las riberas  
cercanas a la nube.  
Desde allí divisábamos lejana  
la ciudad pequeñita,  
la copa rebosada de la espuma  
que venía desde el mar sobre la brisa,  
los bordes en azul,  
la imaginábamos barca sobre un lago,  
con su torre central, su esbelto mástil,  
las velas desplegadas  
en un viaje de sueños infinitos.

Talado en los senderos  
el atado de leña despedía  
un aroma sutil de bosque herido  
y una embriaguez de fronda nos calaba

hasta el fondo del alma  
en la ingenua hermandad  
de la naturaleza con el niño.

Sobre nuestras cabezas descubiertas  
orgullosas de azul y de belleza,  
sobrepasando el ralo matorral  
la erguida flor dorada  
con que engalana el pui los cangilones,  
resistiendo el bate  
de la dura sequía  
aferrado a la tierra con profunda raíz,  
con su magra corteza y su madera dura,  
corazón impenetrable por el hierro  
como el de aquellos hombres solitarios  
que no penetra la miseria humana  
porque el amor tampoco los penetra.

Entre el árbol y la piedra presos  
queríamos ascender por la ladera,  
cometa remecida entre el viento y la nube,  
sin hilo terrenal de mano a freno,  
en coloreado vuelo sin distancias  
para perdernos entre la luz del cielo  
y mirar desde arriba el pequeño horizonte  
que consume la vida, los sueños y las penas  
deslastrando recuerdos sembrados del amor  
a la vera de un día sin fronteras.

Jubilosos del viaje de la cumbre,  
entre vagos reflejos de la tarde  
bajábamos cantando  
por entre el verde pasto  
de Domingo Morón,  
chorreando las manos golosas  
en el jugo frutal  
cosechado del cercado ajeno.

## Mueresol

Aledaño del azul  
de riscos y quebradas,  
moldeadura cerril,  
como una coraza protectora  
de la verde montaña de las aguas,  
se yergue Mueresol.

Tupido y alto monte  
situado en el oeste.  
Sobre el flanco mortal de sus laderas  
la flama incandescente  
del sol se desparrama,  
alumbra desde arriba  
la Ciudad recogida  
en su ámbito de cielo y de montañas.

Allí fenece el día lentamente,  
hasta que todo queda  
entre la luz difusa  
de la celeste claridad  
que nos viene del mar  
o descendida  
desde el alto sitio de las estrellas.

Después de esta feérica  
explosión del crepúsculo,  
cielo tan claro puede haberlo,  
pero más claro nunca,  
por eso el sueño tiene  
diafanidad sutil,  
pureza sustancial  
del alma quieta,  
en la sencilla placidez  
del que amanece.

## La montaña de El Copey

Mueresol, Matahambre,  
las dos montañas son  
los antepechos de El Copey  
centinela de azul  
de copa levantada  
entre el giro celeste de las nubes.

De su cintura brota el agua,  
mana gota por gota,  
resbala por sus pies  
tropezando las piedras,  
se incendia de la lumbre,  
corre, se desparrama,  
pone canto en las quiebras  
y destrenzada forma  
los ríos de la isla:  
La Asunción y San Juan,  
El Espíritu Santo, Tacarigua,  
ríos delgados, cristalinos, frescos,  
dádiva milagrosa  
para el labio reseco.

El agua clara es la verdad del viento,  
del cielo y de la estrella que en ella se retratan,  
canta su canto limpio bajo la luz del sol  
y dice en su parábola de sed y de frescura  
cuando el pájaro acude a bañarse en su linfa.

Cumbres de la neblina permanente  
en medio de la Isla  
reparten cielo y pan  
en fértiles laderas  
las frutas crecen  
acendradas en el sabor isleño  
de nísperos, anones y mameyes,

pomarrosas, naranjas,  
todo el juego que exprime  
la gula frutal de nuestra tierra.

Para ascender a la cumbre de El Copey  
madrugábamos todos  
para iniciar el viaje  
en la paz diluida  
donde flotaban gallos  
fugados de la noche.

Por senderos oscuros  
subíamos trepando entre las peñas  
en la luz indecisa que colaba  
por entre la arboleda.  
El cielo era de plata  
y se tocaba extendiendo la mano  
remojada en neblina;  
el aire no era aire sino nube  
que acaricia y sofoca,  
soplo de soledad,  
y aún más alto  
lumbre de claridad sobre la cumbre  
que nos golpea en los ojos y en la frente,  
vertiente y lirio,  
agua que canta en las quebradas,  
hilo que enhebra el ojo de la aguja  
para coser la piedra con el monte  
en el manto tupido de la selva  
tachonada de noche con estrellas.

En el límite puro de la altura  
teníamos la impresión de finitud,  
de vida que termina  
o de un comienzo de la vida nueva  
sobre el viento con viento suspendida  
para crecer eterna,

sin aurora y sin noche,  
detenida en el pleno mediodía.

Por el otro costado,  
en la alta eminencia de la Palma Real,  
mil palmeras se suben  
al ámbito del viento,  
en el azul se mecen,  
con musicales sombras coronadas;  
penachos de la cumbre abanicán silencios  
en pañales envueltos de redondas neblinas.

La Isla, el mar, sus frutos de ciudades  
crecidos en la orilla,  
los valles tornasoles,  
colinas de metal,  
los caminos del humo y de la brisa  
a lo lejos se miran  
barnizados de ceniza y azul  
como un polvo de nubes  
diluido en un cerco mineral.

Reina de las montañas de la Isla  
se la divisa lejos,  
desde el mar o la tierra  
como una señal para los rumbos  
de acogedora sombra en la distancia  
para el descanso plácido  
después de la labor del marinero.

## La Caranta

Se detuvo la historia  
en un cañón dormido  
en el pie de la cruz de La Caranta,  
colina diminuta de la entrada  
de la Ciudad, al este.  
Desde su cumbre corre  
agua hacia La Portada,  
sus laderas descienden  
a las fértiles tierras  
que dan a Guatamare.

Cerro de la defensa  
podía cerrar la entrada  
a la enemiga gente  
que viniera del mar.  
En la emancipación  
se irguió en baluarte  
y guarda los recuerdos  
de las luchas sangrientas  
del pueblo enardecido  
buscando libertad.

Por las tardes solíamos  
ensayar correrías  
entre los guaremales  
de flexible bandera en el follaje,  
tras del conejo escurridizo,  
descubriendo el nidal de las perdices,  
sorprendiendo en el vuelo musical  
las maracas aladas  
de las chocolateras, potocos y tutueles  
en el hilo delgado aprisionados  
de alevoso alzapié tendido al paso  
o bajo el peso leve de la trampa.  
Desordenado el bosque creció bajo su ley

en el orden natural de sus ramajes,  
de intrincadas espinas  
en los frutos lejanos sin sendero  
donde iba la mano  
despejando marañas  
hasta tocar las pomas incitantes.

Cuando caía la tarde  
las estrellas caían  
parsimoniosas, lentas,  
para darle en su luz resplandeciente  
el amoroso toque de belleza  
que faltaba al camino silencioso.

El matorral florido,  
oloroso de noche,  
sombreado de día,  
en la copa más alta cantan nidos  
y vuelan en azul las mariposas.

## Matasiete

En medio del camino por donde cruza el sol  
cuando viene del mar hacia el oeste  
y remojado aún en el celeste azul,  
se empina entre los flancos de rocío,  
estalla la mañana, aurora y canto,  
se desparrama desde la copa blanca  
para caer en la ciudad dormida  
que amanece despierta entre su flama.

Sus laderas nacieron de la ola  
que salpica de espumas sus peñascos  
en la marina sal rebautizados  
de Guacuco hasta el linde de Guarame,  
raíces que se hunden en el agua  
y florecen zafiros en las nubes  
que empenachan las cumbres.

Desde la explanada del Castillo lo diviso  
fincado a la distancia junto al cielo,  
unido con la mar en una mole  
incendiada en el pleno mediodía,  
mecido en el cocal de sus laderas  
metidas en el río.

Montaña, mar y cielo en la distancia quieta  
dan la visión ignota de la unidad fraterna.

De tarde con el sol de los venados  
la claridad se tiñe en Matasiete  
de violeta y claros tornasoles  
que van difuminándose en la sombra  
hasta que todo queda de ceniza  
en la mortal agonía del crepúsculo  
y vienen con la noche las estrellas  
y la luna empavona en lumbre nueva  
sus morriones de nubes volanderas,

palomas con las alas desplegadas  
para formar un nido  
de arrullos con rocío estremecido  
en la fragancia pura  
de la flor entreabierto con la noche.

Matasiete, de muerte tiene el nombre,  
sus adjetivo es de gloria resonante,  
los muertos que murieron en sus flancos  
lapidados de piedra arrojada  
fueron soldados bruscos  
que empeñaron batalla entre Los Cocos  
para hacer sobrevivir la tiranía.

Tu nombre de montaña, ¡Matasiete!  
es viva libertad, gallarda brega  
de los hombres sencillos del terruño  
para hacer restallar resplandeciente  
en amoroso abrazo compañero  
la independencia de la Isla.

# LOS BARRIOS



## La portada

Entrada desde el este,  
comienza en la casa solariega,  
destacada en el alto  
del patriarcal don Ambrosio Marcano,  
sitio de la leyenda  
que creció bajo el viejo y corpulento pecurero  
que daba sombras abierta a los viajeros.  
Allí tenía su asiento la Llorona  
y espantaba el espanto  
de la Mula Maniada.

Acceso de dos puertas:  
la que da a Guatamare,  
senda florecida y olorosa,  
la otra, ventana abierta al mar  
por donde entra el aire de Guacuco,  
camino sombreado,  
tránsito de la gente campesina  
que pregona los frutos de sus huertas  
en el pregón airoso y cantarino.

Trillo obligado de entrada y de salida  
le dio a la gente galana cortesía  
cordialidad abierta en la sonrisa  
y cierta habilidad para el comercio  
que vendía al pasajero  
con lo que da la tierra  
bebida refrescante  
y a la vez ofrecía generosa  
aire en la puerta,  
silla para el descanso  
en los amplios portales  
de Pedro Salazar y Chico Carmen  
o en la pulpería de Andrés Prieto,  
hermano de mi abuelo.

En el tránsito sirve de pantalla  
alto el cotoperí de Goya Fierro  
que no da frutos pero presta sombra.  
El viejo cementerio ya no existe;  
en su lugar pusieron una plaza  
y levantan mercado  
allí donde los muertos descansaron.

Paralelo a la calle  
va el callejón de Ño Memo Quijada,  
terminal de la Calle Unión,  
donde tenía su fragua Moriquite  
y se enflaqueció como un bejuco  
Machuca Jierro, el hijo,  
que continuó la obra de su padre  
poniendo a crepitar las lenguas rojas  
del metal encendido.

Y más allá, bajo el portal amable,  
Juana Navarro tendía sus empanadas,  
los tamarindos para el escondite,  
Silveria, Candelario, Barbarita,  
pendencias de los viejos  
y juego de los niños,  
los gallos de Aquilino,  
la gallera de Chon, en la Calle Ruiz,  
Edelmira, Juan Goyo, Primitivo  
que repartían en la vida generosos,  
la bondad de sus almas pueblerinas.

## El mamey

Regresando del tiempo  
he recorrido sin premura  
mi barrio mameyero,  
donde creció en el juego  
mi niñez transparente  
en medio del sencillo vocerío  
del pueblo siempre fiel.

La misma gente habita  
en el trecho que va  
de La Salina al río,  
pero falta la piedra señalera  
frente a la casa de Juana Micaela,  
no existe el yaguerey ni está el mamey  
que daban sombra fresca  
encima de la acequia.  
Hay viviendas nuevas  
entre Manyoa y su gallera  
y la casa que fue de Inés Quijada.  
Desde El Camino Hondo hasta la acequia,  
que es la ladera alta de la calle,  
otras casas se alzan.  
El rancho de Julita,  
el de Rosa Romana,  
el de Jovita,  
los de Mencia y Tanila,  
el de Justina  
son ahora paredes encaladas,  
fachadas de colores restallantes.

El alto del velorio, frente a Piante,  
el rancho de Machú,  
la pedrería, que hacía más alta  
la vivienda humilde de Petra Noriega

ya no existen  
pero en el barrio crecen árboles y flores.

Sus viejos personajes:  
Basilía Figueroa  
y Antonia Basilia,  
Galito, el servicial,  
y Alejandro el Negro, enajenado,  
no ponen pintoresco vocerío  
pero sus dichos y recuerdos se conservan  
para el cuento y la anécdota del día.

Creo escuchar aún  
el clarín de palabra ensortijada  
con las dos manos puestas en la boca  
que hacía volar Ricarda Figueroa  
para llamar al hijo tarambana  
perdido en la ciudad jugando pichas,  
ensayando el tañido de su trompo  
o poniendo a volar  
en coloreado vuelo el volador  
entre la muchachada clamorosa.  
El metálico clarín  
taladraba el ambiente  
sutil de la Ciudad:  
“¡Juan de Dios... Juan del Diabloodo!”  
y en el eco devuelto regresaba  
a la materna sombra el descarriado.

El barrio se completa y se conforma  
con el Rincón del Perro,  
el callejón que va de Bartolito y Cristo Viejo,  
la salida del fondo de mi casa materna,  
hasta la esquina de Ño Santo Rosa  
y la calle nueva por donde era  
el trazado espinoso del Camino Hondo.

Gente distinta habita en estos sitios.  
La gallera de Manyoa  
sigue firme en el alto,  
pero se encuentra en ruinas  
la casa que fue de Tan Narváez,  
en cuyo amplio patio  
poníamos a girar,  
volandero, chirriador,  
el burro de palo,  
un balancín en T de dos maderos,  
un hueco que giraba sobre un eje,  
que además de alegría  
proporcionaba algunos aporreos.  
Allí nos reuníamos  
la bullanguera muchachada  
para jugar también  
al trompo y a las pichas  
en tribilín, el hoyo o los palitos  
bajo del yaque retorcido y corpulento  
del medio del solar.  
Mientras los muchachos jugábamos  
haciendo bullaranga,  
en el interior de la casa se escuchaba  
el canto regular de los loteros:  
el ambo, el terno,  
lotería con la piña o el sombrero.

José Cañón, con Martina Montaña,  
Luisa Narváez, Josefa Eustaquia,  
Dolores Julia con Teresa Alfaro:  
la gente ingenua disipaba  
la estrechez de sus vidas  
en el juego sencillo,  
centavo con centavo entre las fichas  
y algunas insolencias descarriadas  
de Cañón deslenguado si perdía.

El juego de la tarde lo prendíamos  
al final de El Mamey algunas veces,  
desde la casa de Dominga Decena  
hasta los límites del río.

El trompo servidor iba rodando,  
un golpe tras de otro,  
de una raya a otra raya  
para lucir destrezas de los jugadores:  
Cachito, Víctor Figueroa el de Dominga  
disputando a la par de los Obandos,  
hábiles en volar desde la arena  
hasta la tierra dura  
el trompo zumbador.

Después el baño fresco  
en medio de la poza cristalina  
junto a El Jobo, en La Tagua, en La Represa  
para volver cargados  
con frutos de los fundos orilleros:  
La Huertica, La Ceiba,  
La Noria, María España,  
y hasta más allá: Román Medina  
o Loreto Torcat, en Camoruco,  
lindando con el pie de Matasiete,  
donde el río se recogía en una poza  
para el último baño de la tarde.

En la hora de volver,  
por los senderos de la hierba  
el paso humedecido iba creciendo.  
Las Huertas frutecidas,  
azul sobre la copa  
del pozo de Silveria  
elevada entre la mano trémula  
del árbol de la orilla,  
oro de arena donde los pies se hundían,

vigilia de la espina  
sobre la trocha abierta  
de Manuel Espinoza,  
para arribar de nuevo a la salida  
por el boquete franco  
que nos torna al hogar  
por El Camino Hondo.

Barrio de la alegría  
que despierta y enciende la Ciudad  
en el cuatro rasgueado a media noche,  
en la canción del día que amanece,  
me caliento en la fronda de tus huertas  
cuando sobre el aliento de los años  
te busco en mis querencias,  
sustancia mineral que me sostiene  
aferrado a la tierra  
como el abrojo de raíz tramada  
que no lo desarraiga de su suelo  
ni el arado implacable ni la quema.

A pesar de tus cambios  
en el fondo perdura  
la suavidad del corazón hermano,  
la entraña que se da en tu mano amiga,  
el bondadoso acento de la sílaba  
de pregonar la tierra  
para decirle siempre con la vida.

## La Otrabanda

El barrio del amor y la esperanza  
discurre desde el río  
hasta poner su línea divisoria  
en el angosto trecho  
por donde el monte se abre  
para ceder el paso  
trepando El Portachuelo.

Sobre el largo cinturón de sus calzadas  
en la mecida palma el fresco bate.  
El áspero silencio se confunde  
entre un laberinto de caminos:  
Remanganagua, el Otro Lado del Río,  
el Cementerio, Santa Isabel, Cocheima  
pozos de azul con juncos olorosos,  
La Laguna en el pasto verdecido,  
Salamanca entre huertas y rumores,  
aire de paz que sopla de los cerros  
con tamiz de zafiro en Matasiete,  
que desde el fondo proyecta sombra amiga  
por donde trepa el día  
en la fresca labranza sudorosa.

De las laderas baja cantando el río  
perdido entre los árboles,  
y más allá Las Tapias,  
sitio del heroísmo del abuelo  
enfrentado a las huestes de Morillo,  
palizada de verdes enramadas  
en túnel refrescante descendidas,  
risueña gente amiga  
bajo el viento que mueve los molinos  
de La Granja y los pozos solitarios,  
labriegos, artesanos,

las manos para el pan y los afanes  
desde que nace el sol hasta la noche.

La fragua del camino que resopla  
en el metal del día cristalino  
restalla en el rubí sobre las piedras  
y tiñe de naranja las montañas.

Tierra de vegas fértiles,  
sus hombres y mujeres diligentes  
cultivan en sus huertas  
las frutas más sabrosas,  
pero la miel más pura  
se acendra en las caricias,  
en la mirada tierna,  
la claridad de la sonrisa  
que es el reclamo ardiente  
de sus guapas mujeres.

En medio de ese barrio  
mis pasos se enredaron  
entre una cabellera de azabache  
o se fueron distantes  
tras de unos ojos verdes  
bajo luna teñida de ceniza y topacio  
del tiempo sin regreso  
perdido entre la bruma  
en la trocha del sueño interrumpido.

Ahora que retorno  
encuentro que mis pasos  
no los borró ni el viento ni la lluvia;  
desde la oscuridad  
del polvo solitario  
me vinieron buscando.  
Mis pasos transeúntes  
fueron tras la querencia,

muy cerca de la lumbre  
al borde de la lágrima,  
se detuvieron quietos  
en donde me esperaba  
el amor a la puerta  
con los brazos abiertos.

Desde las palizadas  
floridas y olorosas  
se me extienden las manos del saludo  
y la sonrisa franca y generosa,  
en cada cara amiga  
viene un viejo apellido  
de Noriegas o de López,  
de Campos, de Carneiros, y Caminos,  
los Lugos, los Hidalgos, los Indriagos,  
semillas de la siembra colonial  
que desde La Otrabanda  
se duplican, se ligan, se confunden  
para fundir a todos  
en una sola y fraternal familia.

La claridad del día  
es claridad del alma cristalina  
de la gente del barrio,  
el pulso en el trabajo que no cesa  
y la alegría constante  
para darse enteros en la obra  
de hacer y rehacer  
en tiempo bueno  
o en el tiempo malo  
la pionera hermandad  
con la alta frente limpia,  
su única heredad,  
para que la acrecienten  
los hijos y los nietos.

## El barrio de El Copey

Desde el ramaje verde y extendido  
del florido guayacán  
de la Plaza Arismendi  
hasta el añoso roble de Casilda  
y más allá,  
se extiende el Barrio de El Copey.

Calle arriba,  
mojándose los pies dentro del río,  
recostado en la falda de La Peña,  
cocales desplegados  
mecen sus frondas,  
tapizan el azul  
que se desprende  
hasta tocar la cumbre en Matahambre.

Este es el barrio  
de la gente hacendosa y peregrina,  
que se siembra en la tierra antes de muerta  
o se va trajinando los caminos  
en el patrio solar de Costa Firme.  
Suyos son los poblados junto al mar,  
las siembras de la costa,  
en la montaña, en la orilla del río.  
El trabajo convoca sus esfuerzos  
lejos de sus cocales:  
el petróleo, la industria,  
la detenida sombra donde cava  
la raíz hasta el fondo  
solicitando el cuidado de sus manos  
que nunca se descuidan.

La piedra que se encrespa en la cantera,  
el alado edificio entre las nubes,  
la enroscada serpiente de caminos,

la mar sin trillos,  
la tabla cepillada  
para el buque, la urna o el carruaje,  
la vigilante guardia de hospital  
de médico o enfermera,  
la obra de maestro o ingeniero,  
toda tarea de vida o sepultura  
tendrá en la inteligencia copeyera  
la puesta voluntad en el servicio.

Alegre gente de vivir tranquilo,  
bailan o lloran, cantan o sonríen,  
en la amistad fraterna dan el alma,  
en el diario quehacer no ponen límite  
y nadie sabe nunca si durmieron  
o estuvieron velando.

Sus huesos y sus músculos de acero  
desafiaron a muerte la fatiga.  
Allí el ejemplo cunde  
de Casto y de Lencho,  
madera dura de puro corazón  
que la polilla del tiempo no penetra,  
de Eduardo, el fuño  
que aún baldado brega,  
de los Ortegas  
con Chamé Rivera,  
Loncho y Jenaro con Facundo Marcano  
a quienes emularon solo las mujeres,  
Isaac y Justina que inventaron  
el majarete una,  
el tequiche la otra  
para el gusto exquisito;  
María Serapia y Paula  
tan solo superadas por Jovita  
que se murió de rabia

cuando vio que la vida no servía  
para servir a todos el convite.

Devotos en el rito de los santos  
aprendieron el paso acompasado  
de llevar y traer las procesiones,  
mecido en las esquinas,  
aligerado en medio de las calles,  
entre el rezo, los gritos y la risa  
de las que van para mirar el santo  
y aquellas que van a que las miren.

En su viejo velorio de El Pachaco,  
frente a la pila de agua,  
un año tras de otro  
todo se junta y se juntan  
para el canto armonioso  
desde la tarde con flores y con ramos,  
las corridas de sacos  
y el palo ensebado,  
hasta que la mañana de otro día  
disuelve con la aurora  
el ritmo y la alegría.

Calle abajo, calle arriba,  
atravesando el río,  
íbamos con la sombra en las cabezas  
¡alegre la pandilla!  
entre Felipe Plaza,  
Pedro Segundo Silva y Pedro Brito  
hasta el linde del monte  
del señor Pedro Vásquez  
y del Quebrahacho de los Malaver  
y más arriba  
junto a las charas de la Caja de Agua  
y la sierra de Juancho.

Después el descender  
entre la hora incierta  
cuando encienden sus lumbres los cocuyos  
y se apagan las lumbres de la tarde.

¡Mi barrio copeyero!  
ahora cuando torno  
colmado de recuerdos  
traza hilo de adioses en el viento  
mi mano que se mueve jubilosa  
para toda mi gente  
cruzada en el camino  
entre el polvo llevado por la brisa.

# LOS SERES Y LAS COSAS



## San Francisco

De la arquitectura  
que dejó la Colonia  
queda muy poca cosa  
en la vieja Ciudad.  
Las ruinas de San Pedro  
fueron abatidas  
y sobre ellas se fundó una plaza,  
Santa Lucía se convirtió en mercado,  
el gran convento de Santo Domingo  
no ha dejado ni rastros.

Sin embargo persisten  
a pesar de la lluvia de ignorancia,  
de saña destructora y reformista  
que sobre ellas ha caído:  
La Catedral, Santa Rosa, San Francisco,  
la Sala del Cabildo  
frente a la Plaza de Armas,  
símbolos de una época extinguida.

San Francisco fue convento  
convertido en asiento del gobierno.  
Sobre sus corredores de ladrillo  
aún parecen trajinar sandalias  
de monjes que pasean en la tarde  
desgranando rosarios  
frente a los lirios y las margaritas  
que fenecen en sombra de los patios.

La escuela y el colegio  
funcionaron entre sus viejos muros,  
con hombres sabios como preceptores  
cuando fue Margarita  
semillero de lumbres y cultura  
para todo el Oriente de la Patria.

También estuvo allí  
la imprenta del Estado  
donde se publicaron: “La Gaceta”,  
“Ecos de Margarita”  
y “El Neo Espartano”;  
se imprimieron mensajes  
de Manuel Díaz Rodríguez,  
de presidentes y gobernadores  
que no sabían de nada.

Otras vicisitudes del convento  
no estuvieron tan cerca de las letras:  
fue cuartel, hospital, policía,  
convertidas en insanas mazmorras  
los viejos dormitorios de los frailes  
y el oscuro agujero  
situado debajo de las escaleras,  
usado como calabozo  
que denominaban El Tigrito.

Su fachada ha cambiado varias veces.  
La torre derrumbada  
dejó muda entre sombras la campana,  
ni viento ni sonido  
sobre la piedra seca  
corrieron en la tarde y en la aurora;  
de la corola de la rosa fragante  
un pétalo cayó mancillado y sin brillo  
y fue su soledad  
más solitaria  
en medio del recuerdo de la gloria  
del tiempo derretido  
que acumuló en horas cabalgadas  
el reloj sideral que estuvo siempre  
vigilando el afán de la Ciudad.

En el tiempo de ahora, la amplia nave  
de los oficios religiosos del convento,  
que fue asilo de escuela  
de colegio, de imprenta,  
ha sido transformada  
en Sala de Asamblea Legislativa,  
donde se dictan leyes  
acaso no cumplidas  
y se dicen discursos y mensajes,  
pero uno solo falta  
para hacer perdurar con mano firme  
el legado del tiempo,  
historia viva, ámbito sonoro  
donde crece el anhelo  
sembrado con esfuerzo  
de la sencilla gente  
que mora en este valle  
bañado en el azul de sus montañas  
en la tranquila paz de sus conciencias.

San Francisco es sin duda,  
en sus adaptaciones y vaivenes,  
expresión de las épocas que pasan  
marcando con su huella cada cosa,  
pero pervive contra el tiempo nuevo  
el espíritu alerta que vigila  
para que el hombre sea  
sustancia humana  
que crece y crece siempre  
buscando su medida  
hacia la infinitud de las distancias.

## Mi padre

*A Antonio J. Espinoza Prieto*

Padre, mi mente retrocede  
a la edad sin linderos  
del juego cristalino.  
Te miro en tu taller de joyería,  
adelgazando el oro,  
haciendo pasar por los hileros  
de ojos multiplicados  
el brillante metal  
que lentamente con el esfuerzo duro  
era hilo delgado entre tus manos tensas  
de orfebre cuidadoso.  
Tu figura gigante se proyecta,  
el soplete en la boca  
para lanzar la llama  
sobre el carbón en ascuas  
sostenido en el pulso.  
Sobre tu frente, sobre la cara toda  
se reflejaba ardiente  
la fulgurante lumbre:  
eras el dios del fuego,  
un mago transformista  
dirigiendo la flama  
allí donde en el frío  
átomos y moléculas cuajaron,  
deshaciendo durezas  
en siglos conformadas  
para darles tu forma.

Acudías diligente a los crisoles,  
donde oro, plata, cobre  
eran líquida aurora  
que vaciada sobre la arena fina

tomará los contornos  
fijados por el molde.

La lima, el buril o la segueta  
desbastaban la dura resistencia,  
pulían las aristas,  
y en el tiempo medido,  
recreado en tu propia maestría,  
de tus dedos delicados  
salía la joya reluciente.

Aun cuando tomaste otros rumbos,  
inmerso en el quehacer de la oficina,  
interpretando leyes,  
aplicando justicia,  
defendiendo a los pobres  
del torcido derecho,  
yo siempre te miraba  
artífice en la obra  
de hacer y rehacer en el duro metal,  
buril en mano,  
soplete entre los labios,  
una joya que fuese  
pura ofrenda del hombre  
para el uso del hombre.

Te interpreto lejano  
ensayando en tus hijos  
el acabado molde  
donde el metal fundido de tu espíritu  
iba a tomar la forma  
cabal de ciudadanos  
hechos para el servicio  
en el esfuerzo noble concentrados.  
Por eso fuiste duro algunas veces,  
el metal que era tuyo resistía  
lima, buril, segueta,

crisol a fuego lento,  
hilo de filigrana,  
derretida materia  
para tomar la forma  
en tu ambición soñada  
de orfebre de la vida.

Querías imponer  
tu concepción más pura  
a la materia humana  
salida de la entraña  
de tu escondida mina.

Ahora reflexiono,  
en la experiencia hecho:  
el hombre no se forja a golpe de martillo,  
sus aristas se pulen como las del diamante  
en el polvo que dejan sus facetas,  
por eso esplende solo.

El artífice talla cortando las raíces  
para que brille pura  
en aire suspendida  
la joya cristalina.

La raíz en el hombre  
que lo hunde en la tierra  
le da frondosa copa  
con flores y con frutos.

Padre, tus hijos y tus nietos  
somos raíz y tronco  
de tu misma arboleda.  
Tu obra de joyero  
descuajó la maleza,  
que no es cortar raíces  
sino afirmar la planta

en su propio terreno,  
ponerle abono verde,  
que es polvo de su polvo.

Nos enseñaste más  
en tu paciente obra de labriego,  
de la semilla pura  
enterrada en el suelo,  
vigilando el nacer,  
aupando el crecimiento  
hasta ver orgulloso  
la espiga, la mazorca,  
mil granos por un grano,  
premio del sembrador.

Padre, cuando moriste  
en la tarde de mayo  
con gesto de labranza  
en el obscuro surco pusimos tu semilla.

Tú querías morir para que fuera  
la siembra más temprana.  
Fue a tu hora de la tarde gloriosa  
con el desbordamiento de floración celeste.  
Tu pueblo estaba allí para verte crecer,  
sabía que estarías junto a él en la espiga,  
en el polen que vuela  
cada vez que florecen las acacias.

Tu cosecha dorada va en el viento  
fecundando raíces,  
desparramando sueños  
como la joya clara  
concebida en tu mente  
de artífice y joyero.

## Mi madre

*A mi hermana  
María S. Prieto de Espinoza*

Estaba en el Senado  
cumpliendo mi labor parlamentaria  
cuando seco y escueto telegrama  
me hablaba de tu muerte.

Me quedé en la noticia.  
No podía ni llorar.  
El llanto se secó como si hubieran  
talado las laderas donde crecen las lágrimas.

Estaba solo en medio de la gente,  
no entendía las palabras de cumplido  
porque me fui señorero por rutas de tu vida.  
Ensimismado, recorriendo el camino,  
me vino tu caricia sobre la ardida frente,  
tu voz suave de ternura empapada,  
tu servicial manera,  
tu cálida sonrisa,  
abierto ventanal de la alegría,  
pozo fresco de azul con una estrella  
para calmar la sed con claridad celeste.

En tu diaria labor de panadera  
hacías el amasijo de tu risa  
ligada con la harina,  
por eso tu pan era más blando,  
la miga más sabrosa.

Cada golpe de mano derramado en la masa  
era la suavidad que se mezclaba  
con la dura faena en que convoca el trigo  
brisa y nubes que imprimen a la espiga

el ritmo cadencioso  
con el sol desgajado en la mañana.

Tus milagrosas manos de enfermera  
acorrían solícitas para buscar remedio  
al hueso dislocado, a la fractura,  
con tarea de tablillas y resinas,  
ingeniería humana que ponía  
camino en los tullidos,  
brazos, manos, clavículas, tobillos  
en la repuesta forma del ágil movimiento  
retornado a la parte resentida.

Un llanto con el otro se juntaron  
para llorar tu muerte inconsolable,  
madre de abandonados,  
protección de los tristes.  
Donde estuviste, siempre estuvo presta  
tu mano generosa y desbordada  
porque darte era entrega de tu alma  
a quien buscó tu alero y tu cariño.

Te prodigaste en todos los senderos  
repartiendo tu pan y tu sonrisa,  
acercándote al pobre y al caído  
alentabas en tu voz los corazones,  
el río de tus lágrimas se hizo  
de pena abrevadero silencioso,  
creció en tu amor el generoso impulso  
y ya nadie sintió su soledad  
si cerca de su angustia vigilabas.

Las múltiples tareas de tu vida  
te hicieron desbordada maternidad de todos:  
hilo y aguja eran remiendo o tejedura,  
agua y jabón la ropa limpia y olorosa,

el repasar de cuentas del rosario,  
la devota plegaria  
que volaba junto al claro tañido de campanas,  
visitar los enfermos, despedir a los muertos,  
llorar, llorar la pena en otros derramada.

La Ciudad te veía como guardián celoso  
de todas sus angustias,  
de sus dolores, de sus alegrías.

De norte a sur, del este hacia el oeste  
diligente corrías  
sin importar la hora;  
el servicio colmaba la medida  
de tu sereno corazón fraterno.

Entregaste a los hijos esa herencia  
que guardamos celosos  
sin repartirla nunca  
porque a todos nos toca íntegramente.

Madre, tu ausencia inacabable  
y tu clara palabra de amasijo  
no se colma en los años,  
y se acrecienta más cada mañana,  
cuando no estás para decirnos "¡Buenos días!",  
tremolando tu mano que bendice  
en unas voces tiernas  
repetidas por siempre  
pero nunca agotadas  
porque siempre eran nuevas:  
"¡Que el cielo los proteja!".

## Los compañeros

Perdidos en la sombra, hundidos en la noche,  
fugados de esta clara, celeste claridad,  
que nos hizo en la cumbre o en el llano fraternos  
[compañeros,  
disparo de saeta de los días de no pensar en nada  
porque el sueño copaba la total vida nuestra,  
clarinada feliz de una hora de subir y subir hasta la nube,  
claros, puros, de cristales sonoros y limpios,  
buscando en la fuente, en la luz, en el pájaro,  
en la fruta madura, en el agua del pozo  
la exultante alegría cristalina en el goce fugaz de la tarde.

En el sobrevivir con que vivimos  
alumbra siempre claro, cocuyo de la noche inacabable  
el recuerdo feliz de aquellas horas francas,  
en los días jubilosos, sin ribera,  
con Ramón Aguilera y Rafael Hernández,  
con Santiago García y Julián el de Aleja  
y Francisco el de Esther, mi primo hermano,  
gran jugador de trompos, gran hacedor de trampas,  
compañero del viaje de pescar paludismo  
entre los pastos verdes de azufrales de oro  
en el pueblo pajizo de las Aguas Calientes.

Allí junto a nosotros en la tarde de alegre algarabía  
o en la diáfana noche desbordada de luna  
estuvieron alegres, presos de la aventura:  
Pedro María Alcántara, Eduardo Fermín, Guillermo  
[Irala,  
Gregorio Caraballo, el hábil hacedor de voladores,  
Víctor el de Dominga Figueroa que me hizo el primer  
[trompo,  
y Nofucho Marcano, el capitán de la pelota,  
junto a Pedro Sanabria, del rojo y el azul de las novenas  
del Arismendi Béisbol Club, el invencible

y Ramón Espinoza, fraterno hasta la muerte,  
Jesús Ramón Fermín, Negro del Diablo,  
generoso y tenaz como un destino  
de fiel fidelidad no desmentida nunca.

En el alborozado discurrir de las ingenuas vidas  
o en las horas de planear fórmulas de futuro,  
travesuras ingenuas de la molesta broma,  
eran aliados francos y cordiales:  
Víctor Julio López a quien mordió la lepra,  
infeliz ostracismo de aislamiento severo,  
Jesús Rafael Leandro Moreno, periodista afanoso,  
del cobarde valor del ciudadano íntegro y libre  
que imponiéndose al miedo enfrentaba la malechuría  
para cumplir con el deber fijado en su tarea;  
Cayetano García, Andrés Ortega, Beltrán el de María  
[Brito,  
y tantos otros que dejaron silencios  
y palabras transidas de amor a nuestra tierra.

Y los que sobreviven en la diáspora aisladora  
o quedaron sembrados en el terrón de amor isleño  
en la raíz de angustia y sequía sempiterna,  
peleadores del sueño y de la vida inhóspita:  
Plácido Fermín, quien me enseñó en la niñez temprana  
que el odio no pervive sobre el claro destino de las horas  
en que el juego se trueca en alegría desbordante.  
Manolo Montaner Salazar, el de Antonia Leocadia,  
de la mística sombra en el sayal del cura  
y la sana hermandad que nos hacía gozosos  
zarandear nuestros trompos tañidores en la arena  
como dos corazones que latían acompasadamente  
sin la cuerda que ata, pero da el movimiento.  
Y Toño González Ávila, pitcher de la novela azul,  
Pedro Ramón Marcano, el Kaiser de jugar a la pelea  
cuando contienda aterradora se desgajó en el mundo,  
Vitico García Salazar y Ramón Nóbrega

del derrumbado túmulo y huida sin respiro  
con susto de los muertos siguindonos los pasos;  
Antonio Subero, Beltrán Brito el de Chepa, con Enrique  
[el de Sara,  
Ramón y el Chingo de Jovita, con Franzo Aguilera  
y Pedrito Salazar Gamboa, silente pensamiento  
[introvertido,  
Ramón Dionisio Rivas y Alejandro Rodríguez,  
con su ojo apagado y su mansa bondad de franciscano,  
Vidal Narváez, la Bejuca, y su hermano Chucho  
[Mantequilla,  
Ballito Salazar, Félix Ramón Silva Torcat,  
Jesús Berbn, Cleotilde y Luis José Navarro,  
perdido en la maraña de su mente extraviada.

Todos en el tenaz esfuerzo envejecidos  
pero haciendo del sueño un compromiso con la vida,  
sin importar la humilde condición o alto destino,  
para servir importa poco el puesto que nos toque  
si sabemos cumplir el objetivo que convoca al trabajo  
y nos fija un destino medido en la medida  
de nuestra magnitud de hombres cabales.

## De isla en isla

*A José Salazar Meneses*

¿Por qué luz indecible nos unimos?  
La luz de Coche  
con la voz del mar  
en apretado lazo nos amarran.

Sobre el estrecho rumoroso  
que separa las islas  
el viento silba y canta,  
atropella las voces,  
las palabras se pierden  
y regresan  
sin tocar los oídos.

La salina espejea distante  
y hace salobre el viento.  
La mar de verde y verde  
pone a correr los peces  
entre los limos ocres  
que se enredan salvajes.

De mar a mar  
la espuma de la sal  
que al cielo sube  
es cálido respiro,  
suspiro marinero de la ola.

Con el viento se va  
la nube errante,  
en la playa amarilla  
el remolino crece,  
en el polvo sutil  
que se derrama  
va el recuerdo

que diluye su órbita  
redonda  
entre azules de sueños  
sin distancia.

Provincia de las tierras separadas,  
islas de la vigilia  
entre la mar crecidas,  
rípidas tierras  
de piedra y greda,  
rocas desnudas,  
calcáreas formaciones calcinadas  
de cardos y violetas en la aurora.

En la triple hermandad reverberante  
empolladas del huevo de una ola,  
una para el amor  
creció en amores,  
otra para la sal  
creció salada,  
de soledad Cubagua  
es solitaria.

Separadas del mar  
el mar las une,  
entre azules y verdes tornasoles  
la brisa las saluda y las despeina,  
las enjuga en su aliento marinero,  
frescas de noche,  
abanico de fuego, al medio día,  
brisa brisando sobre el mar respira  
prendida entre una nube de amaranto.

La cruz de sus caminos  
se hace red  
que se mete en el mar,  
convoca la marina pajarera,

pesca a los pescadores,  
dorados en el sol,  
brillantes de la luna,  
salados de su sal,  
polvo de playa azul,  
encajes de la espuma.

Hila el día su copo de diamantes  
extendido en el azul deshabitado  
con un soplo de brisa,  
polluelo que en el nido ensaya el vuelo  
para cubrir de alas  
el incendiado bosque de las nubes.

La mar debajo crece  
en alas y murmullos,  
el viento nos navega  
y nos empuja,  
hacia la orilla vamos  
donde duermen las redes  
de labores de aguja remendadas  
por manos diligentes regresadas  
desde el salto de peces en las cuerdas  
del cardumen de plata  
traído hasta la playa.

Semilla de la noche  
junto al día  
la nube se detuvo  
entre dos cumbres:  
Guayamurí sonoro, Matasiete  
derramó su caudal  
gota por gota.

Creció la yerba,  
flores escarlata,  
amarillas y lila,

pedrería derramada,  
brotaron de mil copas  
bajo un cielo de añil resplandeciente  
con sus voces de selva remojada  
en un temblor de lluvia amanecida.

Sobre cardos de espadas  
vigilantes,  
se echaron a dormir,  
la tarde a cuestras,  
en un salto de cumbres luminosas  
los sueños de crepúsculos.

Capitán de un destino abarcador,  
indefinible,  
de isla en isla  
y de amor en la brisa remecido,  
pasa tu nombre  
entre sombras y nubes y distancias,  
recuerdo del recuerdo en la querencia  
del que se va sin irse  
y nunca llega,  
Islas ancladas  
entre la mar y el viento.

## Galito

*A María Julia Espinoza Marcano*

Menudo entre la gente  
apretujaba el sueño  
buscando una quimera.

Andaba solo y lento,  
su mirada profunda  
vagaba en una nube  
deshilachada y tenue  
que corría en el viento.

Discurría entre las piedras,  
su palabra era apenas  
diálogo con las sombras  
jamás interrumpido.

La Ciudad lo miraba  
pasajero distante  
de un tiempo derrumbado  
de soldado sin plaza y sin ración,  
contaba sus hazañas  
que nadie le creía  
y se reía de todos  
en su loca locura sin sentido.

Se burlaba de los legisladores  
pandilla seguidora de una orden,  
“todos de negro hasta los pies vestidos”  
y si le preguntaban  
por quién llevaban luto,  
certero respondía:  
“por su vergüenza que quedó enterrada”,  
clavando así su península de sombras  
en la hora de hacer genuflexiones.

Cuando le interrogaban  
los niños majaderos  
por la incógnita sombra  
con quien iba de viaje  
y siempre y siempre hablando,  
blandía su bastón de caminante  
y encogiendo los hombros respondía:  
“Con tu madre converso  
para no estar tan solo”.

Galito el pasajero  
detenido en el tiempo detenido  
era el olvidadizo señor de los recuerdos,  
no pedía nunca nada  
ni lo necesitaba,  
tenía la dignidad  
alerta de su insania.

Era amable, cordial, caballeroso,  
a todos les servía  
sin pedir nada en cambio,  
pero todos pagaban cabalmente  
con sonrisa en los labios  
y la mano tendida  
de pan, de amor, cordialidad y brisa.

## Los fantasmas

La leyenda creció de boca en boca  
entre la obscuridad de los caminos.  
Para espantar las sombras de la noche  
cada rincón tenía  
su fantasma preferido:  
la vieja sacristía  
con su Descabezado  
de cabeza en la mano,  
El Portachuelo, la Laguna  
con sus muertos burlones  
que pedían candela al transeúnte  
para alumbrar los huesos  
de la desencajada calavera  
y la Mula Maniada,  
bestia del resoplido solitario  
en el paso enredado de sus cascos,  
La Chinigua de blanca vestidura  
en el reflejo quieto de la luna,  
La Llorona del estridente grito  
que se perdía en la sombra  
y el espanto de El Tirano Aguirre  
que se paseaba solitario,  
al paso del caballo  
resonando en las piedras de las calles  
con un ruido impaciente de cadenas  
cuando iba de El Puente a La Portada,  
de El Mamey hasta el río,  
golpeando peñas en Remanganagua,  
para ir a perderse entre las sombras.

La Ciudad se acostaba tempranera.  
Las viejas repetían las consejas  
para retener entre las sayas  
a los inquietos muchachos que pugnaban  
por zafarse del yugo del hogar,

pero todos volvían  
al desgranarse, lentas, en el aire  
las nueve campanadas de las nueve  
pues luego del silencio  
se iniciaba la ronda de fantasmas  
para los retardados nocharnegos.

Los fantasmas de sombra se marcharon.  
El tiempo abandonado y sin premura  
disipó las tinieblas  
bajo el bombillo eléctrico  
que reparte su luz en el silencio  
compartiendo claridad con las estrellas,  
mientras se oye el aullido de los perros  
en la quieta quietud de media noche.

## El cardón

*A Rubén Osorio Canales*

Cardón espinecido,  
enhiesto frente al viento,  
verde entre la maleza  
de inhóspita y reseca terronera,  
símbolo de irresistible fortaleza.

El tiempo no lo agosta,  
la sequía lo mantiene,  
rugosa costra fuera,  
pulpa blanda por dentro,  
que mordisquean las cabras  
para su sed sin pausa  
de sol y lunas sin poniente de agua.

La vida pareciera detenida  
en sus alrededores,  
bajo la magra sombra, sin embargo,  
se agita alucinante  
una tropa de hormigas,  
inquietas lagartijas,  
relucientes cocuyos,  
serpientes escamadas,  
escarabajos, grillos  
de día adormecidos,  
despiertos con las sombras de la noche  
trajinada de luz de las estrellas.

La vera del cardón sirve de abrigo,  
el guayamate ensaya  
sus vuelos planeadores,  
la paraulata trina,  
cavan sus madrigueras los conejos

y la agresiva fronda  
desgrana sobre el viento su silbido.

Sobre la palmatoria de sus cirios  
las flores desdibujan  
la hirsutez apolínea,  
como si le nacieran del costado  
ramas para el gorjeo de los pájaros.

La maraña se inunda de perfumes  
y por unos instantes  
en los años de espera  
hay una primavera de colores  
y un revuelo de abejas rumorosas  
cuando el cardón florece.

Del espinal tostado  
brotan perfume y miel,  
dádiva de la espina  
que en la aguzada punta centinela  
roja pulpa madura.

De mis días de niño,  
de mis adolescentes correrías  
recuerdo las punzadas en las manos  
y guardo la dulzura  
que le arranqué al cardón,  
pulpa de agua sellada,  
fruto desespinado  
que ponía su púrpura en mi boca.

De la estampa agresiva  
era la espina apenas  
como el ceño fruncido del abuelo  
a quien conquista el nieto  
tirándole los pelos del bigote.

¡Solitario cardón de la hondonada!  
Con el silbo del viento en tus espinas  
vuelvo a las hora plácidas  
de saltar entre vallas  
esquivando tus dardos  
y torno a la lección de tus espadas,  
enseñanza distante  
de que el fruto en el labio codicioso  
sabe a conquista propia  
si nos deja en la mano  
la marca de un pinchazo.

## **El colibrí**

Si digo colibrí  
no digo ave  
de canoro acento  
y largo vuelo.

Digo una vibración,  
movimiento del aire,  
emoción y aliento  
proyectados  
sobre la flor abierta,  
suspendida inquietud  
que no se agota.

Si digo colibrí  
la palabra no alcanza  
a definir la sombra  
del ala sobre un pétalo.

## El papagayo

*A la memoria de Gregorio Caraballo,  
“el hábil hacedor de voladores”.*

### I

Librado el papagayo azul y blanco  
se elevó con el viento,  
se perdió entre las nubes cabeceando  
en el alegre juego de trepar por el hilo.

La cuerda de tenerlo estaba tensa,  
segura entre las manos  
que le desovillaban las distancias  
y animaban la hazaña de la altura  
en la angustia del vuelo sostenido.

Y la mano, y el hilo, el papagayo  
eran un solo anhelo  
de pureza en el aire  
compartida con paz sobre la hierba,  
donde el ala hace sombra,  
cobijo del regreso.

### II

Remojado de azul,  
puro de nubes,  
tirado por el hilo  
regresó de la altura  
el volador alegre.

Sin alardes de vuelo  
se posó entre las manos  
que lo tuvieron tenso:  
el lento descender

fue el reposo del ave  
en el regazo tibio  
del cuenco de su nido.

## El trompo

*Para bailar me pongo la capa  
porque sin la capa no puedo bailar,  
para bailar me quito la capa  
porque con la capa no puedo bailar.*

ANÓNIMO

Madera de los bosques  
reseca y olorosa  
cortada en un trocito  
que cabe entre las manos:  
forma de corazón  
el trompo baila y canta.

Girándula girando  
en su delgado pie,  
bailarín en la danza  
que le imprime el zumbel  
que en espiral le cubre  
como capa tejida  
de punta a la cabeza.

Un hábil movimiento de la mano  
lo proyecta en el aire  
y cuando cae al suelo  
sereno cabecea  
como si se durmiera  
al son de su tañido.

No se sabe si es brisa,  
no se sabe si es pájaro,  
como la brisa tiene aromas,  
como el pájaro, cantos:  
la brisa de los bosques donde nace,  
arrullo de los nidos en la rama.  
Su hilo contra el viento

convoca al viento que al girar se mueve,  
su cauda de arco iris  
se desenlaza en la cabeza móvil,  
constelación del gris,  
brillo de estrella con la luz difusa  
confunde sus colores  
en un color tan solo.

Puesto dentro del cuenco de la mano  
en su rítmico baile  
es colibrí que vibra  
en el linde sutil de una rosa.

Del juego en la destreza  
los muchachos ensayan  
trenzando y destrenzando  
los lances y los trucos:  
unos sobre la cuerda lo mantienen,  
otros sobre la mano  
lo toman en el aire,  
al vuelo pica y salta  
de arena a suelo duro  
o en la uña se mece.

La agilidad los mide y los confunde  
en la danza del tiempo  
que el trompo baila y canta  
espolvoreando sueños  
bajo el alero tibio  
de un día sin penumbras.

## Recuerdo

En la noche sin lumbre  
la sombra pasa,  
se agiganta,  
deslustra los cristales,  
hiende la soledad  
y todo  
camina junto a ella.

Serpiente de arrayán  
se escurre sigilosa,  
junto al tiempo  
se hace intemporal  
de niebla y humo.

No la miran los ojos,  
la presiente el oído  
en la palabra muda,  
en la voz sin respuesta  
y llega junto al sueño,  
los dedos en los labios  
del silencio.

Y todo calla, sueña,  
todo crece,  
se anima,  
flor y polen caminan  
sobre la noche-viento,  
trasegando distancias,  
polvo sobre los ojos  
eternamente abiertos.

## **La brisa**

La brisa entre las ramas  
silbido agreste rima,  
caricia de las hojas  
y pétalos caídos:  
¡Qué placidez de aromas  
nos viene con la brisa!

## **Mandato ineludible**

No hay un palo de cruces en el bosque  
que no lleve su Cristo entre las ramas,  
el pueblo crucifica su alegría  
entre un pálpito de hojas y de espinas,  
agoniza en la sombra medianera  
del día, en la hora más brillante  
la ilusión del amor que se desangra  
y cada amanecer lleva en sus flancos  
el signo de la muerte en el crepúsculo;  
pero hay un mandato ineludible  
que invita a la sonrisa y la esperanza  
mientras haya una rosa que suspira  
y un arrullo de pájaro en el nido.

**DEL HOMBRE AL HOMBRE**  
(1977)



*A Cecilia, mi compañera en noches sin espera  
y en días radiantes de esperanza.  
A mis hijos, en la despierta luz  
que alumbra en el camino*



## Cante el poeta al hombre

Cante el poeta al hombre  
su paz, su amor,  
su desvelada sombra,  
su palpitante de angustia,  
su dolor, su quejido.

Exalte el hombre al hombre  
tan deprimido siempre,  
arrinconado en su desván de dudas;  
cante su sencillez,  
la humildad de la vida,  
sumisión, rebeldías;  
haga fluir su estirpe cavilosa,  
entone un himno a la esperanza  
ante el grito de horror frente a la muerte,  
que aliente su ilusión de trascendencia  
refugio de la quieta eternidad.

Baje hasta el fondo de su secreta fragua  
donde arden metales de creación celeste,  
ponga a vibrar el verbo encendido en su flama  
y la palabra cobre moldeable forma  
para expresar el grito de protesta,  
la imprecación airada  
o el acento de reclamo amoroso.

Cante el trabajo duro para ganar el pan,  
la explotación inicua y su vileza;  
sienta sudor y lágrimas  
como desbordamiento de las aguas  
por laderas desnudas.

Cante con la soberbia de protesta  
persecución, asedios destructores,  
la miseria del odio y la perfidia.

Cante la acongojada retirada sin sentido,  
la altivez, antifaz que esconde  
la entraña dolorida.

No escatime el elogio merecido,  
o deje testimonio de reproches,  
la fría reprimenda a sus desvíos;  
pero apiádese de él, incomprendido,  
que quiso ser castillo inexpugnable  
dejando desprevenidas las garitas  
por donde aborda el sueño  
sus defensas de nube.

Cante la sequedad de su lamento  
o el aliento insondable que lo oprime  
presa de los remordimientos;  
elévase con él hasta la cima de sus grandes anhelos  
o descienda con él hasta la hondura del fracaso  
donde termina toda humana condolencia.

Del hombre al hombre  
comunica mi verso su latido.  
Me cala lo que siente y lo que piensa;  
hombre también, me acosan sus gemidos,  
me exalta su entusiasmo  
me deprime su pena  
y en sus obras pequeñas o sublimes  
me siento realizado.

Aquí mi testimonio  
irrefutable de asombro o ensimismamiento,  
en una búsqueda sin tregua  
de la humana presencia.

## Perfil del hombre

Venía de las tinieblas,  
su paso añorado era impreciso,  
lo deslumbró la aurora,  
pero así amanecido se proyectó en su sombra.

La tierra lo miró dominador,  
y se puso a servirlo;  
él descuajó milenios  
que le fueron creciendo entre los dedos  
para hacerse señor de su destino,  
pitecantropo erecto.

Cabalga sobre el tiempo,  
invade los planetas,  
penetra en el misterio,  
órbita de sí mismo.

Plantado frente al muro  
de fría soledad  
interpreta los signos de su angustia.

En las cuevas de años millonarias  
las rupestres figuras ancestrales  
le señalan origen,  
pero poco le importa  
porque sabe que el mundo  
lo parió sin dolor.

Dueño de su pasado  
pone a andar el futuro,  
gigante de la noche  
se duerme junto al día,  
tan solo una burbuja,  
borona de la nada

que gira, gira, gira  
poseso de su instinto.

Fulgura en las ideas,  
resalta si imagina,  
sueña y el sueño crea  
teoría de símbolos distantes.

Crece en el huracán de sus pasiones,  
brizna en su propio sopro,  
se infla o se desinfla,  
maravillosa sombra en mediodía.

Inventa la opulencia  
o se hunde en la miseria,  
con hambre alienta sueños suculentos  
y en la cumbre del éxito  
la náusea y el hastío  
lo colocan al borde del delirio.

Domador o domado el mundo es suyo,  
si levanta los ojos habita las estrellas,  
si baja la mirada es polvo de sí mismo.

Por él las cosas valen  
y en su quehacer alcanzan un destino,  
sopro de soledad se hace multitud,  
poderoso en los otros  
se abisma en su impotencia.

Volcán o tempestad,  
aliento en brisa tenue,  
en un átomo cabe la fuerza de su genio  
y en la mano del trueno  
destruye en Hiroshima  
o baja a las tinieblas  
a buscar sus secretos.

Roba, estupra, asesina,  
implacable en la guerra  
en la paz se humaniza  
y gime por los muertos,  
va por los cementerios  
para oír los lamentos de las madres  
y llorar junto a ellas  
por la sangre y los huesos.

Rockefeller potentado  
da al pobre diez centavos,  
Walt Whitman ensimismado  
mira crecer la hierba  
y le entrega su canto a los humildes;  
en el mundo sin nombre  
los dos son poca cosa:  
el uno explotación,  
el otro la bondad.

Si el dolor lo taladra inventa la sonrisa  
y en la plena alegría le sorprende una lágrima,  
bajel desarbolado  
se acoge a la ensenada  
que le brinda el amor.

Misterio, nada, arcano  
son flechas disparadas hacia su eternidad  
y en medio de sus ondas se consume;  
sus inventos lo exaltan  
y una vez alcanzados  
comenzará de nuevo,  
por siempre insatisfecho, nada está concluido,  
Sísifo, Prometeo, se realiza creando  
en cárceles de angustia y agonía.

Lanzado sobre el Cosmos,  
refrena miedo y susto,

cuando siembra su anhelo  
en la asombrada estela de los astros.

En el éter sonoro  
como débil cometa  
un hilo de palabra lo sostiene  
entre la soledad y el destino.

Su planta alunizada  
marca indeleble huella  
que señala la ruta de una era,  
un universo nuevo,  
donde tiene la idea  
proyección de infinito.

Y si habita la luna  
ha de habitarse entero,  
cerebro y corazón  
iluminado alcázar  
del hombre amanecido  
en su lumbre interior resplandeciente,  
que de vuelta del viaje  
se conquista a sí mismo.

Cara y envés del hombre:  
sublime criatura,  
miserable alimaña,  
todo lo justifica, pero nada lo exime,  
su fuerza es la palabra,  
tribuna donde canta  
se lamenta o maldice.

Medida de las cosas  
según dice Protágoras,  
el hombre mide al hombre  
y mide el infinito.

## Historia del río

El agua era primero  
sobre la cumbre fría  
hilillo de alborada;  
se echó en el cangilón,  
rodó por el camino  
que conduce a la mar:  
sin historia en la cumbre  
ahora, ya es el río.

La montaña despeña  
su cabellera de agua  
en vertical descenso  
sobre la tierra llana  
que le acoge en su seno  
para correr sin bridas.

El río se arremansa  
transcurriendo anchuroso  
sobre el abierto cauce.  
Recodo tras recodo  
su paso es modelado  
por el relieve abrupto  
que le hizo torrente,  
en sabanera greda  
construye extensas playas  
donde el hondo se mide  
con sonda de los dedos.

De la cumbre hasta el mar,  
el río baja o crece,  
se arremansa o desborda,  
fertiliza o destruye,  
se encoge bajo el puente,  
lame y bruñe las piedras  
que sus aguas calientan.

Puente, piedras y árboles,  
son testigos del río,  
lo ven pasar discretos,  
se retratan en él  
escuchando su canto,  
o saben cuando pasa  
que el canto no es del agua,  
sino chispa que salta  
como cuando la piedra  
tropieza el eslabón.

¿Es acaso la mano  
sobre la cuerda tensa  
la dueña del sonido?  
La campana en el viento  
no es la voz del badajo  
que la hiere en su cuenco.  
La que canta es la piedra,  
el río es el badajo  
o el arco en el violín.

La piedra, el puente, el árbol  
miran pasar el río;  
el agua no es la misma,  
los testigos lo dicen  
en el lenguaje mudo  
de su perennidad.

Y pasa y pasa el agua,  
no se lleva el lucero  
que en sus aguas se baña  
ni la sombra del árbol  
que le brinda cobijo:  
distante está el lucero  
y el árbol en la orilla  
como clavos eternos  
clavados en el río.

El agua bajo el puente  
no se detiene nunca,  
turbia furia disuelta  
transporta los inviernos  
de oscura fuerza loca.

El verano le merma  
la furia destructora,  
lo torna espejo claro,  
pero el sol, el lucero  
que le alumbra de día  
o en la noche titila  
nunca su luz difunde  
sobre espejo invariable,  
el cristal es cambiante  
y es recuerdo en la gota  
su bautismo de luz.

El río que discurre  
no lleva un agua misma,  
el lucero y el puente,  
el árbol de la orilla,  
la piedra repulida  
por su mano de siglos  
lo saben y lo dicen.

Pasa veloz el agua  
y no regresa;  
su caricia mojada  
pone el canto en la piedra  
y solo en el remanso  
se adormece un instante;  
su pasaje fugaz  
es vida en movimiento.

La huella de su paso  
es redondez de piedras

y del monte hasta el mar,  
corre, corre incansable  
el agua atribulada,  
pura y dulce en la fuente,  
en la mar es salada.

El agua no es la misma  
de la fuente al bautismo.  
Regresará mañana  
de la mar a la nube,  
de la nube a la fuente:  
el río es el cordel  
para amarrar el tiempo.

## El arte de ser hombre

*Al Dr. Federico Moleiro Camero, poeta*

Ignorar es la clave de las cosas,  
ignorar es el signo del misterio.  
¿Por qué te empeñas en saber?  
¿Por qué te afanas  
buscando en los arcanos insondables  
respuestas a tu sed?  
Ser hombre es un oficio de minero  
que cava hasta la veta cristalina,  
y descubre el metal, su brillo puro,  
para labrar espejos de infinito  
quedando suspendido en el hallazgo  
pero sigue buscando, más hondo,  
la raíz o la sombra  
de lo que somos hoy  
o seremos mañana.

La sed no se disipa  
bebiendo el agua clara  
que sube desde el pozo,  
porque queda en el fondo  
titilante el lucero,  
luz cuajada en la hondura,  
que no la arrastra el agua  
y nos hace marchar  
por sendero invisible  
hasta el alto sitio  
donde se quema el brillo  
rutilante del astro.

Ser hombre es acercarse  
sin miedo ante el misterio  
pidiéndole respuestas  
revolviendo en su fondo;

es no sentir el límite  
de la fuerza creadora  
para inventar los mundos  
y vivir entre ellos  
soñando en otro y otros  
desbordados planetas  
que giran al conjuro  
del brazo y de la idea.

Aprender este arte  
complicado y difícil,  
sentir sustancia y forma  
presos en la aventura creativa  
del modelar trabajo de los días,  
es tarea escolar  
sin horarios ni pautas,  
donde es maestro el ansia  
de crecer sin fronteras,  
que dicta la lección  
haciendo y rehaciendo  
el sueño entre las sombras  
para inventar la luz.

Es tarea insondable  
donde crece la angustia  
en un abecedario de preguntas,  
largo e interminable.

Ser hombre es responder,  
respondiéndose siempre.

## Las piedras

*Lo que cuenta el poeta a las piedras  
está lleno de eternidad.*

LEÓN FELIPE

Estas piedras que ruedan a lo largo del río,  
las que van tumultuosas, guijarros volanderos,  
las canteras que apuñan sus metales,  
las fulgurantes gemas de miríficas formas y colores  
son de la misma esencia de la sangre y los huesos,  
parte de ellas forma la materia de células,  
de tejidos, de órganos: corazón y cerebro,  
pulmones, vientre, carne y todo cuanto vive en el ser  
[que llevamos.

Somos piedra también que pulula y se gasta,  
se calienta en el día y se enfría con la noche  
y no se desintegra sino cuando concentra  
el fuego llama viva sobre la lisa costra.

La piedra es insensible si es puro mineral en la cantera:  
la cal de la caliza, el hierro de la mina,  
la sal en gema pura sumergida,  
el azufre, el yodo, fósforo del incendio,  
la minería toda que corre por las venas,  
pero ella se trasmuta en carne viva  
y vive con nosotros y con nosotros rueda  
en la sensible forma de esta vida que duele.

La piedra se disuelve en polvo o lava  
si el fuego la calcina,  
sus átomos se hinchan y revientan,  
el calor en la piedra es muerte que rechina  
si el soplete le lanza su chorro destructor de llama  
[ardiente,  
si en el horno se cuece la cristalina forma

o si el ácido pone su tornillo encendido  
sobre la dura piel que cede y se deshace.

El hombre no precisa el fuego concentrado,  
es más bien el calor desvanecido,  
el frío que penetra en la fibra más honda,  
que llega hasta los huesos  
lo que transfigura en polvo su erguida humanidad  
y sangre y carne y huesos  
devuelven a la piedra sus minerales dones,  
el polvo vuelve al polvo y la piedra insensible  
sigue rodando inerte;  
el hombre sigue erguido en su mundo de piedra,  
mineral solamente.

Todo cuanto sus sueños aprisionan  
es polvo con la lima del tiempo arrancado a la piedra,  
polvo que gira en el viento eternamente.

Pero si somos piedra, ¿quién alienta el suspiro,  
hace crecer las lágrimas, inflama la emoción ante las  
[cosas?

¿De dónde nace el beso y crecen las raíces del amor?  
¿Este afán insondable de surgir con la vida,  
de penetrarlo todo: de la hierba a la rosa,  
del viento y su bramido, del arrullo del pájaro,  
del susurro del río, del rocío en la hoja,  
de la espiga y del grano, del polen en la brisa,  
del trueno y el relámpago, de qué fuente se nutre?  
¿Por qué secreta alquimia agua y piedra se juntan  
en sangre convertidas y son hueso y latido,  
corazón amoroso o cerebro que piensa?

Es la vida que crece de lo inerte.  
Dentro de sus retortas calientes que el mundo no detiene  
es reverberación el humano destino.  
En su cruce prodigioso de metales dormidos

el carbón se transforma en diamante a fuego lento,  
hidrógeno y oxígeno calman tu sed en agua convertidos,  
el mar es agua en donde bebe el Sol y hace las nubes  
y agua y sal y piedra es el cuerpo y sus huesos.

No desprecies las piedras que te cierran el paso,  
hay piedras desvalidas pero no sin valor.  
En ellas va la vida, arroyo murmurante sobre lecho  
[dispar,  
cristal en que la luz y la sombra se quiebran,  
reflejos de los astros que giran infinitos,  
pupila torturada, abierta herida  
por donde corre la nocturna sangre  
en el claro latido que termina en la aurora.

Las piedras son la sustancia del hombre  
que aprecia lo que valen en su mundo dos cosas.

## Fiebre

*Al Dr. José Lucio González Rivero*

El cuerpo vibra en un temblor incontenible,  
oscilan las mandíbulas, tocan dientes con dientes,  
parecen desprenderse en un crujido  
que alarga su dolor a la raíz.

Cobija tras cobija van cayendo  
y sin embargo crece y crece el frío  
con el tumulto ciego de la fiebre  
y nada lo detiene ni lo calma,  
nacido de la carne lacerada  
semeja espinas que atraviesan la piel  
como si fuéramos de cardón espinados.

Después, un nuevo ritmo  
en el baile fatal de los termómetros.  
Es el calor que asciende  
en intermitentes oleadas  
que brotan desde las puntas de los pies:  
¡el paso de las nieves al volcán!  
Un crepitar de brasas nos recorre;  
la llama que nos cubre  
se detiene en la nuca,  
penetra en la cabeza  
y lentamente la sentimos dilatarse  
hasta el tamaño inmenso  
que cabe entre los brazos extendidos.

En el linde del volcán el rubí se diluye en nube y humo,  
una lluvia sutil cala el cedazo del cielo  
pero no moja ni calma la sed;  
soledad y silencio se detienen arriba,  
silencio y soledad caen en la sima

y vamos, peso inerte, desde arriba hasta abajo,  
el crujido del vértigo en sienes y ombligo.

Está pronta a estallar nuestra cabeza  
sentimos un peso de martillo que golpea,  
con ruido sordo, acelerado,  
sobre metal caliente.

El sudor es como agua arrojada en las brasas  
que nos envuelve en sus vapores;  
la saliva pastosa  
no humedece los labios  
resecos y agrietados.  
La sed, la sed, nos consume la vida.

Atravesamos un desierto con sus cálidos vientos,  
oímos sus bramidos,  
sentimos sus arenas cubriéndonos el cuerpo,  
y a lo lejos, distante,  
sonidos de cencerros trashumantes,  
un grito largo de sirena,  
imágenes confusas entre sombras:  
murciélagos de luto, escarabajos verdes  
con garfios enarcados que amenazan;  
huellas diversas señalan mil caminos:  
los cansinos camellos de las caravanas,  
lagartos, serpientes y leopardos hambrientos,  
cuyas zarpas se hincan en el polvo,  
todas las leyendas visionarias  
de *Las mil y una noches* ocurren en tropel  
para la interminable noche de los suplicios  
mientras crece el calor que nos consume.

Entre la danza de zamuros agoreros,  
en medio de visiones indescifrables,  
un pozo refrescante en el oasis  
con su samaritana que nos tiende la mano.

Regresamos del sueño terrífico  
del volcán y la nieve,  
del viento en el desierto:  
el oasis nos brinda  
sobre la frente derretida  
manos tiernas que enjugan el sudor.

El cuerpo laxo y débil,  
cualquier viento lo mueve como una brizna tenue.

La malaria es serpiente  
que se enrosca a la presa,  
le tritura los huesos  
y afloja solamente  
para engullir la muerte.

## Viaje estelar

Sobre el anca sonora  
la palmada resuena,  
Pegaso entre las nubes  
deletrea alfabetos  
de ignorados planetas.

Resurrecto del mito  
le crecieron mil alas  
que en metálico vuelo  
ensordecen los aires.

Puesto sobre el ijar  
el talón agiliza  
la marcha al infinito:  
exhalación, cohete,  
raudo se moviliza,  
sus distancias se miden  
por salto intemporal  
de una a otra estrella.

Pegaso va en el viaje  
cortando con su boca  
de morder infinito  
un pasto de luceros  
esparcido en el éter.

Del fondo o desde arriba,  
es acaso lo mismo,  
mira los movedizos  
planetas en sus giros.

La sed de lejanías  
pone rumbo hacia un astro,  
distancia que en el sueño  
se quema entre las manos.

Arribamos a un mundo  
por siempre amanecido,  
pues cuando un sol se apaga  
otros soles se encienden.

Y la angustia jadeante  
puso su pie en la fuente  
que en tormentas se nutre  
de enredadas vertientes,  
sed de un sorbo en la boca  
calcinada en destellos.

Sobre el anca sonora  
la mano corre sola  
y en el goce del viaje  
Pegaso se reclina  
al borde de un lucero.

## Vuelo de regreso

Sobre el mar,  
entre las nubes,  
el avión es una pluma  
que baila al compás del viento.

Azul, azul hacia arriba,  
verde la mar hasta el fondo,  
entre los blancos del aire  
la mañana brilla clara.

Ruta de los bucaneros,  
Panamá, Caribe y ola,  
caimanes de Barranquilla,  
Magdalena que bautiza  
sus aguas entrando al mar,  
son hitos en el camino  
que hacia la patria nos lleva.

Santa Marta del recuerdo  
de morir sobre la angustia  
de ver la patria angustiada  
y al borde del cataclismo.

Se presiente desde lejos  
el frío de las montañas,  
cuyos caminos de gloria  
fueron la gloria de América,  
cuando iba entre los montes  
montando bríosos corceles  
la Libertad con Bolívar.

Desandando desde arriba  
los caminos del recuerdo  
América es más pequeña,  
la patria cabe en un puño

de minutos para el vuelo,  
pero en la historia no cabe  
el tiempo de hacerla libre  
ni la gloria de quererla.

Voy por la ruta del aire,  
sobre la ruta del pueblo  
que hizo libre a un continente.  
Se cubre fácil en vuelo,  
se dice breve en la frase,  
¡pero qué camino largo  
la historia de ese camino!

El reto de la montaña  
lo vence el avión de un salto,  
el lago, llano con olas,  
nos saluda con la brisa.

Goajira, patria doliente,  
sobre la tierra pelada  
el indio cruza desnudo.

Por la ruta de los cielos,  
entramos a Venezuela,  
Patria del cálido anhelo,  
gloria de Patria en el sueño  
de hacerla al cordel que mide  
la justicia de los pueblos.

*(En la ruta aérea de Panamá a Venezuela,  
8 de septiembre de 1961).*

## Rada de Montevideo

*A Zaira Gamundi de Castro, en Montevideo*

Estoy frente a la rada,  
de sucio azul, con humos en el fondo.  
Semeja un amplio mar  
y es apenas la orilla de un gran río,  
con aguas dulces  
bautizadas de sal.

Barcos que parten,  
barcos que llegan  
y en la inmóvil algarada  
alguien espera,  
alguien sueña,  
mientras va y viene la marea,  
con su lamer de costas  
con su blancura de espumas  
que se deshacen en la arena.

Rada de tres tiempos:  
la del que parte,  
la del que llega,  
la del que se queda,  
y siempre el mismo fondo,  
inmutable:  
arena y piedra y lodo,  
algas y peces meciéndose en las olas  
a caza de luceros  
que bajan a bañarse  
de la tarde a la aurora,  
sumergidos hasta tocar el fondo.

Peces cazadores de luceros somos los hombres.  
Corremos tras la luz  
como buzos que buscan perlas en los ostrales,

en sortijas de agua  
que disuelven su brillo entre las manos,  
en pregón desalado agitamos estrellas  
que no están en los dedos,  
pero que las sentimos  
quemándonos,  
alumbrándonos,  
guiándonos,  
como linterna inapagada,  
faro de los viajeros,  
señal inmóvil para los que se quedan,  
lumbre para la noche,  
fuego para el frío,  
encendida esperanza de los caminantes,  
humeante quinqué de los marineros viejos,  
eternos oteadores de distancias,  
detenidos en la ribera,  
barcos que no parten nunca,  
anclas hundidas en el fondo,  
herrumbre y lodo y piedras,  
donde se apaga todo,  
hasta el ruido del mar,  
el ansia de viajar  
y el brillo de la estrella.

*(Rada de Montevideo, 21 de diciembre de 1964).*

## El apamate ciudadano

Morado, blanco, morado,  
solemne crespón de lila,  
de espumas un airón blanco  
se visten los apamates.

Sobre el viento va el aroma,  
va volando sobre el viento,  
la flor, mariposa en giro  
el ala blanca girando.

Frente al cemento del muro  
en el mayo florecido,  
la flor se anuncia en lo alto  
y cuando todo se asfixia  
entre el calor del asfalto  
y el humo de gasolina  
desde la rama evadida  
el apamate respira.

El apamate se hizo  
el árbol de la ciudad;  
en el tráfago del día  
da su sombra al caminante  
y el carnaval de sus flores.

El apamate de seda,  
suave seda de colores  
para la vista cansada  
de mirar el gris de plomo  
de los muros de la urbe  
y el negro de las calzadas.

Buscando el aire en la altura  
hacia arriba va creciendo  
la floración de apamate;

se reparte para todos,  
mientras crece el alarido  
de los autos como un bosque  
y es un bosque la miseria  
que abajo consume al hombre.

Morado, blanco, morado,  
árbol del rico y del pobre  
más para el pobre de a pie  
que busca sombra en la calle.

Árbol florido de mayo,  
de sombra amable en agosto,  
la ciudad: cemento gris  
mientras esparce el ramaje  
de azul descalzada sombra,  
aire entero del paisaje,  
nidial de amor de los pájaros.

## El niño sobre el hombro

Bajo la sombra mansa  
de la cabeza inquieta  
reposaba su niño  
las lágrimas y el sueño.

Las cataratas negras  
del pelo despeinado  
cayendo sobre el hombro  
confundían sus torrentes.

La madre en el portal  
tiende la frágil mano  
de carga liberada  
mientras dormita el hambre  
de su niño en el hombro  
y pasa como bruma  
la esperanza que sueña  
bajo la sombra mansa  
de la cabeza inquieta.

## La sombra

Descuaja el hacha despiadada  
el árbol centenario  
y retumba en un trueno la montaña.

El gigante rendido  
arrastra en su caída  
la cohorte pequeña  
que cobijó en su sombra.

El sonido del hacha sobre el tronco  
se repite en el eco,  
es campana que vibra  
desde el abierto cuenco sobre el bosque  
donde cayó el gigante,  
para que el tronco débil se levante,  
y encuentre su medida bajo el sol.

## En el hondón de la herida

El arrojado indomable pone el arma en las manos:  
se cruzan los puñales,  
los filos hacen ruido de fósforo rasgado  
y las hojas retratan en su metal de espejo  
el brillo del espacio en el lucero.

Ojos, manos vigilan, giran los pies veloces.  
Fundidos en sus sombras ni el arrebatado miden:  
un traspie solamente  
y el ruido enemigo le abre en el costado  
un sendero perdido en las entrañas.

El hondón de la herida  
recibe los destellos del acero,  
claridad en la sangre derramada,  
amanecer crecido en fulgores de luz  
por la ventana abierta de la muerte.

## Gloria y agonía del poeta

*Para una niña que escribe versos*

Tan joven, torturada  
de esa agónica sed de los poetas  
que ven pasar el río  
y no mojan sus labios  
sino que van al fondo  
a rescatar luceros.

Ser poeta es vivir  
la gloria y la agonía  
de la estrofa que nace;  
es ser a un tiempo mismo  
creador y destructor  
de ideales que crecen  
o de aquellos que mueren  
prisioneros del verso.

La gloria del poeta  
no se da en las palabras  
en que encarnan sus versos;  
su gloria es una llama  
que calienta y no quema,  
la emoción y la angustia  
que se viven y crecen  
en la interior clausura,  
flor que el viento marchita,  
celaje, brisa, trino,  
y el sueño desvelado  
que no encuentra palabra  
para la forma indúctil  
que en el alma palpita.

Niña del balbuceo,  
inventa tu mensaje

poniendo sentimientos;  
la verdad no es de todos,  
porque todos no sienten,  
pero dila en el viento,  
ponla sobre la ola,  
deshójala en la aurora;  
se irá con la corriente,  
nido, pétalo, espuma,  
será trino o perfume  
o remojada huella  
de sombra trashumante.

Acércate al que sufre,  
ríe con el que ríe,  
desdobra tus pañuelos,  
tus sonrisas despliega.  
Vive siempre tu hora  
haciendo y rehaciendo  
la hora cada día;  
artífice, el poeta  
de cristal es por dentro,  
en el verso que crece  
pulido y repulido,  
contenido y esencia,  
donación y reclamo  
donde está todo entero  
el anhelo y el sueño  
soñado y no vivido.

Poeta, sé tú misma,  
tu obra es solo tuya,  
sus frutos son de todos  
los que quieren tomarlos  
sin descuajar el árbol.

El pájaro da el trino,  
que es su aliento y su vida,

pero alegre en la fronda  
sin saber que es oído.

## **Tú mismo**

No lograrás exactamente  
lo que quieres ser,  
pero eres tú mismo  
el que labra el espejo  
donde tu imagen  
habrá de reflejarse.

Tu combate y tu gloria  
serán fulguraciones de tu genio,  
pero tú solamente  
podrás ganarlos o perderlos.

Nadie te ayudará  
si tú no pones  
entera voluntad,  
día tras día,  
hasta que te sorprenda lo imprevisto  
puliendo cada arista  
y afirmando incesante  
la huella en el camino.

## El trino en libertad

Gime el hombre bajo dictados imperiosos,  
el odio se encarama en los tejados,  
el temor y el miedo traspasan las rendijas,  
tiene amargos acentos la palabra  
escurrida en la sombra solitaria,  
el amor escondido disimula miradas,  
hasta la clara sonrisa de los niños  
es enredada escritura ilegible.

¡Sin embargo!, en un recodo solitario  
donde el río arremansa su corriente  
que tú y yo deletreamos de memoria  
tu sonrisa y la brisa riman juntas,  
el sol cuela entre las hojas sus destellos,  
pero no brilla más que tus ojos inmensos.

Miramos hacia arriba:  
hay desprevenidos parpadeos  
en medio de las nubes,  
alba y rocío se inundan de perfumes;  
de entre las ramas mecidas por el viento,  
brota discurso de trinos  
que un pájaro silvestre ofrece en libertad.

## Las ideas en el viento

*Porque el Viento es un exigente cosechero;  
él elige el trigo, la uva y el verso;  
el buen vino,  
el que sella el buen pan  
Y el poema eterno...  
el que sella el buen pan  
Y al fin de cuentas, mi último  
antólogo fidedigno será Él: El Viento,  
El Viento es quien lleva a la aventura el discurso  
y la canción... ¡El Viento!  
¡Antólogos, historiadores, arqueólogos, coleccionistas, el que decide  
es el Viento!  
LEÓN FELIPE*

Si tienes una idea ponla en el viento.  
El viento la aventará muy lejos,  
hasta encontrar la tierra  
para hacerla raíz y tronco y ramas,  
se cubrirá de flores,  
dará frutos y pájaros,  
será pan y gorjeos.

Las ideas en el viento  
caminan, crecen, vuelan;  
livianas mensajeras  
cantarán libertad, paz y amor,  
dirán su credo nuevo  
o la vieja sentencia del camino  
que es largo en el principio  
y al final no es camino  
sino retorno de vencidos  
que desandan sus pasos.

Si tienes una idea ponla en el viento,  
siguiéndola en su giro irás muy lejos;

si la idea es luminosa  
con ella brillarás;  
las ideas oscuras  
serán tumba de olvido,  
las de odio tenebroso, solapado rencor,  
sangre, dolor y muerte.

El viento generoso,  
sopla hacia todas partes:  
el rico, el pobre, el necio,  
el sabio, el ignorante,  
el justo y el malvado  
en su aliento palpitan,  
los viste y los desviste,  
de cada cual se lleva  
la semilla que engendra  
por eso hay tanta planta  
que mata o alimenta,  
para vestir desnudos,  
para sembrar espinas  
en todos los senderos,  
dar sombra al caminante  
o rama de la muerte.

El viento, perennemente bate  
para barrer miseria,  
para sembrar angustias,  
sopla desapacible con la lluvia  
o se hace suspiro con la brisa,  
salud en el respiro transparente.

El viento arrastra la semilla  
y la siembra en la tierra,  
azada de trasplante, cava el surco,  
guadaña de segar, corta la espiga.

El viento silba y canta  
o cruje entre las ramas,  
mece la flor, fecunda los pistilos,  
derriba el fruto:  
su palanca afinada sobre el suelo  
descuaja las raíces  
cerrando el ciclo del polen, la semilla,  
los árboles, las uvas.

El viento es el artífice  
del camino en la vela,  
del rugido en la ola,  
es espuma deshecha en la playa;  
ulula encerrado en la cueva,  
se precipita destructor  
del huracán en la fogosa cauda  
que derriba ciudades  
sembrando llanto y luto.

El viento en el molino  
pone a correr el agua  
desde el fondo del pozo hasta la sed,  
es amigo o enemigo del marino,  
del labriego y de las lavanderas.  
El pájaro va en él o es empujado,  
si lo detienen abre caminos nuevos.

¡Qué terrible es el viento!  
Lima las piedras,  
erosiona cerros y cordilleras  
que en polvo convertidos forman los desiertos,  
(simún aterrador, alisios de la lluvia),  
de arena, nube y humo  
fabrica noche en la mitad del día;  
como ola de fuego que barre la llanura  
es "Barinés" rizando el Orinoco,

desde el mar sopla mojado  
para empujar las dunas invasoras de Coro.

Yo he puesto mis ideas en el viento  
de la pequeña patria luminosa,  
en la sabana sin fronteras,  
junto a la hostil montaña  
cercana de las nubes.

Han quedado sembradas en todos los caminos,  
reconozco la voz de sus saludos cuando paso,  
el tiempo no ha borrado sus latidos,  
me identifico en ellas:  
sembrador, cosechero, peregrino.

¡Y tú, que estás dormido!  
despierta con el viento y ponte diligente  
a cultivar tu predio,  
desyérbalo de ortigas y cizañas,  
abónalo de amor, de sangre generosa,  
el surco es útero fecundo  
donde el viento trabaja la cosecha.

Escucha el viento siempre  
para saber su rumbo,  
cuando quieras viajar viaja con él,  
fija tú mismo el puerto de llegada,  
timonel, con el viento en la vela  
señala el derrotero.

Si tienes una idea ponla en el viento.

## La enredadera

Sobre el tronco de añosa ramazón  
que ya no alienta flores  
ni crecen en los nidos  
tejidos en su fronda  
los trinos mañaneros,  
trepó la enredadera,  
cubrió en verde follaje  
el viejo maderamen.

El flexible bejuco  
encontró fuerte escala  
puesta para su anhelo  
de subir a las nubes.

Ahora entre las ramas  
luce su floración la enredadera,  
se empenachan gorjeos  
que viajan en la brisa:  
sonriente primavera  
que disipa el invierno.

## Nadie sabe

*A Fernando Paz Castillo que dijo:*

*Nadie sabe si el blanco es blanco,  
ni si el rojo es rojo.*

*Nadie sabe en su íntima conciencia dolorosa  
asustada en su propia inhumana trascendencia  
qué es verdad, en lo que es, de la verdad.*

Nadie sabe cuánto saben los que saben,  
ni de aquel que sabe menos y algo sabe.  
El saber es una gota que se hace manantial,  
encauzado fluye, riega,  
si lo cortan se desborda,  
si lo encogen se derrama.

Nadie sabe cómo crece,  
todos saben que fecunda,  
en la rosa es el perfume,  
en el pájaro es el trino,  
trigo y viento saben tanto  
que maduran en el pan.

Nube y humo se confunden cuando vuelan,  
una baja, el otro sube  
hasta perderse esfumándose en el cielo;  
de la nube brota el agua de la lluvia  
y del humo nacen lágrimas.

Nadie sabe cuánto sabe la semilla cuando nace,  
se hace árbol y da frutos,  
alza sombra de follaje,  
alimenta colmenares, mece nidos,  
es carbón, dueño del humo,  
bajel de vela empenachada,  
tabla lisa de la urna

que es raíz muda del hombre  
horadando socavones de la tumba.

Nadie sabe cuánto sabe  
del silencio la cigarra,  
lo deshace con su grito,  
corta el aire donde vive  
y cuando muere, regresa  
entumecido, el silencio.

Nadie sabe cuánto sabe el bruto libre  
dueño y señor de su instinto,  
ordena vida y sustento,  
crece y muere en la simpleza  
que no inventa ni imagina.

Pájaro libre del aire,  
fieras temibles del bosque,  
leones melencidos, tigres de piel tornasolada,  
sigilosas serpientes enroscadas,  
mosca, zancudo, abeja, mariposa,  
animales de zarpa o aguijón, de alas defendidos,  
sabios hijos de la naturaleza,  
el hombre es una fiera sin medida,  
sin tener garras vigila,  
sin aguijón agrede y pone a su servicio  
cuanto se mueve y crece.  
Acaso sabe más, pero no sabe  
poner fin a la tristeza,  
domeñar a su destino,  
desatar nudo de penas  
ni cortar cauce de lágrimas.

Nadie sabe cuánto sabe  
quien no sabe casi nada.  
Si comparas lo que sabes

con la sonda no da fondo,  
en el aire es impalpable.

El saber como instrumento,  
el saber como pantalla protectora  
hace al hombre poderoso e invencible,  
pero no le da la clave de su propia pequeñez  
que lo abisma y lo confunde  
y le fija su destino más abajo, más arriba,  
donde el sueño inventa mundos  
que se hacen, se deshacen, humo loco  
que subiendo se consume,  
nube tenue que bajando se disuelve.

El saber es solo un modo  
de subir a las estrellas para aprisionar la luz,  
de bajar hasta la hondura de sí mismo  
para encontrar la semilla de una idea  
poniéndola a crecer junto a la aurora,  
viéndola florecer en el ocaso,  
brilladora en la penumbra,  
luna de luz mortecina,  
pero arriba, más arriba, ilumina entre las sombras.

El saber es solo un modo  
de subir a las estrellas para aprisionar la luz.

## El puente derrumbado

*En recuerdo de los maestros caídos  
en el Salto de la Llovizna.*

Horadando las nubes el sol se desparrama,  
insectos, hojas, pájaros  
trepan por las laderas.

La celeste girándula marca redondo tiempo,  
sangre de vida con la vida henchida  
en trajín de metales crepitantes,  
sangre de muerte derramada implacable  
sobre el exhausto grito del parto de la tierra,  
la canícula ardiente tuesta la piel que suda,  
recostados los árboles proyectan  
sombra en la sombra sobre la corriente.

El vocerío se eleva sobre el tumulto de las aguas.  
Los hombres y las cosas en vibración unísona.

Altas, negras las piedras, heridas de tatuajes,  
en su muda mudez impenetrable  
cuentan y cantan el tránsito del río,  
pasajero veloz; dan fe de la presencia  
de tenaz duración que dura siempre.

Bajo el arco del puente  
la corriente transcurre,  
arriba luz desnuda, las voces en el aire  
y los trémulos pasos cabalgando  
hasta perderse entre las islas verdes  
donde la selva teje sus leyendas.

La cascada es un trueno y de la cumbre al fondo  
el río perpendicular su torso curva,  
en un arco de espumas

que una flecha de viento  
hacia la mar dispara.

La llovizna sutil se sube al cielo  
en una teoría de cristales deshechos,  
en ambiente poblado de feéricas banderas  
Canaima sopla su implacable viento,  
cruje y se triza el puente,  
las voces se desgranán  
y surge en el aguaje trepidante  
una estela de nombres,  
navegación de muerte:  
la tejedura de los sueños  
nadando en las tinieblas de la noche sin límites.

El terror se anuda en las gargantas,  
la angustia rompe el cristal de los gritos:  
la impasible cascada ensordece los aires,  
las piedras milenarias atestiguan cadáveres.

Caroní sin reposo, apresurado,  
hirviente correría,  
el alba cauda sobre el cauce oscuro,  
tumba de la esperanza,  
sombras, penachos de la muerte.

Los niños están solos,  
la escuela sin palabras.

Duele el dolor del mundo  
en la lágrima viva.

## Persistencia

*Venimos de la noche y hacia la noche vamos*

VICENTE GERBASI

De niños nos sobrecoge el miedo  
que proyecta la sombra.

En el día radiante,  
en medio de la noche,  
vigila nuestros pasos,  
con nosotros se acuesta  
y se levanta erguida  
cuando nos despertamos.

¿Por qué temer su presencia,  
su profundo silencio?  
Al final somos sombra  
en la sombra disueltos  
y siempre tornaremos  
de la noche callada  
para un día y otro día  
escuchando el latido de los días  
repitiéndose siempre,  
persistencia del hombre:  
un crispado puño  
de aspiraciones tensas,  
un insomne lebrel ladrando luna,  
una flor de palabra  
con rocío y perfume  
sobre el viento.



**VERBA MÍNIMA**  
(1978)



*A mis hijos Nyrma y Gonzalo, los artistas  
de la familia, para que recuerden mi lección:  
la única vida digna de ser vivida es la que se  
reparte en trabajo premioso a favor de los demás.*

LUIS B. PRIETO F.



## **Fluidez**

Aprende del agua  
la fluida forma  
de decir las cosas.  
La palabra solo  
te dará sentido  
de fiel realidad  
si se transparenta  
puro el pensamiento.

## Existencia

Las cosas son bellas  
si el hombre las mira  
pues nombra y renombra  
y pone excelencias  
cuando se recrea.  
Suprimid al hombre  
y no habrá belleza  
ni mundo ni cosas.

## **El sueño creador**

Sueño, sueño y el sueño  
es realidad.  
Para vivir las cosas  
primero hay que soñarlas.

## Órbita del silencio

En el silencio  
crece mi alegría,  
bajo el silencio  
duerme mi esperanza,  
se mustia la ilusión  
junto al silencio.  
Es tan largo el silencio  
que eterniza la pena.

## **Cordilleras andantes**

Las gibas del camello  
son erectas y firmes  
cordilleras que andan.

## Una mujer incomparable

*Para Alix de Sánchez Vega*

Como las heroínas de la *Biblia*,  
temple de acero,  
suavidad de seda;  
erguida ante el destino  
dando de su dulzura  
modera la inquietud de los que ama  
y se guarda la fe que la sostiene:  
lirio sobre la foca su esperanza.

## **Nacimiento del ala**

En un revuelto mundo de hojas  
nace el ala,  
camina sobre el viento  
con volubles giros,  
tornadizo fulgor junto a la luz  
de una hoja que vuela.

## **El trino**

El trino crece en el aire,  
pájaro en la rama.

## **Hojas y plumas**

Como las hojas caen en otoño  
las viejas plumas caen  
cuando las nuevas crecen.

Tenue vuelo de plumas,  
desamparo en el aire.

## **Aventura**

Vuelo,  
aventura  
en el aire.

## **Sacrificio**

El gato  
la garra afila  
en la vigilia:  
solo un salto,  
sacrificio de pájaro!

## **Fugacidad**

Gota de luz sobre la flor  
deja el rocío  
que en cada amanecer  
se va en el viento.

## Decreto de cigarras

Se partió la tarde  
con el largo cuchillo  
de un grito de cigarra.

Por la cortada luz  
pasa una gota de silencio  
que escapó de la estridencia  
con palpito de susto,  
tapados los oídos  
fue en busca de un refugio.

Las cigarras  
en la mitad del día  
derogaron el silencio  
habían decretado el verano.

## **Hiladura es la vida**

Hiladura es la vida,  
torcida y retorcida  
en la rueca del tiempo,  
se alarga y se adelgaza  
hasta trizarse en dos,  
volador en el viento,  
un cabo entre las nubes  
y el otro en el suelo.

## **Vuelo interrumpido**

La inerte mariposa  
fijada en la pared  
es el final del ansia de subir  
para brillar al sol  
junto a la nube.

El destino del vuelo:  
un muro liso y firme  
y un alfiler clavado  
entre las alas y el muro.

## Llueve sobre el monte

Sobre la cumbre se alzan  
las nubes silenciosas;  
agujoneadas del viento  
sus alas rizan el monte.

Cernidos de la aurora  
sus hilos van al río:  
su crin desapacible brilla  
en la cascada ardiente.

Viajando del suelo hasta la espiga  
la dádiva raigal  
es promesa de pan.

## **Cicatriz**

A la herida vacía  
yo le pongo un centímetro de amor  
y cicatriza.

## **Destrucción**

En tus manos fenecen los recuerdos  
como flor deshojada  
implacablemente.

## Embriaguez

De rotunda rosa  
colibrí sonoro  
de azul transparencia  
temblando en el aire  
libó en su corola  
la miel con rocío.

Volátil de fuego,  
ebrio de delicia,  
entre el polen sutil,  
las alas tendidas,  
hundió la cabeza  
quedando dormido.

## El pozo

Así, de pronto,  
exploradores en la propia angustia  
descubrimos escondido  
un pozo de ternura  
y fuimos a secarlo  
sorbo a sorbo,  
gota a gota,  
pero iba manando  
caudales infinitos,  
con nuestra sed crecía  
y se fue desbordando  
hasta dejamos inundados.

## Gracias

Gracias por tu presencia iluminada,  
por tu voz en la sombra diluida,  
por tu silencio pleno;  
gracias porque me diste tu palabra  
empapada en sonrisas y suspiros,  
por tu mirada tierna llena de evocaciones;  
gracias porque en un tiempo estremecido  
me diste una rosa de cien pétalos  
cuyo aroma sutil crece en el aire  
donde vivo y respiro clamoroso  
de tu lejana ausencia y tus latidos.

## Desde la lejanía

Qué delirio de sombras  
ha inundado mi vida,  
cuando ya tan distante  
no la puedo mirar  
deshabitada de sueños y caricias.

## **Moldeadura**

El tajo de la orden  
bajó desde la altura  
de la voz imperiosa,  
se diluyó en palabras  
para tomar la forma  
conformista del agua  
así como se amolda  
el servil a la sombra  
que proyecta su amo.

## Perder el tiempo

### I

No es de momento  
hacer las cosas  
dos veces  
para hacerlas bien.

### II

Hacer las cosas bien  
desde el principio  
es un imperativo  
de la época,  
donde el oro del tiempo  
es tiempo para el oro  
de las avaras gentes  
del dinero.

### III

El hombre aprende  
camino de eficacia  
ensayando y errando.  
Perder el tiempo,  
puede ser ganar la vida,  
si la vida se pone  
enteramente  
en la tela de araña  
donde se teje el sueño  
y despierta sonriente  
la obra que soñamos.

## **Sombra y grandeza**

Si el hombre es grande  
su sombra es aún mayor,  
porque la sombra crece con el hombre  
que se proyecta en ella engrandeciéndola.

## **Tiempo y sombra**

Tiempo y sombra marchan juntos.  
Si crece el día la sombra crece.  
Cuando el día se parte  
la sombra se esconde bajo el hombre.

## **Sombra y conciencia**

Sombra y conciencia no pesan,  
pero abruman,  
por eso el hombre bajo ellas sucumbe.

## **Sombra en el río**

Si el agua camina  
la sombra no camina con ella.  
El río solo arrastra  
lo que no pesa, lo que sobrenada.  
La sombra de lo que arrastra el río  
se va con él.

## **Corazonada**

El corazón siente,  
la corazonada presente.  
El corazón va con nosotros,  
la corazonada nos lleva.

## **El camino**

*A Ludovico Silva*

El camino no es más corto  
porque tú corras en él.  
Caminar tiene su ciencia,  
caminar tiene su magia:  
un paso detrás de un paso,  
uno más y otro paso.  
Caminando va el camino,  
pero no pasa, pasamos:  
paso a paso, paso a paso  
sobre él pasan los pasos.  
Cuando se acaba el camino  
se termina el caminar.

## Imagen

*A Hugo Baptista*

Entre el cielo y el pozo  
la distancia de un lucero.  
Pero el lucero baja  
Para mirarse limpia  
la cara en el espejo.

## **Cierto olor a jazmín**

Cierto olor a jazmín no presentido,  
una nube de sombra que no pasa,  
tu distancia que llena los recuerdos,  
tu presencia que alienta los latidos.  
Todo es tiempo sin ti.

## **El pasado**

El tiempo se queda suspendido  
en la rama que se quiebra  
con el peso del pasado.

## **Latido**

Incansable la sangre  
repite su latido,  
circula el tiempo  
en un mundo de sombras.

## **Ser con los demás**

El hombre es hombre  
si ama la presencia  
de los seres humanos.  
El hombre es  
con los demás.

## Contraste

El aire no es tan aire,  
ni la rosa tan rosa,  
ni el suspiro tan leve,  
la luz, hambre del ciego,  
no hace clara su noche.

Aire, rosa, suspiro  
animan en la llama  
donde alienta fugaz,  
duración en un instante,  
su presurosa vida.

## **Tus manos**

Tus manos, rosas de pétalos abiertos  
que apuntan sonoras las estrellas,  
se juntan para el ruego  
y blandas desdóblanse en caricias.

Pero las rosas tienen aguzadas espinas  
que hasta la sangre rasgan  
heridas que no sanan.

## Si el agua se volviese

*A Alberto Arvelo Ramos*

Desdoblando la sombra  
se quedó sobre el puente  
viendo pasar el río;  
de la delgada orilla  
soplaban los susurros,  
mientras indiferente  
el agua hilaba sueños.

Si el agua se volviese  
desenredando el tiempo,  
desandando el camino,  
los sueños treparían  
los peldaños desnudos  
de soledad punzante  
en un lecho de piedras.

## **Intermedio**

Apaga el fuego  
de tu calor sin llama.  
Es hora de dormir.  
¡Hasta mañana!

## **Más allá de la distancia**

La montaña es presencia  
que oculta los caminos  
por donde va mi voz  
al lugar de tu ausencia.

## Respuesta

¿Qué nostalgia tan honda  
te perturba el aliento  
y te vela los ojos?  
— ¡Es la voz del recuerdo  
que me llega en el viento!

## **Hasta el fondo**

Tus ojos en la noche  
asesinos alertas  
disparando sus flechas  
al fondo de mi sangre.

## Compañeros

Dormir es lejanía  
poblada de fantasmas.

## Remanso

El remanso dormía  
bajo las luces de la tarde,  
el bosque era sonoro  
de brisa, hojas, pájaros;  
en el umbrío solitario  
la canción era espina  
de rosa torturada.

## **Palabra final**

Cuanto estoy siendo  
resume lo vivido,  
una palabra sola  
anuncia qué seré  
cuando deje de ser.

## Desgaste

Lo que viviendo se desgasta  
crece en la sombra  
de lo que vamos siendo:  
presencia del pretérito,  
visión de lo vivido  
que ha dejado de ser.

## **Perdurabilidad**

Hijo del tiempo,  
el hombre es  
pasajera existencia.  
Por sus obras perdura.  
Espina dolorosa,  
proyección de infinito,  
erguido memorial.

## **Voz en el tiempo**

Preso del tiempo vive el hombre  
sus recuerdos;  
su voluntad  
hablará en el futuro.

## **El pez en la red**

El pescador en la roca  
lanza su red a las olas  
y un pez de plata, la luna,  
salta preso en la tarraya.

## Coplas

I

Está durmiendo el rocío  
sobre el lecho de las hojas,  
se despierta con el día  
y se hace azul en las rosas.

II

Flor de rocío en la hoja  
se deshoja con el sol  
y es un cáliz de frescura  
que nos regala su olor.

III

De la garganta a la rama  
y de la rama a la flor  
en la aurora crece el trino  
y el pájaro lo ignora.

IV

Sombra de nube que pasa  
no es sombra para el cobijo,  
sombra que perdura y crece  
la da el amor compartido.

## **Ceniza**

El recuerdo es ceniza  
de un incendio con llama.  
El olvido es carbón  
apagado en el alma.

## Mediodía

En la quietud del pozo  
ni un lucero fulgura:  
es mediodía  
y tras del sol  
los luceros se ocultan.

## **Inmovilidad**

En la inmovilidad de la semilla  
la vida crece innumerable.

## **La palabra**

Una espada de luz  
hendió el silencio  
y surgió la palabra  
golpeando los oídos  
sordos de oscuridad.  
¡Los ojos escucharon  
la claridad abierta!

## **Plenitud**

¡Alegría!...  
Solamente  
una forma de vivir,  
interno regocijo,  
obra plena,  
gozo de darla  
como la flor aroma.

## **El afán incesante**

Comienza donde comienza el día:  
la aurora deshaciendo la bruma  
con aromas y trinos,  
ruido tenue de hojas,  
el afán de las alas,  
los proyectos abriéndose camino  
sobre el pasto mojado de rocío.

Termina donde termina el día:  
la noche agujereada de luceros,  
silencio con ladridos,  
anhelos desvelados  
y el amor que vigila  
calentando solícito el costado  
hasta la claridad de amanecer.

Comienza donde comienza el día.

## **Adelante**

Con la noche en la espalda  
arriba a la mañana  
para soñar despierto,  
que así el sueño es camino:  
voy con sol en la cara,  
nubes, sombras, destino  
los deshace mi mente  
y de frente a la vida  
pongo un hito en el viento.



# ISLA DE AZUL Y VIENTO

(1986)



*A Cecilia, mis hijos y mis nietos, con quienes estaré siempre en deuda.*

*A la memoria de mis padres,  
de quienes aprendí que por encima de toda virtud predomina la bondad.*

*A mis hermanas, vivas y muertas,  
islas de amor sobre la mar nacidas.*

*A mi abuela materna, Mama Lita,  
que en los pliegues de sus amplias sayas arrulló mi infancia.*

*A la tía Juanita,  
que me hizo beber desde muy niño la droga maravillosa de la lectura.*



## Nota explicativa

Lo que tienes en las manos, amigo lector, no es un libro. Es un muro largo a la orilla del mar, pintado con una brocha de pintar barcos que encontré abandonada en la playa. Muestra muchos colores: azul de mar y cielo, verde de las montañas, rojo de la tierra pelada que castiga el sol, amarillo de cielo atardecido; el color de las flores, alas, trinos y pájaros. Es un muro vivo donde se quiebra el viento y se oyen las voces de un pueblo amaneciéndose, que canta en los caminos, que llora y gime en las horas de íntima congoja, pero que ostenta la firme voluntad de seguir adelante. Las faenas del mar o de la tierra no le cansan, aunque sea escasa la paga, poca el agua. Sin doblegar la confianza dirá siempre: ¡Mañana será mejor!

Este muro está hecho de amor, la argamasa es sangre pura del pueblo. Sobre las almenas ondea la esperanza.



## Soy tu voz en el viento

Vengo de un pueblo  
de cristalina estirpe  
y voz rasgada.  
Vengo de un pueblo azul  
de mojada cintura  
y mano dura;  
nacé como se nace  
entre la sangre,  
crecí como se crece  
entre objetos y hombres;  
aprendí muchas cosas  
y he olvidado otras tantas:  
de palabras, de nombres  
me viene el canto,  
las lágrimas,  
el sueño y el amor.

Soy hombre  
multiplicado esfuerzo,  
idea y voluntad  
que se realizan,  
canto rodado  
sobre la playa íngrima,  
soplo del huracán  
en la ola salvaje,  
amarga espuma  
sobre la cresta erguida,  
apenas una gota  
perdida en el aguaje,  
retorno y viaje siempre  
entre orilla y orilla,  
un puntal de la sombra  
de acento trémulo  
que me busca y me llama,

soy palabra y latido  
de pueblo amaneciéndose.

Soy tu voz en el viento.

# ALUMBRAMIENTO DE PARAGUACHOA



*La isla de los lobos peregrinos,  
de níspero el sabor, de perla el canto,  
de sol, de sal, de piedra los marinos.*

ANDRÉS ELOY BLANCO

*Hiende los aires, Hiende el mar la proa.  
Gira y se da multicolor el mundo.  
Aro tu vivo azul, Paraguachoa.  
Y el corazón abismo en lo profundo.*

PEDRO RIVERO

*Horas de La Restinga en el costado  
de la isla más isla de las islas,  
que corona la frente del Caribe.*

MANUEL FELIPE RUGELES



Rodaba el mundo enmudecido y solo,  
hirviente masa informe,  
calva la superficie de caliente textura,  
ni una brizna de verde se mecía en el viento  
ni trino ni rugido, risa o llanto,  
solo existía el silencio de inexistentes voces.

La nebulosa misma, génesis constelado,  
era luz en la altura de sol incandescente,  
fluían estrellas: Orión, La Cruz del Sur,  
Las Cabrillas, cometas, luceros incontables...  
Nadie miraba el parpadeo del cielo.

Eran inéditos los años infinitos,  
las tierras confundidas en rotonda de aire;  
nadie puede contarlos sino el planeta mismo  
en sus capas de greda, de piedra y lava fría.

La noche, el día, corrían dislocados  
pisándose las huellas. La aurora y el crepúsculo  
eran solo momentos en un mismo proceso.  
El tiempo no tenía brida de relojes  
ni nada que pudiera señalar calendarios.  
No era tiempo de dioses de las cosmogonías,  
metáfora del hombre, confuso, en desconcierto.

Las cosas y los seres carecían de nombre,  
la palabra esperaba para el vuelo sutil  
labios que la llevaran como sello del viento  
sobre la faz del mundo  
grabadura en la piedra.

En ígneas convulsiones las centrífugas fuerzas  
trizaron en pedazos los bordes que rodaron  
cual navíos desarbolados en el íngrimo mar

y quedaron ancladas frente a los continentes,  
como una flota inmensa. Las islas emergidas  
desde el alumbramiento estuvieron temblando muchos  
siglos.

En miríadas de años se cuenta el enfriamiento,  
después fue el florecer, poblamiento de seres  
surgidos de la mar. El hombre fue postrero.  
De la amiba a la nube, del gusano a la flor;  
la gota temblorosa sobre el pétalo abierto  
era un mundo viviente desangrado en el iris.

De ese surgimiento de las islas nació Paraguachoa  
de hirviendo mar de peces y cantos de las aves  
de alas multicolores, y plantas de sequía,  
animales veloces sobre el quebrado suelo.

Tunas, cardones, agrios de espinas,  
eran llamas de verde en el umbrío,  
lucían los robles su florecida copa  
mientras los acos daban su violeta encendida.  
Los olores del campo volaban en la brisa,  
de la aurora a la tarde el cielo brillantaba  
los cerros, las lagunas.

Paraulatas, turpiales, concertaban sus trinos  
con otros pájaros pobladores del bosque  
en un concierto agreste perdido en el espacio,  
las palomas zureaban al borde de sus nidos,  
las cascabeles movían las maracas alegres,  
regocijados retozaban venados y conejos  
mordiendo los retoños  
entretajidos con los cujiales  
sobre la tierra virgen de pisadas humanas.

Corrían riachuelos rumorosos debajo de los puentes  
de ramas enlazadas de taguas, ceibas y jabillos

crepitantes los frutos en el aire azulenco,  
sombreado el paisaje el guayacán tendía su fronda  
desbordante.

La Isla era esmeralda encendida,  
paraíso arrullado por la onda marina que ofrecía  
su cosecha de lisas, jureles, carites y sardinas...

Desde el Norte vinieron los hombres y pobladores,  
en un mar proceloso remaron noche y día.  
Llegaron a la orilla de esa tierra apacible;  
plantaron sus viviendas de ramas contra el viento.

Se sembraron allí, tribu de los arawacos  
los fieles guaiqueríes,  
herederos del arte de fabricar cacharros:  
cántaros labrados impregnados de historias,  
vasos para la sed y caliente comida,  
cocida a fuego lento arrancado a las piedras.

Iban todos desnudos como recién nacidos  
cuerpos de bronce ungidos de neblina.  
En la nudez lucía la espigada estatura,  
los hombros levantados en las amplias espaldas,  
musculosos los brazos del remo al ejercicio,  
clara la tez pintada con achote  
que los negros cabellos recubrían,  
las mujeres mostraban resistentes cinturas,  
los senos rebosantes, los pezones erguidos,  
manos propicias para los oficios  
del barro, de las siembras y las recolecciones.

De silvestre algodón tejían sus redes.  
El maíz de rumorosa espiga  
le ofrecía sus mazorcas, sustento contra el hambre  
y manantial de licores generosos  
para las fiestas consagradas a la luna,

lámpara del cielo para alumbrar las noches  
de las danzas rituales con genésicas orgías.

Paraguachoa es de olas recipiente sonoro,  
unas junto a la playa se desmayan,  
otras desafían el roquerío  
pero todas de espumas florecidas  
en apacible canto enarenado.

El bosque, el río, el mar, el alar en silencio  
apaciguaron los trashumantes sueños  
y se entregaron a labrar hachas, cuchillos de obsidiana,  
a pulir en los huesos sus flautas armoniosas,  
clarines de guaruras, collares de piedras y semillas  
y a fabricar cayucos de la pesca  
y las navegaciones a las playas distantes.

El sereno vivir lo interrumpían los caribes,  
raza de agresivos luchadores  
que vinieron de la selva intrincada de agua,  
de los ríos tormentosos: Pilcomayo, Amazonas, Orinoco,  
el río de la Obscurana en la maraña tensa,  
caños de alimañas hirvientes:  
los caimanes, la anaconda gigante, las pirañas,  
el rugido del tigre en la espesura,  
jaguares en los árboles,  
aves que oscurecen el cielo con sus alas,  
dantas, monos, chigüires,  
el reino de las bestias sorprendidas,  
Casiquiare entre rocas y lianas entrenzadas,  
los saltos alevosos, los barrancos:  
ciénagas y pantanos retardando los pasos.

Un ignorado mundo bajo sombras,  
pero expresábase clara la voluntad de un pueblo  
que abría los caminos resueltos al porvenir.  
Nada los detenía en su búsqueda ansiosa.

Traían ardor de tribus guaraníes invencibles:  
al vuelo de sus flechas, muerte y guerra,  
plantaron su dominio en el ámbito trepidante de las islas.

Arrogantes luchadores, los caribes  
someten hombres, persiguiéndolos por bosques y  
[pantanos.

Sus armas aguzadas, de veneno en la punta,  
disparaban al grito: *Ana Karina rote*.

Era un cielo de flechas,  
de la playa hacia el bosque,  
del bosque hacia la playa,  
la lucha encarnizada,  
el guaiquerí animoso  
defendía embravecido su terruño,  
las mujeres huían a las altas serranías,  
hasta que terminaba la contienda  
de enardecida saña en un campo de muerte,  
se las aprisionaba espinados los cuerpos  
para servir de vientres, botín alucinante  
llevado como ofrenda al dios Amalivaca.

En el tiempo de ahora, ¿en dónde están los indios?  
Reverberan en nuestra sangre confundidos:  
poder de la conquista, misturación de estirpes:  
el español, el negro, el indio taciturno,  
tres razas diferentes en una raza nueva  
que puebla los confines de la América nuestra.

## El descubrimiento

*A Ramón J. Velásquez*

En su cuarto creciente  
rielaba la luna sobre la mar picada.  
Venía rumbeando el Almirante  
después de descubrir la Tierra Firme,  
bautizada del río que según su creencia  
nacía en El Paraíso.

Paseó los jardines de la Tierra de Gracia,  
enfiló por el Golfo de Paria rumoroso  
y amaneciendo el día 15 de agosto  
penetró en el mar de los Caribes,  
que al verse sorprendido  
de las descubridoras naves  
irritado creció de altas espumas,  
sus corolas deshizo entre las olas  
que iban a morir en los costados  
de los navíos invasores.

El virginal estrecho fue violado  
por agresivas quillas  
para un descubrimiento de islas amorosas  
arrulladas del viento en cuna móvil  
entre todas, flor y mariposa,  
a estribor de la nave capitana  
extendía sus pétalos de aire  
puso a volar sus alas en azul  
para atraer la voz del Almirante  
que la nombró con nombre: Margarita  
princesa de la mar, flor de las islas.

A lo lejos la Isla se divisa  
esmeralda esplendente sobre las altas cumbres  
y en los serenos valles

fresca sombra en reposo,  
contrastes con los riscos de la orilla,  
pirámide de arcilla y piedra dura,  
cemento mineral, crispada arista,  
peñasco resistido hasta la muerte  
puesto dentro del mar y junto al viento,  
armonioso bajel desarbolado  
que la ola ni lo balancea ni lo hunde  
porque su ancla de sombras en el agua  
lo inmovilizó para los rumbos  
y lo dejó dormido  
para que el mar batiera sus costados  
eternamente,  
pedestal en el tiempo detenido.

No posó su planta el Almirante  
sobre las playas de la Margarita,  
“Isla muy bella y graciosa por de fuera  
y por dentro harto buena” como dice Las Casas.  
Sin embargo a Cubagua,  
la calva tierra inhóspita,  
hizo bajar marinos...  
Volvieron cargados de aljófares,  
que le hicieron decir con voz quebrada:  
“Dígoos que estáis en la más rica tierra,  
démosle las gracias al Señor”  
y enfiló por la costa  
hasta el cabo que después se llamaría La Vela,  
poniendo rumbo franco  
que lleva a La Española.

Cuando llegaron los descubridores  
los guaiqueríes, juzgándolos aliados  
contra sus enemigos, de paz los recibieron  
porque su diezmada tribu solo eran  
“los que quisieron sobrar los caribes”.  
Los navegantes de las blancas naves

de velamen flamante junto al viento  
violaron la confianza de la indiada infeliz.  
Pedro Alonso Niño, Cristóbal Guerra que fueron  
[compañeros  
tal como Ojeda, Américo Vespucio, Juan de La Cosa  
eran aventureros, buscadores de perlas  
que los indios les dieron generosos,  
pero los apresaron en sus barcos  
para venderlos luego como esclavos  
que morirían distantes  
secas ya sus telúricas raíces.

¿EN DÓNDE NACE EL MAR?



*La mar que es el morir*

JORGE MANRIQUE

*Antes que el sueño (o el terror) tejiera  
mitologías y cosmogonías,  
antes que el tiempo se acuñara en días,  
el mar, el siempre mar, ya estaba y era.  
¿Quién es el mar? ¿Quién es aquel violento  
y antiguo ser que roe los pilares  
de la tierra y es uno de muchos mares  
y es abismo y resplandor y azar y viento?*

JORGE LUIS BORGES

*El mar, encerrado en un dado,  
desencadena su furia o gota prisionera,  
corazón cuyos bordes inundarán al mundo  
y solo pueden contraerse con sus sonrisa o límite.*

(...)

*El mar o pluma enamorada,  
o pluma libertada,  
o descuido gracioso,  
el mar o pie fugaz  
que cancela el abismo huyendo con su cuerpo.*

VICENTE ALEIXANDRE

*La mer, la mer, toujours recommencée.*

PAUL VALÉRY

*A Orlando Araujo, que identifica  
el llano con el amor.*



¿De dónde viene el mar? ¿En dónde nace esta furia  
[disuelta?  
¿Dónde tiene su nidal escondido para empollar las olas,  
lanzar sus corsarios al ataque, sus alas presurosas,  
sus implacables garras, su pico demoledor de  
[acantilados?  
¿Dónde termina el mar? ¿Dónde descansa?  
¿Le pone fin la tierra o es apenas su lugar inicial?

¿Dónde termina el mar? ¿Es acaso infinito?  
¿Dónde comienza su afán desapacible, su acoso  
[destructor?  
Solo sabemos que la vida en él se renueva y multiplica:  
Peces, crustáceos, moluscos; lo infinito pequeño que se  
aquieta  
es isla de coral, calcárea forma que miríadas de  
[cadáveres apeñusca,  
la silente tarea tejedora del tiempo que no cesa  
en el cirial es arbórea estructura deshojada  
de alba espina en que enredan las algas.

La coloreada escama, los afilados dientes: tiburones,  
[sardinas, delfines,  
carne, aceite; las gemas del fondo en el ostral  
[acendradas,  
crin salvaje azotada por el huracán, desbordada catarata  
[en la tromba,  
arrullo solo en la arena de la playa, tobogán de la brisa,  
subeibaja en la marea que llega y en la que se retira.  
En la estela se borran los rumbos del hombre  
que con la rosa de los vientos entre las manos navega  
o afirma en el vuelo de las aves el camino que un lucero  
[señala

La gaviota vigilante con alas de flecha enarcada,  
el tardo alcatraz que se mece en la ola,

las aves pasajeras que navegan en el azul contra el azul  
[en vuelo  
con murmullos de plumas van y vienen  
y solo de una tierra a otra se encaminan, golondrinas  
[viajeras  
mudando de estación, cambiando clima,  
mientras en la deshecha sal se yergue brilladora flor de  
[pétalos sonoros,  
golfos, puertos, ensenadas, son sitios de llegada,  
[lugares de partida,  
pañuelos en el aire y lágrimas furtivas, como la mar  
[amargas.  
La plomada del sol funda su muro en la acre autonomía  
[de la sal.

Mar de la historia acumulando asombros, desatando  
[los sueños,  
si te cruza la hazaña de la aventura ignota  
sobre tu piel rasantes carabelas son mensajeras de los  
[continentes,  
Núñez de Balboa que inventa un mar que va y viene de  
[Australia  
con su carga de muertos, vigilias y naufragios,  
Magallanes sembrado en un estrecho frío con aguja de  
[tierra  
y Simbad que anima la imaginería de los niños  
en sus barcos fantasmas barridos por el agua y el viento,  
arriba una esperanza que fulgura en las velas,  
abajo sepultura sin urnas y sin losas tatuadas de  
[recuerdos  
en la fría soledad trepidante de noches y de días.

¡Mar celeste marino!, te visita la luna, te circunda  
zozobrando en tu piélago cuando clava sus cuernos  
con estridente grito de metal deslustrado,  
te hostigan las estrellas con su canto resonando  
[invencible,

el viento que no cesa va contigo a los litorales del mundo,  
acunas en tu seno a mi Isla, Margarita sonora,  
cascabel en la cresta de las olas que llegan cantando  
rumor solo en el viento con aquellas que parten.

Cuanto tocas resuena con nota desatada y armoniosa:  
bocina, caracol, acantilado, espumas,  
las quillas crujidoras, las jarcias remecidas;  
crepúsculos de sombras vacilantes gritan como doncellas  
[sumergidas,  
auroras de incendiadas trinitarias son risas cristalinas  
que disipan las sombras  
disueltas en tus aguas por el betún espeso de la noche.  
Tus manos de milenios hacen vibrar cuerdas de las  
[bolinas,  
la marinería afanosa, de timones, de remos y de brújulas  
cuando van a la playa llevan la sangre resonante de  
[llamas.

Todos los seres que alientan en tu seno concentran su  
[latido:  
la ola marca un tiempo remecido que no cesa,  
sobre ella va la vida sobrenadando espumas con rielar  
[de metales,  
su lamento desgarrado sobre la playa inhóspita resbala;  
el vuelo es un celaje de plumas en acecho  
desplegado sobre la cauda tensa de tus altas mareas,  
pescadores untados de salmuera en red de sueños  
[pescan  
plata escamada con coplas y canciones tremolando en  
[la brisa.

¡Viejo mar sempiterno! Tu vencedora cuadriga,  
en la carrera loca que levanta su polvo de olas  
descansa en estas playas sonoras de alba, rumorosas de  
[trino:  
mañana es otro día para tu largo viaje.

Descansa en estas playas doradas de mi Isla,  
bebe aquí los crepúsculos, las auroras más claras.  
Esta almendra de piedra tiene dulce la entraña y la  
[cáscara azul,  
acaso es hija tuya o es la hija del viento.

## La nadadora

*A la memoria de Dámaso García,  
que escribió la música para este poema.*

La herida que su cuerpo  
abrió en la zambullida  
la restañó la ola,  
zurcidora sin hilo.

Se fue hacia el fondo azul,  
entre el bosque marino  
y los peces atónitos,  
sirena deslumbrada  
con los ojos cerrados.

Caracola del mar,  
estrella sumergida,  
entre las madreperlas  
y el musgo de las rocas  
se enredaron sus piernas,  
sus manos, sus cabellos,  
raíces submarinas,  
semillas de la muerte  
que entre algas florecen.

En el fondo recóndito  
donde el ¡ay! no resuena  
ni el grito tiene eco  
todo el silencio cabe  
en su boca entreabierta.

El cuerpo que era apenas  
remolino en la ola,  
grácil forma en el aire,  
ahora es ancla fija

al bajel de los rumbos  
hacia la eternidad.

Se izará para el viaje  
al mundo de las sombras  
de las aguas tranquilas  
donde nada el olvido.

## Las dádivas del mar

*A Mariela Arvelo*

Te dejó el mar en los ojos  
viento salino en lágrimas cuajado  
y un miraje de azules y esmeraldas,  
puso en tu oído, sonoro y musical  
canto de ola con rumor de espumas  
deshechas al contacto de la arena.

Y te sembró ambición de inmensidad,  
horizontes abiertos, lejanías, distancias,  
profundidad de sueños, altitud de luceros,  
y ese rielar de luna, plata sobre la ola,  
resquebrajado espejo en el agua deshecho.

Mi mar, tu mar, sereno para el viaje;  
de la nave en el puente, pensativo,  
soñar, soñar y en la distancia quieta,  
encontrar, encontrándose,  
el objeto final del viaje y del regreso.

## Isla de Coche

*A la memoria de la doctora*

*Carmen Verónica Coello*

Desde el barco en la proa  
mirábamos distante  
hilos blancos de arena.

Sobre la mar avanza la nave marinera.  
En aguas de esmeralda sumergida,  
cual ballena tendida entre las olas  
se anuncian los repechos de la isla.

En la cercana playa columbramos  
el brillo deslumbrante de un desierto de sal  
con miseria de pueblo sembrada en los costados.

Desolada visión del mundo de la espina,  
de veredas tortuosas dentro de la maleza,  
que llevan con el viento en la arena reseca  
un pálpito de angustias a morir en la playa.

El grito desgarrado se deshizo en la brisa,  
la palabra era un eco del corazón dolido,  
canción para los sueños sin espera...  
y tú poniendo aromas sobre el viento salino,  
regadas de mi mano sembradora,  
canto de rosa en desgajado pétalo.

## Sobre las olas

*A Elisa Pinedo de Belisario*

Despabilando el sueño,  
con los inmensos ojos  
puestos en la distancia,  
se fue tras del recuerdo,  
buscándolo en el mar,  
sonoro caracol, concha marina  
remojada en la espuma,  
celaje junto al cielo,  
rumor solo en el viento  
musical de la playa.

## El caracol

*A Manuel Alfredo Rodríguez*

El caracol marino  
se tuerce en espiral  
dentro del cuenco de nácar barnizado  
donde pasa la vida  
para que el mar no le penetre  
ni le claven sus clavos las estrellas  
la luna cuando sale  
ni el sol cuando se va.

## En la playa

*A Leopoldo Espinoza Prieto*

Las olas se despeñan,  
azul con alba en los flancos,  
dicen la canción del agua  
poniendo sal en la arena  
de la playa.

Ritmo de tambor y viento,  
bañado en crespos de ola,  
retumba el acantilado  
cuando la mar turbulenta  
va a la playa.

Arena, polvo dormido  
apuñado de la duna  
fue de ola bautizado,  
antiguo regazo tierno  
de la playa.

Mientras el viento cabriola  
la resaca va hacia afuera,  
juegan los niños nadando  
y correteando se juntan  
en la playa.

Huecos de la cangrejera,  
huellas de aves marinas,  
caracolas descarnadas,  
conchas y algas dispersas  
en la playa.

Y tus pasos con los míos  
van y vienen sin juntarse,  
en la arena se suplantán

y nos los borra la ola  
en la playa.

Tibio sol, brisa marina,  
marullo salobre y tierno  
con espumas y encajes  
que tejieron nuestros cuerpos  
en la playa.

## Playa de El agua

*A Estilita Rojas de Torcat*

Frente a la mar, contra el viento,  
ola con ola chocan,  
agua con agua lidian  
y enarbolan espumas en la copa,  
blanca estela en el móvil zafiro.

En la orilla abanicán palmeras  
con ruido de alas presurosas  
y a lo lejos, incendiada amatista,  
Guayamurí alza la testa.

El marullo aligera su peso,  
y en la playa se sollaman  
iridiscentes conchas de moluscos,  
algas, maderas, peces muertos,  
que alimentan el hambre  
de las aves de luto.

En un ímpetu loco  
la ola resonante  
despeña el farallón,  
empuja a la ribera  
pero no le remueve las raíces.

Las dunas desoladas  
de polvorosa sombra  
oscurecen el aire  
cuando sopla el mar  
y un silbido agreste  
recorre el medanal.

El cerco de los pueblos:  
Manzanillo, La Mira y Aricagua

acunados en la falda de los montes  
bajan para mirarse entre las ondas,  
de cristalina sal con sol y viento  
el rostro que tatuara la ventisca.

La brisa vuela hacia la otra orilla  
en donde tú me esperas  
y te lleva la miel de los cocales,  
agua celeste en el sellado vaso.

En este oleaje enrevesado  
la serena quietud del pensamiento  
en la vigilia sueña navegación y viajes  
y en el sueño vigila el desembarque,  
que trae, alba espuma,  
tu voluble pañuelo con adioses.

## Tarde de manzanillo

*A Cecilia*

En la playa desierta de faenas  
marchamos juntos  
tomados de las manos.  
Turistas pescadores  
tiraban sus anzuelos  
con carnada inventada  
que los peces no pican.

Distantes de la orilla  
las lanchas pescadoras  
balancean su vacación inútil  
mientras en los caneyes de la playa  
las redes apiladas  
sueñan su sueño hilandero,  
sueñan cardumen de escamas,  
en el silencio sueñan  
con voces confundidas de hombres,  
de mujeres que halan de las cuerdas  
arrastrando su peso hasta la playa;  
sueñan que extendidas en las estacadas  
con el aire la sal se evapora  
quitando el frío a sus ateridas mallas.  
La red desfaenada  
sueña remiendo de aguja diligente  
en su estructura de aire  
herida por los peces.

Lenguas de fuego arden en la altura  
de violetas, rojo y naranja con azules,  
abajo los montes tornasoles  
mientras la mar refleja en su quietud discreta  
la luz bañada en su espejo de sal:

en las laderas el silencio enmarcado  
repite el eco de luz colada desde arriba.

De los uveros del barranco  
gotea el trino de paraulatas cantarinas  
en un concierto agreste  
que respondían los montes  
con la voz de sus pájaros.

La insistencia del canto  
desgrana su luciente pedrería  
sobre el eterno arrullo con que se expresa el mar  
la orquesta magnifica sus colores  
y trinos y paisajes son un iris  
de armoniosa armonía  
que rima con la ola  
la trémula canción crepuscular.

El fogón de la tarde fue extinguiendo sus llamas,  
una luz mortecina invadió todo el ámbito marino,  
los cerros en ringlera como un collar de cumbres  
parecían marchar bajo la sombra  
a perderse en El Cabo,  
pero allí el trueno de la ola  
que rompe en los peñascos  
cierra el paso  
y la Isla se queda en alta mar.

En el ritmo del viento que corre  
las nubes teñidas  
se van esfumando;  
y viene del fondo  
la sombra sigilosamente,  
corre sobre el mar,  
destiñe los cerros.

Nosotros, tomados de las manos,  
subimos el repecho  
en busca del retorno.  
La noche  
nos envolvió el regreso,  
pero íbamos plenos de luces y reflejos,  
de trinos y silencios  
y de una paz recóndita  
que nos trajo la tarde marinera.

## La mar enlunecida

*A Mario Torrealba Lossi*

Noche de claridad alegre,  
la luna se efunde sobre el mar  
y se siembra en la arena  
como alga rutilante.

El dulce reflejo cristalino  
se disuelve en la espuma,  
canta su canto diáfano  
que se va con la brisa  
para regar frescura  
en el valle dormido.

Reverberantes pululan las estrellas,  
y se clavan sonoras en las conchas marinas  
espejeando la playa  
que resuena de luz.

Trémula luz difusa  
en pálidos esguinces parpadea  
entre sombras pasajeras confundidas  
y teje su tejido de jazmines  
en el plateado círculo del viento  
que se mueve entre olas y palmeras.

Evadida del mar  
la luna se proyecta sobre el monte,  
los cerros son fantasmas  
caminando en la noche  
con fanal en la mano.

Todo está iluminado  
en la solitaria soledad del valle  
de paz resplandeciente en las conciencias.

El tiempo de la luna  
es tiempo de la noche,  
resplandece en el sueño  
y duerme con el alba  
cuando ya en otra lumbre  
se alza entera la vida  
y recomienza el hombre  
su tarea interrumpida.

Mañana es luna llena,  
será grande la luna,  
esperanza crecida  
se deshilacha luego  
en un cielo de brumas.

Luz sobre luz que amanece,  
luz sobre luz que se va  
en el perenne tránsito  
de noches y de días,  
de luna pasajera,  
el hombre forja el sueño  
y vive en cada hora  
su afán de eternidad.

## ¿Cuál es tu camino?

*Al poeta Carlos Augusto León*

En el restallante  
camino de la ola,  
en la cresta más alta  
brotó la espuma  
como flor silvestre,  
la atraviesa la luz,  
con irisado brillo  
rielan los colores de la aurora,  
sus pétalos de aire  
se deshacen sonoros  
cuando tocan la playa.

En la mojada cuna  
donde crece la sal  
se destacan los rastros  
de cangrejos errátiles  
que cavan sus guaridas  
en el linde del mar.

Los tuyos ¿hacia qué rumbo fueron?  
He seguido tus pasos en la arena,  
la ola los borraba a grandes trechos,  
por eso nunca supe  
el destino final de tu camino.

## El corazón de la espuma

*A la poeta Elena Vera*

El corazón de la espuma  
va creciendo en la noche,  
crepita con el viento,  
palpita solo y claro,  
sonido de campana  
que repica en la aurora,  
su latido se crece  
mecido entre murmullos.

## Huella en la arena movediza

*A la memoria de Miguel Otero Silva*

El río sin fin que a cada hora  
se renueva y es otro el mismo río,  
de luna y sol, de árboles y pájaros  
espejo cierto y claro con el día.

Estrellas en la noche y turbia sombra  
pasan silentes sin cambiar el curso,  
mientras van por la orilla pena y canto  
con un vago rumor entre las hojas

que es otro modo de pasar la vida  
sin renuevo en el sueño consumida,  
en la vigilia tornadiza forma  
de encontrar el camino sin retorno  
de arenas movedizas donde marca  
huella tenue que borrará la brisa.

## La roca

*A Manuel Mandujano*

No sabe el mar que es mar  
hasta que irrumpe  
su inquietud en la roca,  
cuchillo de afilada cortadura  
y se deshace hirviente  
la blanca vestidura.

## El peñón

*A Adriano González León*

Oscuro monolito  
erguido junto al mar,  
estatura gigante  
de sol y agua combatido,  
intrincada hiladura,  
eternidad y muerte entretejidas  
con aguja de viento.

Polvo sutil flotando en nube tenue,  
casa del tiempo, su arquitectura inmóvil  
playa extendida,  
lecho de mar celeste,  
una orilla del Mundo,  
desvanecido orgullo,  
enarenada huella.

## De isla en isla

*A José Salazar Meneses*

¿Por qué luz indecible nos unimos?  
la luz de Coche  
con la voz del mar  
en apretado lazo nos amarran.

Sobre el estrecho rumoroso  
que separa las islas  
el viento silba y canta,  
atropella las voces,  
las palabras se pierden  
y regresan  
sin tocar los oídos.

La salina espejea distante  
y hace salobre el viento.  
La mar de verde y verde  
pone a correr los peces  
entre los limos ocres  
que se enredan salvajes.

De mar a mar  
la espuma de la sal  
que al cielo sube  
es cálido respiro,  
suspiro marinero de la ola.

Con el viento se va  
la nube errante,  
en la playa amarilla  
el remolino crece,  
en el polvo sutil  
que se derrama  
va el recuerdo

que diluye su órbita  
redonda  
entre azules de sueños  
sin distancia.

Provincia de las tierras separadas,  
islas de la vigilia  
entre la mar crecidas,  
ríspidas tierras  
de piedra y greda,  
rocas desnudas,  
calcáreas formaciones calcinadas  
de cardos y violetas en la aurora.

En la triple hermandad reverberante  
empolladas del huevo de una ola,  
una para el amor  
creció en amores  
otra para la sal  
creció salada  
de soledad Cubagua  
es solitaria.

Separadas del mar  
el mar las une,  
entre azules y verdes tornasoles  
la brisa las saluda y las despeina,  
las enjuga en su aliento marinero,  
frescas de noche,  
abanico de fuego al mediodía,  
brisa brisando sobre el mar respira  
prendida entre una nube de amaranto.

La cruz de sus caminos  
se hace red  
que se mete en el mar,  
convoca la marina pajarera,

pesca a los pescadores,  
dorados en el sol,  
brillantes de la luna,  
salados de tu sal,  
polvo de playa azul,  
encajes de la espuma.

Hila el día su copo de diamantes  
extendido en el azul deshabitado  
con un soplo de brisa,  
polluelo que en el nido ensaya el vuelo  
para cubrir de alas  
el incendiado bosque de las nubes.

La mar debajo crece  
en alas y murmullos,  
el viento nos navega  
y nos empuja,  
hacia la orilla vamos  
donde duermen las redes  
de labores de agujas remendadas,  
por manos diligentes del regreso  
desde el salto de peces en las cuerdas  
del cardumen de plata  
traído hasta la playa.

Semilla de la noche  
junto al día  
la nube se detuvo  
entre dos cumbres:  
Guayamurí sonoro, Matasiete,  
derramó su caudal  
gota por gota.

Creció la yerba,  
flores escarlata,  
amarillas y lila,

pedrería derramada,  
brotaron de mil copas  
bajo un cielo de añil resplandeciente  
con sus voces de selva remojada  
en un temblor de lluvia amanecida.

Sobre cardos de espadas,  
vigilantes,  
se echaron a dormir,  
la tarde a cuestras,  
en un salto de cumbres luminosas  
los sueños de crepúsculos.

Capitán del sueño abarcador,  
indefinible  
de isla en isla  
y de amor en la brisa remecido,  
pasa tu nombre  
entre sombras y nubes y distancias,  
recuerdo del recuerdo en la querencia  
del que se va sin irse  
y nunca llega,  
islas ancladas  
entre la mar y el viento.

## El sabor de la ola

Navegando en tus ojos un amoroso viaje,  
refriegas del amor, paisaje y ola,  
marinero en un lago sin querellas,  
me sentí piloto de una nave  
cargada de luceros.

Remeros, nuestras locas ilusiones  
hundidas en lo azul de mar y cielo,  
nos empujaban al confín distante  
mientras la brisa murmuraba cantos.

De la ola el arrullo cadencioso  
se constela en la lumbre de tu nombre,  
mientras vela, velando tu regazo,  
henchido de latidos mi pecho marinero  
ponía entre tus brazos tempestades de anhelos.

Desbordada la mar sobre la nave,  
estela y ola me llovió a la cara  
y mi labio sorbió pura y salada  
el agua de tu mar hecho de lágrimas.

Del amoroso viaje navegando en tus ojos  
guardo el dulce recuerdo de tu nombre  
grabado en el costado de la nave  
y el sabor de la ola que me bañó la cara.

## La primera lluvia

*A la memoria de Francisco Prieto Salinas*

Con el sol despejado a medio día  
venían en tropeles las garúas,  
se fue cerrando todo en nubes negras,  
relámpagos y truenos en el aire  
que llevaba veloz un olor nuevo  
de la tierra anegada y sudorosa  
bajo el riego del cielo desgajado.

Primeriza corría brisa fresca.  
Al bautismo pluvial de los tejados  
la tradición invita al chapuzón celeste  
chapoteando con manos y cuerpos  
para espantar la angustia dilatada  
crecida de esperar y esperar  
oteando las nubes pasajeras.

La cortina penetrable de la lluvia  
convocaba a danzar entre sus hilos.  
De la mano saltábamos los niños  
remojados los cuerpos desnudos  
con alborozo claro de renuevos  
que suave sienten el rozar del agua.

La calor del ambiente se atempera,  
la caricia humedecida cala,  
desparramada las grietas penetra,  
se escurre entre las hierbas temblorosas,  
lame guijarros cantando, cantando  
mientras cimbra la brisa la hiladura  
tejida en sus móviles cendales.

Manos tendidas hacia los aleros  
como huecos vacíos entrejuntas,

rociaban la cara, el cuello, el pelo  
cual si fuera perfumada esencia,  
pero era tan solo el agua pura,  
transparente, de la primera lluvia.

Al final de imprevisto chaparrón  
sobrenadando el despejado ambiente  
inmóvil arcoíris se levanta  
festionando los valles remecidos.

Semillas en el viento son los niños  
florecidos en cantos armoniosos,  
el agua taumaturga espeja el suelo  
en claros cilancos que cabrillean  
dormidos en la noche con estrellas.

## La brisa

La brisa, cuchillo hiriente  
el filo afila en la piedra  
junto al borde de la fuente.

Corta la rosa del tallo,  
la frescaroma se lleva  
para la fiesta de mayo.

Tallo, rosa, clara fuente,  
tus cabellos en la brisa  
volando sobre la frente.

## Siembra mi sueño mariner

*A Inocente Carreño*

¡Marinero!  
Yo soñé que mis sueños  
son semillas  
de prolífica espiga,  
para una cosecha  
en grano molinero  
del pan de cada día.

Semilla germinal  
que el viento resucita  
cuando mueve amoroso sus pestañas  
en el bosque de sombras  
que acompasan el ritmo  
o brillan bajo el sol.

¡No te asombre!  
El sueño es la promesa  
que está en la sembradura.  
Por ello te pido, marinero  
sembrar mi sueño,  
cerca del mar  
al claro resplandor de la mañana.

Siembra mi sueño, marinero  
de una isla de azul  
donde el viento acaricia,  
donde los marineros  
comen su pan al rescoldo del fuego  
y cantan malagueñas  
polos y estribillos  
porque vino cardumen  
y habrá pescado fresco  
para todas las hambres.

Las mujeres sonríen  
mojando el pie en la ola,  
los niños juegan en la arena  
y el sueño va creciendo  
así como ellos crecen  
y uno tras otro día,  
alegre, la playa se ilumina.

Siembra mi sueño, marinero  
de una isla de azul,  
de viento amigo,  
trabajo compensado  
con descanso después de la faena,  
sin sumisión del sueño  
ni derrotada imagen,  
libre la voz,  
cordial la mano amiga,  
frente a horizonte abierto  
señera la esperanza.

¡Siembra mi sueño marinero!

## Descubrimiento del agua

*A la memoria de José Ramón Luna*

Retozaba en el bosque  
junto al río,  
oía cantar el agua que bajaba  
como si fuera trino  
de pájaro montuno.

La calor le subía por la cara  
que se asomaba movediza  
en la corriente;  
juntó las manos  
como taza de dedos  
puso a correr el agua en las mejillas  
que resbalaba fresca,  
y se metió por los labios resecos.

Llenó otra vez la taza,  
los labios tostados se tornaron frescos,  
la saliva fluía,  
el agua fue hacia dentro  
como si se enterrara  
y con ella se enterró la sed.

Agua y sed se murieron en la boca:  
¡había descubierto el agua!



# EL VIENTO EN LAS ALAS



*Todo en el aire es pájaro.*

JORGE GUILLÉN

*El pájaro ha venido  
a dar la luz;  
de cada trino suyo  
nace el agua.*

PABLO NERUDA

*¡Qué primor! ¡Qué pudor y qué exquisito,  
el del pájaro simple y soberano  
que ni pide ni sufre espectadores!*

MIGUEL HERNÁNDEZ



## El alcatraz

*(Pelecanus occidentalis)*

*A Ramón Borra Gómez*

Largo el pico,  
como punta aguzada  
del elástico cuello,  
corta la cola,  
cuerpo deforme  
que en pesado vuelo  
la amplia envergadura de las alas  
hace sombra en la ola.

La pupila avizora  
atisba desde arriba  
sobre el mar que se mueve sin reposo,  
y cuando inquieta salta una sardina  
zambulle entre la espuma,  
llevando el pez de plata  
como brazo de cruz  
del pico pescador,  
el alcatraz.

## El guanaguanare

*(Larus atricilla)*

*A Alfredo Boulton*

Vuelo entre gris y plata,  
el reflejo del sol  
espuma el ala.

## Los tigüitigües

*(Tringa melanoleuca)*

*A Modesta Bor*

Tan leves como un soplo,  
delgado pie ligero,  
ala sutil al viento  
cuando van a la playa.

Marcen apenas huellas,  
tras cada ola corren  
picoteando en la arena  
sobre el borde del agua.

Como voz de señal  
suave graznido suena,  
la bandada levanta,  
obedeciendo al mando.

Se alzan sobre la espuma  
casi rozando el ala  
y vuelven a la orilla  
a seguir correteando.

Apenas una gota  
emplumada en el viento,  
el ruido de sus alas  
es murmullo de brisa.

¡Liviano tigüitigüe!  
entre todos los pájaros  
tu estirpe no se mide  
por la altura del vuelo:  
es tan inmenso el mar,  
eres tú tan pequeño

que de cerca lo mires  
acaso menos grande.

## Las chiquias

(Azulejo: *Thraupis episcopus*)

Al poeta Efraín Subero

Una nube azul de alas  
va a posarse en las ramas  
del jobo de la plaza.

Se desintegra en pájaros  
verdiazules de vuelo,  
río de luz corriendo en el plumaje  
irisado de sol mortecino.

Hay una algarabía  
que gotea de las hojas.  
Todo el ambiente vibra  
hasta que con la noche  
el silencio se mete en las gargantas.

Despiertan con el alba,  
en las alas el viento,  
el azul prendido en sus azules:  
en las gargantas que alojó el silencio  
la mañana fulgura de trinos.

## Las angoletas

*(Tordo: Quiscalus lugubris)*

*Al poeta Francisco Lárez Granado*

Fenece la tarde,  
escorada del mar.

En el crepúsculo,  
volando contra el viento  
se anima oscura sombra  
con alas extendidas.

Van al cobijo del árbol  
con arrullos de sueño.

Sobre su noche  
se cierra la noche.

## La paraulata

*(Mimus gilvus)*

*A Fernando Cervigón, que regaló a  
la Isla su libro Paraguachoa*

En el aire de múltiples confines  
alada gira brillante orfebrería.  
El canto ensaya sus variados tonos  
y se colma de asombros la campiña.

Un pájaro sutil de gris plumaje  
posó sobre una rama el ágil vuelo,  
ensaya su canción indiferente  
al oído que vibra con su ritmo.

La paraulata, rumorosa onda,  
viaja en el canto puro, luce sola.  
Nadie turba la armónica presencia  
que floreció su canto bajo el cielo  
de trizados cristales sonoros  
esplendente en azul su serenata.

## El cocuyo

*A Margot de Oropeza Castillo*

Furtivamente  
penetró en mi cuarto  
la intermitente lumbre,  
fosforescente,  
mensajero luminoso  
de los montes cercanos,  
faro para el sueño interrumpido  
en la callada sombra.

Recorrió el espacio oscurecido  
alardeando luz inagotable  
y se perdió en la noche,  
otra vez a los montes  
el visitante mensajero.

## Paraulata en la espina

*(Mimus gilvus)*

*Al poeta Otón Chirino*

El trino crece,  
se acompasa y diluye;  
la débil rama,  
estancia temblorosa,  
no siente el peso  
que aligeran arpegios.

La mañana, el viento,  
el cielo, giran, cantan  
con el mágico espectáculo  
del emplumado ritmo  
que floreció en gorjeos  
la verdura del bosque.

Minúsculo, liviano,  
por el canto se eleva  
hasta divina altura  
suelta ya su clara melodía.

Rumor tan solo  
que en el viento sube,  
trino entretejido  
del cardonal reseco  
que a la espina  
agresiva pacífica.

## El guayamate

*(Cardenal: Cardilanis phoenicius)*

*A Ramón Avelado Hostos*

Pájaro libre de las tierras resacas  
la flor del flamboyán sobre la brisa  
planeando en las espinas;  
ancho pico de carbón,  
ojos indescifrables,  
su cuerpo leve se cubre con la mano  
pero el color del matorral  
sin él es desvaído.

En la mañana brilla  
su plumaje de grana,  
su penacho de fuego va en el viento  
y cuando pliega el ala  
y se inician los trinos  
él solo dice pis  
y se pueblan de rojo las espinas.

Este pájaro raro  
no canta en dulce tono,  
de airoso paso  
es su fulgor de llama  
que camina en el viento  
o entre los resacos cujisales.

Junto a la paraulata y los turpiales  
que cantan armonioso  
humildemente tartamudea una nota  
y todos saben que su roja flama  
es incendio en las voces de los pájaros.

Su indomable bravura no se aquieta  
cuando está en cautiverio,  
la rabia lo entristece  
y se va deslustrando,  
su fogón crepitante pierde aliento  
y cuando dice agónico su sílaba  
sueña cardones,  
pitahayas de corazón sangrante  
y con el sueño se le va la vida.

## El colibrí

*(Trochilidae)*

*A William H. Phelps, Jr.*

Si digo colibrí  
no digo ave  
de canoro acento  
y largo vuelo.

Digo una vibración,  
movimiento del aire,  
emoción y aliento  
proyectados  
sobre la flor abierta,  
suspendida inquietud  
que no se agota.

Si digo colibrí  
la palabra no alcanza  
a definir la sombra  
del ala sobre un pétalo.

## Embriaguez

(Trochilidae)

*A Omayra Reyes Leiden de Texier*

De rotunda rosa  
colibrí sonoro  
de azul transparencia  
temblando en el aire  
libó en su corola  
la miel con rocío.

Volátil de fuego,  
ebrio de delicia,  
entre el polen sutil  
las alas tendidas  
hundió la cabeza  
quedando dormido.

## Chirito de la Virgen

*(Polioptila plumbea)*

*A Jesús Rosas Marcano*

¡Chirito de la Virgen!  
Sobre el dedal del nido  
reposa tu plumaje  
para empollar solícito  
los vuelos diminutos,  
presencia  
apenas presentida  
en un hilo de brisa.

## La gaviota

(*Sterna*)

*Al poeta Ángel Félix Gómez*

Remontando  
hasta la altura  
invisible,  
solo un punto en el espacio.

¡Acaso  
una pregunta al infinito!

Tráenos, de regreso,  
¡gaviota!  
la respuesta.



# VILLAS, PUEBLO Y CIUDADES



*¿Siglo nuevo? ¿Todavía  
llamea la misma fragua?  
¿Corre todavía el agua  
por el cauce que tenía?*

ANTONIO MACHADO

*¡La Asunción! Si esta ciudad  
llega algún día a morir, sé que  
mi alma moriría con ella.*

EFRÁIN SUBERO



## La ciudad, mi ciudad

I

Llego a ti, solar de mis afectos  
a beber en tu corta geografía  
celeste claridad del mediodía.

Tierra de la heredad, arrullo y nido,  
donde creció la angustia  
y se engendró el destino  
de la sangre que llevo entre las venas,  
en tu contacto fluye  
generoso el anhelo.  
Pongo a volar los sueños  
crecidos en tu ausencia  
para el canto de fronda  
bajo el sol en tus campos derramado,  
paraulata que trina entre las ramas  
el trino mineral  
de la tierra quemada  
que sube y sube al aire  
persiguiendo una gota de rocío.

Cuanto crece en tu suelo,  
espina o flor,  
serpiente o pájaro,  
guijarro o yerba,  
arcilla o caracol,  
madera, acantilado,  
fruta o semilla  
me toca de su mano  
para fundirme en ti;  
ser de tu arcilla  
la múcura sonora  
pulida de tus dedos,

con agua fresca y pura  
crecida en tus neblinas.

Cuando el río de tu aroma se desata  
inundándolo todo con su aliento  
y sus olas cabalgan las laderas,  
yo me siento en ellas sumergido,  
una gota de viento iluminada  
entre las ramas preso.

Tierra fundida  
en el fuego de amor de la montaña,  
hechura diligente de tu pueblo,  
cuanto eres lo hizo  
la mano de tus hombres.  
Te engalana el donaire que pusieron  
hacendosas mujeres  
que te fueron haciendo a su medida  
ni más ancha, ni más angosta:  
cabes sobre la palma de la mano.

Todo te identifica y te distingue:  
el aire transparente,  
la luz que te ilumina,  
el canto de tus pájaros,  
la espina endurecida de tus cardos,  
tu cántaro de adioses y saludos,  
la sonrisa resbalada en la cara de las mozas,  
la sílaba de amor, la paz del campo,  
la neblina, la flor, el río,  
la piedra dislocada que camina  
bajo el rayo del sol de mediodía,  
tus laderas de sombra enrevesada,  
tu seca sequedad que se alimenta  
en el escaso vuelo del rocío,  
el rumor de la ola que te llega  
tramontando en azul desde muy lejos.

Tus rincones, tus calles  
tus parques repartidos,  
tus cerros aledaños,  
tus senderos sombreados y olorosos,  
tu templo de impávido campanario  
símbolo madrugador de la ciudad  
cuando un hálito diluido de campanas  
despolvorea  
su polvo de sonidos en el aire  
que se hace sonoro,  
camina las distancias,  
enciende la quietud,  
ardido todo en el ardor glorioso  
de la sana alegría  
del canto mañanero  
que corre hasta perderse  
disuelto en lejanía.

Ciudad de larga historia y gente escasa,  
tu geológica forma conformada  
te viste en el paisaje  
para hacerte de verde  
a pesar de la inhóspita sequía;  
tu abanico de fronda  
bate y abate el día  
en el ruido musical de los cicales  
que filtran la calor, doman el viento  
y lo hacen circular parsimonioso  
en el cerrado cuenco de tu valle.

Ciudad alguna  
tu gracia tiene y tu donaire tiene.  
Trajinada del día  
bajo el callado manto de las horas  
que transcurren multánimes  
mientras crecen y mueren  
tallos, hojas y flores

calcinados del viento.  
El tiempo que no duerme ni se agita  
cayó como una gota implacable y tenaz  
horadó en tu roca de silencio  
impenetrable  
y te forjó la insignia  
de la ciudad del sueño y la vigilia.

Vengo a ti, mi Ciudad, para decirte  
mi palabra de amor;  
para rendirte  
el ferviente homenaje de mi vida.  
Mi canto  
se ha estado madurando  
hondo y señero,  
de tus mieles se endulza,  
en tus sales se baña  
y crece como flor entre las breñas  
apenas remojada de rocío.

Lo dejo entre tus copas,  
a la altura del nido,  
porque creció con alas  
y es un arrullo tierno.

## II

### Paraguachí

“Paraguachí con su dulzor de caña”<sup>1</sup>  
cantó el poeta en tu homenaje,  
tierra pródiga de abundosa cosecha  
que reparte sus dones en la Isla.

La fuente clara de La Tagua  
El Salado, el río Magdalena desbordado,  
La plaza de los camorucos y los nidos.

Mi infancia-adolescencia  
transcurrió entre tu gente  
que en la cordialidad y el afecto  
pusieron siempre esmero:  
Jesús Aguilera, el viejo,  
sus hijos y sus nietos,  
los hermanos Salazar, Cruz y Eliodoro;  
las hermanas Lala y Chepita Bellorín,  
Daniel Fermín y sus hermanas  
Plácido Higuerey, unido por la sangre,  
Eulogio Sánchez y Geña, su mujer,  
Danielita Alcántara  
el viejo Rufino y Licha Salazar  
y las inolvidables que llenaron  
ese tiempo indeciso del candoroso despuntar del hombre.

Pueblo de amistades entrañables  
al que mi padre consagraba afanes  
de servicios y nobles menesteres:  
escuelas, bibliotecas, centros culturales,  
el consejo, el libro, la beca y el estímulo  
para poner ambiciones de ser y de servir.

---

1 J. T. Arreaza Calatrava. Canto al ingeniero de minas.

Si hay que pagar lo vivido,  
a ti te debo mucha vida.

Paraguachí... Paraguachoa... Paraíso,  
donde el recuerdo vuela  
en busca de mis horas felices,  
te encuentro en cada boca que me nombra  
y en la evocación de mis noches pobladas de fantasmas.

## Juangriego del recuerdo

I

El mar, cristal fundido  
hacia la orilla avanza  
de azules confundidos y distancias  
en espumas deshechas,  
el sol hasta el fondo sumergido,  
arena, piedra, caracol reluciente  
desde la playa constelada, sola,  
engarzan en la hora declinante  
los signos del crepúsculo  
que muere desmayado  
sobre el anca alisada de la tarde.

Polen disuelto entre las nubes gira,  
el silencio se cubre de rumores  
y en el incendio el cielo  
con lengua incandescente  
lame la mar con peces y luceros,  
en las nubes las alas,  
la pajarera en vuelo,  
de la gaviota el grito y la elegancia.

La noche tiene ojos que vigilan,  
rielar de luna en ola estremecida,  
cálido sopla el viento  
con sabor de canciones de la tierra  
venidas desde el puente de los barcos;  
breve es la pausa para descansar,  
el día sobresalto en la faena.

Pasa el pregón de gracia musical,  
las voces desgranadas en el aire:  
pescado, piñonates, empanadas;  
en el afán del puerto confundidos:

la pobreza del pobre fatigado,  
la paga escasa y el trabajo duro,  
desocupados sin ración ni sueldo,  
marineros soleados de mil soles,  
las venteras, salados pescadores,  
comerciante sin sueño, desvelados,  
esperando el ancorar de las balandras,  
mazorcas tiernas, plátanos cañeros,  
César, Ño Luca, Dolorita Arcay,  
los precios regateados  
los mostradores limpios,  
los Bor con su alfabeto de tijeras,  
las letras de los nombres contruidos  
para el amanecer de las ideas  
sobre el papel impresas,  
José Lino en el tráfago civil,  
Marcos Arcay, cohetes detonantes,  
Anacleto González, los sombreros,  
el maestro Valery, la lección,  
don Apolonio Leandro, la receta,  
Rejón, la medicina,  
Víctor Vidal, Manuel Felipe, Chente,  
Chollet, Cruz Rojas Vásquez,  
los Márcanos, maíz de Tucupita,  
Vicente Rivas, papelones del Golfo,  
Juan González, Leonardo, los zapatos,  
Leandro Moreno, redactor de Antena,  
Panchito Lárez, la canción marina,  
Monchito Borra, el anecdotario,  
el jumento, marcha de pasitrote,  
mi humanidad encima  
con los sueños viajando  
en el camino largo  
que se hace y se deshace  
de afanes sin penumbra.

## II

La Sabana del límite orillero,  
al tránsito de la luz crujió de montes  
chiribital reseco;  
entre lagartos verdes, cueva y nido,  
el paso tardo cruza  
un hilo de camino sin orilla,  
arriba nube errante,  
abajo brisa y polvo,  
en una caravana  
de lejano miraje:  
la mara, el huso, de algodón el copo,  
la tejedura del cogollo  
entre las manos sin sosiego,  
el pie descalzo en el suelo agrietado  
y las voces del cuento caminero,  
la malagueña, el chiste, la conseja  
haciendo compañía  
en larga soledad madrugadora.

## III

La Salina, espejo de mil caras,  
lisa llanura, el agua detenida,  
casimbas, faena atribulada,  
los senderos sin sombra,  
casas de pescadores,  
telar, hamaca, sueño,  
hilván apresurado en tela burda  
del pantalón de brega,  
remiendo de tarrayas,  
claveteada esperanza  
en el indeciso amanecer  
de la hora temprana  
en que convoca el mar sus cosecheros.

#### IV

Las Piedras: bate el mar  
implacable y constante,  
el cirial corta la espuma,  
trepan las casas sobre la ladera,  
la historia enhebra nombres:  
Ferrer, Azugaray, guerra con guerra,  
el caudillo de la barba al pecho,  
serena valentía,  
palabra de consejo,  
la agresión alevosa de Perdomo  
y la cuenta cobrada íntegramente  
en la asombrada noche sabanera  
tinta la puñalada  
con el rescate entero de la honra  
por la mano del pueblo.

#### V

Guiriguire, camino del cangrejo,  
playa serena, ola ensangrentada,  
las escamas espejeando la arena,  
el aire impregnado de pescado,  
los hombres, las mujeres  
cuchillos de escalar,  
la sal, gabaina asada,  
la mascada en la boca,  
la nasa, el aparejo,  
arpón con punta de ojo  
para abrir ancha y honda la herida  
sobre la ola hirviente  
camino del regreso.

## VI

El Fortín, leal bastión de la patria,  
nidial sobre el rompiente fragoroso  
para empollar historia,  
los cañones de herrumbre oscurecidos  
disparando recuerdos en el viento,  
Adrián, el heroísmo,  
la piedra inmóvil, cuenta de cadáveres  
en la hora de asaltos implacables,  
el olor de la pólvora, los nombres  
que el parpadeo del fuego  
hace trizas en el aire encendido,  
los muros silenciosos  
erguidos en el tiempo,  
vacío junto al mar y sus confines,  
en el miraje azul la lontananza.

Aquí se petrifica el patriotismo  
en la perennidad del sacrificio,  
huesos reseco con los vendavales  
cenizas dispersadas  
sobrenadando errantes la leyenda.

## VII

La Galea de redes circundada,  
el límite del pez y su destino.

## VIII

La Laguna, los Mártires,  
en el crujir de carne acuchillada  
y el olvido volando entre las sombras  
de la conciencia ensombrecida  
en el tráfico sucio del dinero.

## IX

Pedregales, de piedras dislocadas,  
ríos de piedra en calcinada espera  
que sueñan con la lluvia que los mueva,  
la mano diligente del tabaco,  
tripa en la suave capa  
de humo de la calilla,  
pabilo y capellada  
sobre suela de goma  
donde se apaga el ruido,  
un adiós pasajero del que pasa  
junto al quieto quietismo de las tardes,  
regreso de las cabras  
con mojado mordisco en los breñales,  
cardón, tuna, los yaques,  
el único verdor inextinguible.

## X

Los Millanes despiertos  
de la caprina tropa centinela;  
Millán Millán, el médico,  
Gutiérrez Millán, Pablo, el abogado  
hijos del humo son.  
Luna del canto en el trabajo duro  
que consume el quehacer de las mujeres,  
tizón en boca de las lavanderas  
voluta en la modorra  
de las tardes azules  
en el alar que junta  
después de la faena.

## XI

Guaimaro, espina dolorida,  
puerta del sol, rumbo del viento,

aguardiente de Pola  
el veneno del pueblo,  
Antonia Matilde Mata, la maestra,  
Anita Narváez, la plaza Rísquez,  
Chico Tomás, el puente de las bolas,  
Venecia sin las góndolas  
y por el ojo abierto de la calle  
el mar de barcos lleno:  
La Gaviota, la María Constanza...  
la distancia ignota  
que acuchillan las velas  
por sendas del regreso y de la espera,  
las manos en la frente vigilante  
para el anuncio del afecto  
del marino tornado a la querencia  
o el pañuelo flameando adioses.

## XII

El recuerdo tremola sus banderas  
en el espacio inédito  
de la nube y el viento,  
azul entre las copas suspendido,  
hermandad la palabra y el latido  
en esta claridad crepuscular  
que sin cegar alumbra:  
Cada salto de luces una estrella,  
cada palmo de sombras una herida  
escondida en la entraña de la noche.

## La azul claridad de Pampatar

*Al transparente recuerdo de Virginia  
Verde Beauffond y de Chucho Subero*

I

Ciudad de la amorosa orilla costanera,  
arco tendido entre Punta Moreno y La Caranta  
que dispara sus flechas al infinito de constelado azul,  
el mar reverberante de espumas, de algas y de peces  
riza en tus pies, sube por tus caderas  
y se queda dormido en La Salina, espejo triturado  
que dispersa sus luces en laderas del viento  
y en el espacio viviente entre cerros y playas,  
la inmensidad abierta de nubes y luceros.

El mar es un camino, hilo tendido  
entre tu cimbradura y la distancia sin fronteras,  
por tu ventana abierta penetró la aventura,  
las conquistadoras naves trajeron óleo y sangre  
y la asustada grey de mansos guaiqueríes  
los recibió de paz, la flecha guardada en el carcaj  
la amistad que brindaron, traicionada;  
de tus playas partieron galeones cargados y volvieron  
con géneros distintos y distantes, abalorios de cambio  
de las valiosas joyas arrancadas del fondo a los ostrales.

Seguro puerto y puerta de la Margarita marinera,  
en tus flancos irguió la piedra muros,  
trincheras de defensa, castillos resistentes  
que la pirata gente abordó con denuedo  
en sus depredadoras correrías de pillaje  
o fueron un obstáculo para los insurgentes que pedían  
[libertad.

## II

La escuadra de Morillo cubrió tu ámbito de velas y  
[cañones  
y contempló asombrada el gesto de Bermúdez  
[desafiando la fuerza  
en un débil trespuños, con un arma, su espada  
y una interjección disparada iracunda en el aire.  
Tú miraste partir, seguro de victoria,  
al Pacificador de la paz mentirosa y la perfidia  
y le viste tornar, torva la mirada, inclinada la frente,  
sacudiéndose el polvo de derrota que sufrió en  
[Matasiete.

Tu historia es la penuria, la alegría del trabajo,  
resistir resistiendo el tiempo malo abierta la esperanza.

Transitas de El Trocadero a La Salina,  
cinta delgada entre la mar y el cerro,  
el pueblo, más que pueblo es un camino  
el camino del viento peregrino  
que no se deshace con el viento mismo,  
camino sin distancias  
donde queda marcada honda la huella  
que no está sobre el suelo polvoriento,  
grabadura del pasado que no pasa.

## III

La ciudad y sus casas de humilde arquitectura  
morán entre el silencio y la vigilia,  
el tiempo es claridad que se diluye  
entre una y otra sombra de la aurora a la tarde,  
cabalga sigiloso sobre indecisos muros,  
en los frutos madura,  
inicia el vuelo y lo hace fenecer.

El afán es una costumbre desvelada.  
Entre el polvo y el mar puentes de aire.  
La ola es un ropaje que te viste y desviste:  
traje de añil cuando viene trepidante a la playa,  
capa de oro cuando mansa se va con la resaca.

El viento te sostiene suspendida  
y en él viajas y regresas noche y día  
quedándote enclavada  
junto a un renacer que no termina.

#### IV

Pueblo Arriba, Pueblo Abajo, no señalan linaje.  
La división en dos fue ocurrencia del cerro,  
manera de emular las comunes virtudes  
dos formas de nombrar el amor y la vida.  
Comienza Abajo el tráfago del Puerto  
con el ir y venir de barco a muelle,  
celadores, papeles de la Aduana,  
autoridad civil, la policía, el resguardo,  
los jardines de Pango, el marinero,  
El Castillo, la Iglesia, la oración junto al miedo.

Arriba, red tendida, aire con aire en agua confundido,  
vigías vigilantes, clarines de botuto,  
el salto palpitante de los peces,  
el camino de escamas y conchas de moluscos,  
el pueblo entero trayendo hacia la playa  
el plateado cardumen prisionero.

#### V

La Caranta, bastión de insular heroísmo,  
su avalancha de piedras precipita en la costa  
en la estrecha medialuna que cierra la bahía  
tajamar que cercena los marullos;

los barcos de la flota pescadora se mecen apacibles,  
recogidas las velas, listos los aparejos  
esperando la hora de zarpar.

El océano abierto de lejano miraje  
se precipita con ímpetu bravío  
sobre los acantilados de la costa  
y regresa vencido, contra la piedra arisca torturado,  
sus gárgaras de espuma se deshacen  
con trepidar sonoro en la negra y profunda garganta  
de la impasible Cueva del Bufón.  
Allí tu límite sobre los mil caminos del agua desvelada,  
alba de luna salpicada de luceros,  
pañuelos izados por la brisa para la despedida  
o donde se estira el grito caluroso del regreso.

## VI

Cuajada de la ola en su vaivén constante  
la lustrosa calcita marinera  
emergió de las ondas engastado en espumas  
farallón, piedra anular para tu dedo,  
su brillo a la distancia conduce a los viajeros  
para llegar hasta la palma de tu mano extendida  
en generoso impulso de la entrega;  
sobre él revolotean y anidan los pájaros:  
alcatraces, gaviotas... dueños de mar y cielo.

Ámbito de la luna y las estrellas,  
azul con otro azul confundidos,  
el círculo cerrado de tu celeste flama,  
en las noches palpita vagoroso  
el bruñido cristal donde te miras:  
el cerro es una nube derramada en el suelo,  
la nube, cerro errante que cabalga en el cielo.

Tu claridad sonora es canción de la ola,  
una amorosa forma de decir a la vida  
que en los ojos abiertos te llevamos cautiva  
y nunca, nunca, nunca la sombra de la muerte  
[nos llenará de sombras.

Apacible dominio del silencio,  
los árboles, el viento, la gente de puntillas,  
los dedos en los labios, apaciguan los ruidos  
para no interrumpir la paz de tus caminos.

Puerto o puerta de salir al encuentro descubridor de  
[tierras  
a confundir los pechos, los anhelos  
en el espacio intransferible de la gran Patria amada  
y de volver sedientos de la sed de tu afecto  
generoso de arrullos, inefable ternura.

## VII

Tu marinera gente de hacendosa tarea,  
la brega sin reposo, en vigilante acecho de distancias  
ponen siempre la vista en lejano horizonte,  
por eso esperan siempre y marchan al encuentro  
de la promesa que en el trabajo se hace realidad.

Para decir sus nombres se atropellan las voces,  
las letras y las sílabas se juntan amorosas:  
desde el subsuelo del recuerdo un caracol pregona:  
Isabel Verde Beaufond, mi amor de adolescente,  
dulzura de unos ojos, suavidad y ternura  
donde cabían enteros el sueño y el desvelo  
y Virginia, su hermana, un alma delicada, transparente  
apacible bondad de evocación y lejanía.  
Y corre en el arroyo de la brisa  
Licha Pérez Frontado, indulgente hidalguía.

En el canoro acento de una paraulata  
vienen Vito Cedeño y Vicente su hermano  
que pueblan de canciones el ámbito del puerto;  
al pronunciar Maneiros se acompañan los himnos;  
los Silvas, los Narváez los anuncia la tierra verdecida,  
pero para decir Chucho Subero el grito se me sube a la  
[garganta  
porque en Chucho tenía la amistad su medida,  
su muerte puso triste a la alegría:  
los hijos: Efraín, Jesús Manuel Subero  
clara la mente y el corazón hermano;  
y siguen en la cuenta cabal de los servicios  
don Hermógenes Verde, redactor de las cartas  
[y reclamamos  
de los que no sabían ni leer ni escribir,  
Julián Sánchez, la hombría de bien llevada con un  
[nombre.

El acento cortante de notas de guarura  
dicen don Dámaso Villalba, médico y medicina  
para la gente enferma y sin dinero,  
los hermanos, los hijos, los sobrinos:  
Julián, Salvador, Jóvito el viejo, constructor de ágiles  
[veleros  
que el hijo echó a la mar para buscar el corazón de  
[Venezuela  
con Lucho a bordo, inseparable compañero.

En poemas nacidos de tu sufridero atormentado  
nos llegan con salobres acentos remojados  
las voces de Rosauro y José Rosa Acosta.

Con el silbido del viento entre las redes  
escuchamos los nombres de Prajedes Acosta,  
[cosecheros de peces,  
que levantó faena y faeneros  
y se sembró distante en Guayacán,

de Tileros, Montaneres, Lunas, Garcías,  
Serras, Martínez, Guerras, Jorge Coll y Fana su mujer  
nobles hermanos de tristes y afligidos.

Desde concha de parape con primor labrada  
José Nicolás monta la guardia de la artesanía.  
Y se desliza suave, con humilde latido,  
Ángel Noriega Pérez, un maestro del pueblo, generoso  
[amigo.

En la ola se van, trepan los montes  
los que son el latido y la canción,  
sus nombres son de todos, el Puerto los cobija  
noche con noche y en el quehacer premioso que  
consume la vida,  
en mi canto se quedan sin nombrarlos  
porque ellos son el hilo con que tejen los sueños  
red tupida de afectos donde todos se hermanan  
[confundidos.

## VIII

Atardece... En la indecisa luz el incendio se esfuma,  
tornan a sus nidales las aves pescadoras apaciguando  
[el vuelo,  
en la quietud riman brisa y el mar su suave melodía.

Desde la orilla miro lilas disueltas  
en una algarabía de colores  
mientras se encienden las luces de la noche.

“¡Ciudad del celeste mar dormido”, te dejo adormecida!  
me despido en silencio, conmovido.  
Tornaré con el alba, cuando cantan los pájaros.

## Porlamar en el viento

*A Jesús Enrique Rodríguez*

I

A la Ciudad del Mar se iba alegremente,  
el tránsito de pueblos, al aire las canciones,  
palosanos erguidos con el oro en las copas,  
un anillo de viento enlazado en las ramas,  
anillo azul entre dos claridades  
rellenado de personas, de cazuelas,  
de tiesto en la calle poblada de recuerdos;  
de agua destituido va el cauce angosto  
en sombras recubierto  
por donde baja el río cuando crece.

En la playa se escucha el vocerío,  
animadas las gentes miran llegar los barcos,  
un marullo de pueblos trae en la cresta  
caluroso murmullo solidario:  
convivir es la forma apacible de vivir  
en una tierra de amorosa entraña.

## II

La oferta en el comercio tiene amigable trato,  
el canto diferente descubre origen de los compradores  
de apresurado hablar o calmo acento:  
de Tacarigua, Paraguachí o Pedro González,  
todos entienden las voces de la tierra.

Numerosos paisanos compiten con los árabes,  
venidos tras el brillo de las perlas en el siglo pasado,  
en puja y regateo que baja a diez lo que marca veinte,  
siempre con la sonrisa entre los labios.

### III

Ahora, en este tiempo de ahora  
hicieron Libre el Puerto  
y por mar o por aire  
ingresaron los nombres de la Biblia,  
pusieron precio a todo:  
casas, tierras, mujeres y paisaje.  
En el confuso ambiente, marihuana, aguardiente  
y una teoría de tratantes transeúntes.

Tiendas, tiendas, con nombres extranjeros  
venden hasta el resuello;  
mercancías de lejanos continentes,  
los letreros anunciando la subasta,  
el amor es mercancía  
en mercados oscuros de desprecio,  
los muchachos masturbando sus anhelos  
en ilusivos paraísos de la droga.

Van y vienen como locos,  
los que compran, los que venden,  
Porlamar no va a la mar,  
con el Puerto Libre vino turbulento desenfreno,  
hombres raros la invadieron, la compraron.

## IV

Los comerciantes de la estirpe aguantadora  
¿Dónde están? ¿Quién los recuerda?  
Braulio Fermín y Ramón Guerra,  
la alegría de vivir, la honesta forma  
de exaltar en el trabajo las virtudes de la Isla;  
Juan Rodríguez, Los Moraos,  
Eleuterio Rosario, Los Bermúdez,  
Los Cedeños, Campos, Aristimuños,  
Los Riveros, el doctor Carrasquero,  
Moncho Paz, Manuel Rodulfo Brito,  
la palabra de protesta de Navarro González,  
la voz nueva de “Garúa” refrescante de Luis Castro,  
Los Patiños, peloteros de El Patriota,  
los jabones de Juan Lárez  
compitiendo con los hechos por Juan Ávila,  
la hedionda tenería de Ciriaco  
que ya no curte suelas de los zapatos;  
El Poblado, Conejero, tejas, ladrillos,  
múcuras, las pimpinas,  
los expulsó un “progreso” hecho de encargo,  
inhumano sin el hombre,  
contra el hombre.

## V

La ciudad del aire puro,  
de las calles a cordel,  
de asfixiante ambiente viste,  
playas sucias, mar oscuro,  
El Faro sin farero ni luces en la noche.

La Sirena varada en otra playa,  
sin temblor de palabras el saludo,  
mudo el afecto y la expresión amiga:  
no hay tiempo que perder:  
pagas, te vas y nadie te despide  
y vuelves y te vas saturado de cosas:  
hombres entre las cosas  
tienen alma de cosas.

## VI

A la ciudad hermosa

le nacieron verrugas de siglos desechados:

los barrios marginales de los pobres

arrinconan la miseria, el abandono:

Ciudad Cartón, Los Cocos, Polanco, Macho Muerto, El

[Piache,

apocalipsis de basura suspendida

sobre el alto mural del alto muro

de donde mira sin mirar la indiferencia.

Ignorados los nombres de la tierra:

Lino Gutiérrez, Ventura Gómez, Inocente Carreño

el ala musical entre la brisa,

Vicente Fuentes, Pedro Rivero, los poetas del verso

[acrisolado

Eduardo Ortega, Asunción Rodríguez, Chepelito,

el gordo padre de la bondad desnuda,

de los hijos sin tierras enterrados

y del hijo con tierra entre los ojos

que un viento desde el mar implacablemente sopla,

viene de lejos,

está cegando la esperanza que esperó sin tregua

y escupe en las conciencias

la sucia suciedad del desamparo.

Escapa al viento destructor El Valle de la Gracia

guarecido de sus altas montañas,

desde donde el Piache indígena

envía su mensaje de agua

en las manos de la Virgen Morena.

## VII

Jesús Enrique, el sueño tiene nombres:  
los hombres, las mujeres, los niños sin abrigo,  
ayer es una cifra con ceros a la izquierda,  
mañana no sabemos con qué signo se escribe.  
Cuando todo se borra en la plana del tiempo  
cualquiera escribe su alfabeto ilegible  
de ambiciones, de vicios, de jóvenes marchitos  
que marchan al acaso sin rumbo ni destino.

¡Qué mudo es el tumulto!  
¡Qué sola soledad de multitudes!

Pasan entre las sombras  
gritos cortados, las voces sin sentido  
y a su cueva se vuelven los tahúres  
a contar las ganancias  
ganadas apostando las conciencias.

El eco viene de un tiempo sin retorno:  
la memoria se pierde entre un laberinto de recuerdos,  
caminantes sin camino y sin sombra:  
La Rosa de los Vientos no señala los rumbos de llegada  
sino rumbos de partida,  
mar adentro, tierra afuera.  
¡Venga viento! ¡Venga viento!

## VIII

Sin embargo se quedaron  
sembrados en su suelo los paisanos,  
tronco y ramas azotados,  
las semillas en el viento,  
este viento que no cesa,  
hiende piedras, las derriba,  
es el tiempo sin medida;  
lo que fue no será más.

Solo el hombre, árbol, semilla,  
estirpe guaiquerí inextinguible,  
seguirá sobre el azote levantado,  
las raíces afincadas,  
crecerá bosque en la llama,  
arderá llama en el bosque  
alumbrando otros caminos,  
piedra con piedra resistentes  
echará nuevos cimientos.

## IX

Trae el viento anillo azul entre dos claridades:  
la ciudad del hombre transparente,  
las mujeres sonreídas con los niños de la mano,  
los jardines, flores, niños, muchos niños  
con su pan y sus canciones,  
la miseria, las tristezas en derrota.

¡El Mundo Nuevo!  
El progreso, sin comillas  
barrera, escoba nueva,  
las escorias que dejó la tempestad  
desatada por la envidia.

¡Qué alegría este mundo amanecido!  
Es del hombre y para el hombre,  
para todos los hombres sin distingo.

Tu parcela de sal y de dulzura  
se alindera en el viento, bajo el cielo,  
con luceros y con lunas,  
tiene pájaros y sombra acogedora.  
Nadie pugna por quitarte lo que tienes  
porque tiene como tú  
su parcela en el viento, bajo el cielo.

## Norte del norte de la tierra isleña

*A Felipe Natera Wanderlinder*

I

Santa Ana del Norte

Agobiado de montes  
el valle corre largo entre la mar y el cerro.  
De las frescas laderas sopla el viento  
que atempera el calor de la tierra quemada.

La historia la signó Villa de Santa Ana  
del Norte al Norte franco de la Isla,  
es la apacible estancia de gentes laboriosas  
que viven al amparo del fruto de sus manos.

II

Hila el hilo su delgada cintura  
estirando el copo en la móvil garganta  
del huso en movimiento que hebra tras hebra enreda.

La aguja diligente enhebra los capullos  
que fueron en la brisa nube y sueño  
o en la oveja sumisa capa de la intemperie,  
crece en los dedos celeste, grana y amarilla  
la urdimbre delicada que vestirán los niños  
en torno al aire, cuna levantada,  
brisa mecida que entre malla cuela  
delicia en la calor, en sueño o en vigilia.

III

La toma del Fuerte España

¡Villa heroica! vives en el recuerdo:  
entretrejidas sombras de bravos combatientes

pasan entre el crepúsculo y la aurora,  
van trazando el camino  
que conduce el coraje  
hienden los muros del Fuerte España  
con palos, picos, machetes, azadas labradoras  
las gentes campesinas  
ponen en fuga la tropa que lo guarda  
y toman sus fusiles.

Arismendi los guía en la aventura;  
nadie sabe la senda de la huida,  
porque su comandante no la sabe.

Con pie de luna trashumante y sola  
van caminando en noche taciturna,  
traspasan montes arañados de espinas,  
la escarpada ladera los vigila,  
los guarece la piedra y la quebrada,  
sobre el dorso de todos los senderos  
sus sombras se proyectan en las sombras,  
sigiloso silencio, filo de las angustias  
afila los cuchillos para los combates de arma blanca.

#### IV La Expedición de Los Cayos

Liberada la Isla, desde Los Cayos de Haití  
viene navegando presuroso el Hombre del Destino,  
Arismendi lo llama,  
Brión, el Almirante, seguro fija el rumbo  
en el mar proceloso sin sosiego,  
tocan fondo en Juan Griego.  
Desde la playa los saludan  
alborozados hombres libres.  
Bolívar en la proa,  
sobre el pecho cruzados los dos brazos  
siente la claridad del cielo que le hiere los ojos;

ya en la orilla con ágil salto  
toca la arena sin mojarse los pies.  
Lo espera el Libertador de Margarita,  
la comitiva de los héroes isleños  
y el afecto del pueblo.

Después de la efusión montan a los caballos,  
La Salina, La Sabana,  
la trocha polvorienta entre cardones  
brillaba a la distancia con sus cancanapires olorosos.

La Villa los recibe de fiesta engalanada  
las mujeres con sus caras pintonas  
se asoman a las puertas, el tejido en las manos,  
de la arbolada florecida cuelgan arrullos de tórtolas,  
la señora Santa Ana abre sus puertas, los invita a pasar.

## V Reconocimiento de Bolívar

Santiago Mariño, Manuel Piar,  
Juan Bautista Arismendi,  
Policarpo Mata,  
Francisco Esteban Gómez  
y una pléyade de héroes aclaman a Bolívar  
Capitán General y Comandante en Jefe del Ejército  
¡En la casa de la señora Santa Ana  
amanece la Tercera República!

VI  
Sueño de Casacoima

Otra vez a la mar, la patria va con ellos,  
a pelear victorias,  
El Juncal, Alacranes,  
abren el camino hacia Guayana.

Cabalgando sobre nuestro grande río  
Bolívar se desmontó a la orilla,  
se puso a soñar triunfos,  
se entregó a legislar para la libertad  
y le creció en anhelo de traspasar montañas  
para sembrarse alto, más allá de los Andes,  
en un confederado sentimiento de patria grande  
con dos mares por límites.

VII  
Río El Toro

Llovió toda la noche,  
todo el día.  
De sus corrales  
de laderas dormidas  
El Toro de aguas embravecidas  
entra en la Villa.

La piel terrosa,  
los pitones de luna  
punzaban el viento que corría,  
las pezuñas de espuma  
invadían las casas,  
hacían correr los niños,  
las tejedoras dejaban los telares.

El Toro pasaba por la vía  
de arboleda fragante.

Iba calle abajo,  
la gente lo miraba, oía sus bufidos  
Natera Wanderlinder, Chico Real,  
Ángel Brito Villarroel  
toreros de tarde clara  
se iban pasando la capa.

El Toro seguía incontenible,  
traspasando Santa Ana,  
cruzó La Vecindad,  
se internó en La Sabana  
hasta llegar, espumada la boca,  
al linde de cristal de La Salina.

Con su capa de azules tornasoles  
extendida en el viento  
el mar le hizo verónicas y chicuelinas.  
La muleta en la mano de las olas,  
escondida la espada  
puso fin a la loca arremetida  
con estocada entera.

La claridad azul con el barro disuelto,  
turbio desaguadero,  
El Toro, perdida la embestida  
entró a la mar y se hizo latido.

## VIII Los pueblos

Derramada bandera de semillas  
desplegada en el viento  
fuiste naciendo pueblos  
que arañando la tierra  
hundieron sus raíces  
en el borde de todos los caminos  
una rama extendida

señala sus distancias:  
Altagracia, La Vecindad, Pedro González,  
El Cercado, El Maco, Tacarigua.

IX  
El Cercado

Trocha corta  
entre la espina,  
caminando  
va el camino.

A su vera  
bajo el yaque  
la mujer  
amasa el barro.

De sus manos  
va naciendo la pimpina:  
boca angosta  
cuello largo,  
redondo el talle  
lustroso.

Se adivina  
el agua clara  
fresca y pura  
en el barro sumergida.

La pimpina  
cercadera,  
manos hábiles  
sobre barro  
avivaron  
la frescura.

X  
El Maco

De Culondo,  
el Portachuelo  
arrastrando  
los aromas del tomillo  
viene el aire  
por la ríspida  
ladera.

Cruza el valle  
se detiene  
a la puerta  
lezna en mano  
el zapatero.

Hilo y cerdas  
encerados  
suenan con cada puntada  
de la maquera gente  
faenera.

A los pies  
de agua y espina  
va el zapato  
crujidor  
por el camino.

XI  
Altagracia

Alta la gracia  
de su sonrisa  
llena la cara  
mirar de acero,

pelo tendido  
la gracitana.

Luna en la playa  
de Las Arenas  
cabriola y brilla  
sobre la ola  
moja sus plantas  
entre la espuma  
la gracitana.

En la faena  
de noche y día  
va con el hombre  
emparejada  
en toda obra  
inseparable  
la gracitana.

Si el riesgo asecha  
del contrabando  
va con aplomo  
que el susto es nada,  
vendiendo alerta  
la gracitana.

Pueblo de brega,  
sus apellidos  
vienen de lejos,  
Ordaz señala  
los derroteros  
descubridores  
por donde marchan  
a la aventura de la Guayana,  
pulso del caño,  
hombres, mujeres

destaca alegre  
la gracitana.

## XII Valle de Pedro González

De Arimacoa  
Valle gracioso,  
montaña y playa  
sus dos ambientes,  
la palma ofrece  
desde la altura  
materia prima  
para el afán.

Son navegantes  
o comerciantes:  
Los Monasterios,  
Estabas, Matas,  
Tovar, Lazardes  
de la guitarra  
rumor al viento  
que se hace canto  
sobre los montes,  
junto a la playa.

## XIII La Vecindad

Vecina de Santa Ana  
entre humo de tabaco  
de Los Millanes  
y el viento seco  
que sopla ardiente.

Afanes de Telares  
donde mujeres

siempre tejiendo  
camas de aire  
pasan la vida.

Faño Quijada  
un navegante de liquiliqui  
Ezequiel Bauza  
cantor del pueblo,  
los comerciantes,  
ponen distancia  
frente a la tropa  
de jornaleros y artesanos.

#### XIV Tacarigua

Tacarigua de Adentro  
llovida de montaña,  
rincón en donde el río  
es espejo de vida.  
Sebastián, El Chovenco,  
sangrándole el costado  
con la saeta dentro,  
cueva del Héroe,  
laderas frutecidas  
en donde el hombre mora  
olvidado, olvidándose.

Tacarigua de Afuera,  
un camino que trepa  
El Portachuelo  
o se sube al cerro de El Venado  
adiós al pasajero  
desde el claro ventanal  
de la sonrisa.

Dos mitades de un pueblo  
donde hombres, mujeres  
sembrados como piedra,  
trabajo como piedra,  
el pan escaso,  
menguada paga  
las lágrimas resacas  
en los abiertos párpados  
del resol junto al polvo.

Un pueblo de labranza  
se dobla sobre el surco  
y cuando débil  
la siembra se le tuerce,  
mira el cielo  
pidiendo un aguacero,  
pero no se amilana  
si no llueve,  
su constancia  
pone semilla nueva  
bajo tierra.  
Cheguaco hace la historia  
de tan premiosa vida.

## XV Invocación final

¡Santa Ana del Norte!  
Villa del amor y la querencia  
siempre en alto,  
siempre limpia.  
Conserva tu candor y tu belleza;  
las manos en la obra multicolor  
del hilo y de la aguja,  
de la espiga en el viento  
en ardorosa fe,  
destino de telares

urdido por tus hombres y mujeres,  
por la constancia,  
tuyo, tuyo por siempre,  
sin basura  
de usurera mano extraña,  
arriba, serena la esperanza.

## Bajo la sombra de los datileros

*Al dulce y apacible recuerdo de  
María Natividad Rojas Romero*

I  
El pueblo estaba allí

Primero fue el poblado, tienda caliente  
de la tierra entre sombras del hombre de la tierra.  
Humildes junto al río plantaron sus viviendas,  
la quieta soledad en gozosa frescura  
era vida tranquila del indio en el reposo.

El pueblo estaba allí asentado al pie de las colinas,  
retratada su faz en la corriente,  
claro espejo de luna,  
manadero de estrellas rutilantes,  
nacido en el bosque de La Pomarroza  
como el Ganges sagrado exprimido del jugo de las  
[frutas,  
gota a gota destila sobre las piedras  
pasando sin pasar hacia su fin remoto.

Al rumor de las aguas bajan a beber erguidas  
[cornamentas,  
saltarines conejos, guacharacas alegres,  
las palomas y las pavas del monte,  
tropa multicolor de pájaros y trinos.

Se oía entre las sombras el crujir de las hojas  
mientras seguía el viento desnudando la fronda.

Los bohíos con sus techos de palma  
sus paredes de barro y yerbas entremezcladas;  
alrededor danzaban los hombres, las mujeres,  
el fuego ardía incesante,

percutían ardientes los tambores,  
la guarura daba sus notas de convite  
mientras estaba quieta la flecha sobre el arco.

El pueblo estaba allí como grano en el surco,  
fincada la raíz sobre la tierra,  
clara sombra amigable del río y la montaña,  
un pueblo igualitario de tareas y bienes compartidos.

## II Floreció la cultura del mestizo

Para turbar la paz de la indiada apacible  
derrotados del mar vinieron de Cubagua  
atravesando la tortuosa senda espinecida,  
extraños hombres blancos,  
comandados por Pedro de Alegría;  
desplazaron a los indios de sus chozas,  
ocuparon las tierras,  
repartieron terrenos y solares,  
dieron nuevos nombres a las cosas  
y al pueblo lo llamaron de San Juan el Bautista,  
un nombre nuevo para un asentamiento de milenios,  
vieja querencia junto al río  
de mansas tribus guaiqueríes,  
una raza que endulzó el dolor de la persecución de los  
[Caribes.

Con Pedro de Alegría y sus adictos  
se impuso la servidumbre de los indios.

Ariotos de mujeres tomaron las guaicoras,  
de esbelto talle, al aire sus virtudes,  
los senos rebosantes, redondos como guijas,  
puntiagudo el pezón,  
con afeites de tiznes y achote  
protección de la piel contra la resolana.

En el pasto mojado, un colchón bajo el cielo,  
tendieron a las indias de dócil catadura:  
cópula fundadora,  
sobre la autoctonía aborígen  
floreció la cultura del mestizo.

### III Las frutas pródigas del Valle

La villa fue creciendo a favor de sus dones,  
confundidas estirpes pululaban alegres,  
entonaron sus cantos a la tierra  
y a la grácil mujer fruto del mundo nuevo.  
Una ceiba gigante de ramas extendidas  
agobiada de nidos y de alas,  
servía de ateneo a los cantores.

Invitaba la tierra al laboreo,  
sus pastizales frescos, asiento de ganados:  
cabras, ovejas, vacas, cerdos y gallinas  
caballos ágiles de las razas arábicas  
y los pacientes burros, para la carga mansos  
por las fragosas trochas de intrincadas espinas.

Las frutas pródigas del Valle,  
“dulcísimas de ver mesas de reyes,  
pitahayas, guanábanas, anones,  
guayabas y guaraes y mameyes,  
chicas, cotoperices y mamones,  
piñas, caribujures, caracueyes”  
cuchapes, paujies, chigüichigües,  
mayas, guaicorucos, moras  
unidas a las frutas que vinieron de España  
subiéndose a manteles de opíparas comidas.

#### IV

#### La sombra remecida de los datileros

Llegadas desde oasis de la tierra africana,  
acaso de las huertas de Sevilla  
o de Islas Canarias, que es África de España,  
creció como en su tierra, pródigo el datilero,  
de jugosos racimos de rojo y amarillo,  
las palmas prodigiosas,  
que ofrecen al viajero su sombra remecida.

El dátil, alimento del beduino que cruza los desiertos,  
es providencia cierta en las huertas del valle  
[sanjuanero;  
de sus cogollos tiernos  
las tejedoras sin sosiego  
confeccionan sombreros y otras artesanías.

Fuentidueño funda su propiedad en las laderas,  
y allí quedó su nombre y señorío.

El Vergel fue el asiento de fértiles plantíos,  
y más allá los barrios se multiplicaron:  
El Macho, El Tuey, Las Barrancas, Guaimeque,  
Boquerón, Los Fermines, Carapacho.  
Lo demás era el mundo de la espina altanera:  
heredades dispersas de pastores de chivos y de ovejas.

#### V

#### Los nombres y los oficios

Protegido de sus colinas y montañas  
el pueblo se extendió arrimado a la Iglesia:  
una misma familia  
sin arrestos de alcornias heredadas,  
leales en el esfuerzo del bienestar ambicionado:  
Carriones, Herreras, Millanes y Cedeños.

Boadas, Villarroeles, Salazares y Martínez,  
el padre Silvano Marcano Maraver,  
Díaz, Marvales, Hernández y Velásquez,  
Vásquez, Bernabé Pérez y Gómez y Fernández,  
Romeros, Jiménez, Rojas, Zavalas y Fermine:  
talabarteros, herreros, zapateros y agricultores,  
los orfebres, de oro, plata, cobre,  
los alfareros de tejas y ladrillos,  
los ceramistas de tinajas y cazuelas,  
las tejedoras de hamacas y de medias,  
los albañiles y los carpinteros,  
las industriosas manos  
que elaboran piñonates sin piñones  
que al codicioso gusto son delicia.

Tierno el pan del maíz o del trigo  
iba a la mesa de ricos y de pobres,  
cocido al fuego del hogar,  
un pueblo sin mendigos  
y una dignidad alzada al cielo.

En la apacible doma de ganados,  
a favor del cultivo de granos y de frutas,  
los vecinos no fueron ricos de muchos bienes  
sino de paz labrada en trabajo afanoso.

## VI Los héroes

Para la hora de la Independencia  
levantaron bandera de la Patria.  
Morillo ocupó el poblado  
sin doblar el orgullo bravío de sus moradores.

Sus hombres fueron héroes.  
Antonio Díaz, comandante de las Fuerzas Sutiles  
vence en Pagayos, Isla del Orinoco,

sus hermanos pelearon valerosos,  
Gaspar Marcano, soldado intelectual,  
cantó las glorias de las contiendas de su tierra.

Ahora el pueblo vive con pobreza digna  
cada quien en su oficio laborioso,  
sin olvidar la herencia que les viene  
del contacto de razas diferentes.  
La lucha es su destino,  
porque nada se logra sin esfuerzo.

## VII María de la Lluvia

Venías de la Iglesia removida de preces.  
Anunciando tu paso  
los violines del viento en cordajes de palma  
vibraban en tu honor.

Una tenue llovizna te perlaba la cara  
y a través de sus gotas,  
cristal puro del aire,  
miraba tu sonrisa iluminando el día.

Del cántaro de hechizos que te colma,  
arco iris tendido a la distancia,  
nacía la paz que se derrama  
sobre la tierra ardida.

Con alma alborozada  
mi emoción se fundió con el aura traviesa,  
canto de cielo y nubes desbordado en tu ánimo,  
mientras mi voluntad se rendía a tu albedrío.

Después el estudiante se perdió en la distancia  
de los días oscuros del recuerdo,

pero era tu sonrisa  
un fulgente cocuyo alumbrando el camino.

Me anonadó la infausta nueva  
de tu muerte inesperada  
madre de un hijo no nacido,  
hijo de una madre como tú entre las sombras.

Vive, vive la madre cuando el hijo  
pone el grito en el aire  
porque en el vagido de la criatura  
se pregona con sonrisa alegre  
que el llanto es una forma de anunciar la vida.

Muere, muere la madre cuando el niño al nacer pierde  
[el camino  
y la luz no penetra sus ojos.

Tú moriste de parto, que es una forma de morir dos  
[veces,  
el respiro cortado  
para dos seres de amor tenebrecido.

Te miro a través de la lluvia  
que iluminó tu cara;  
la muerte no borró la dulzura entrañable  
que era prez de tu vida,  
por eso vuelves siempre  
entre acordes del viento  
sonando sus violines en cordajes de palma.

En espejo de luces redobladas,  
me miras y te miro,  
tu imagen y mi imagen se confunden;  
tus ojos en mis ojos,  
los míos en los tuyos,  
el espejo se triza en mil pedazos

y tu imagen es multitud de imágenes  
que giran en la órbita del sueño  
sin juntarse de nuevo en una sola imagen.

## VIII La Guardia

De San Juan al oeste topamos con el mar.  
La Guardia nos espera,  
allí conocí el olear del agua  
metiéndome en el seno de las ondas.  
Partía de Oripuey, hato de chivos,  
con un pozo de luceros presos,  
en anca de un jumento que conducía Felito Salazar,  
me asustaron dos monstruos en la playa,  
un tiburón y una guasa muertos.

Siguiendo la ruta de la costa, por donde muere el sol,  
la arena mojada es de fangoso tránsito,  
el manglar intrincado sombrea en la canícula:  
el istmo de Arapano, tierra solar que une  
el este y el oeste de La Margarita,  
lo atravesé una noche con silencio de grillos  
y cantos de lechuzas cazadoras.

## IX La Restinga

El mar a la derecha, a la izquierda el manglar,  
Restinga azul de verde sombreada  
donde la luna se pasea,  
bruja descalza camina silenciosa.  
Alta la estrella, acribilla de luces la ribera.

Las sinuosas veredas entre el agua  
conducen a la orilla arenosa,

brasa dormida entre ceniza y humo,  
siempre caliente, no se apaga nunca.

Península de amor, delgada cinta  
junto al agua y el agua  
su imagen se proyecta en espejo infinito  
el silencio y el mar  
modelan su camino.

El aire es un azul sin mancha  
hacia arriba, en el cielo,  
hacia abajo, en el cristal dormido.

De los manglares cuelgan  
en racimos las ostras,  
al fondo estrellas rojas  
devoran caracoles.

Las garzas corocoras,  
las de albo plumaje,  
vuelo de aves marinas  
decoran los senderos  
del agua detenida  
y dan al verde bosque  
un tono de bandera  
flameando en el viento.

Restinga azul, prendido medallón  
sobre el seno dorado de la espina.

X  
Macanao

En Boca del Río,  
angosta trocha de la lluvia que nace en Macanao,  
el pueblo es una cinta de casas frente al mar,  
sus barcos detenidos al pie de los manglares.

El Manglillo, Guayacancito, Robledal, Boca del Pozo,  
parejas poblaciones que viven de la pesca.  
¡Tierra de Macanao, agreste zona de intrincada maleza  
donde acecha la espina, alerta la punzada!  
cardones, tunas, la retama alevosa,  
la ardorosa guasábara, de las ramas torcidas  
y lanzas amoladas para herir a mansalva.

Al fondo, haciendo sombra entre neblinas  
los picos altaneros: El Cedral, Corcovado, Punta de San  
[Francisco

los calvos cerros desolados,  
roja la tierra y el suelto pedriscal  
agobiado de soles.  
Un mar de tres colores: hacia la playa, ocre,  
en el medio, verde intenso de cambiantes tonos  
y un azul transparente, al fondo, de cielo sin fronteras.

Marineros de altura, con una flota numerosa y ágil,  
pescan en el mar de Atlántico y Caribe,  
los que aprisionan peces en las costas,  
el palpitante salto del cardumen  
desbordantes de luces las escamas.

Al pie de la montaña  
se arrebujá entre neblinas San Francisco  
de labradoras manos diligentes  
que cultivan dulzor de anones y de nísperos,  
guanábanas, ciruelas de huesito,  
apetitosas dádivas para labios hendidos.

## XI Pueblos y lagunas

Bordeando la costa crecen pueblos y pueblos  
y lagunas saladas que la mar rebosa:  
Punta Arena, de barcos y de ranchos,

donde fueron prósperos ostrales.  
Cerca cuentan que aulla un perro de leyenda  
que vigila la tumba de su dueño,  
asesinado capitán de una nave extranjera:  
Chacachacare, escolleras para atracar los barcos,  
lugar de la carena y las reparaciones,  
Mata Redonda, donde corre entre sombras  
historia de contrabando con enconada lucha  
entre aduaneros y contrabandistas,  
muertos y heridos con sangre entre las olas.

Las Tetas de María Guevara  
desde el mar se divisan  
como una señal para los rumbos,  
erectas y fragantes de abundante leche  
para animar los bríos de un pueblo sitibundo  
que busca libertad y bienestar que se le niegan,  
La Laguna de Raya, hondo brazo de mar,  
La Sabana Grande, El Espinal, Los Varales,  
lugar de desembarco de Morillo,  
dura refriega heroica de un puñado de hombres  
para oponer valor, ardor patriota  
a una escuadra de numerosa tropa  
de armas y pertrechos guarnecida.

El Guamache, puerto internacional,  
Punta de Mangle, Las Cuicas, Jagüey Verde,  
El Yaque, Las Giles, Las Hernández y Las Villarroeles.  
Los Bagres, del pozo de los peces milagrosos.  
Y en medio de todos, por su vieja estructura  
de stirpe colonial,  
Punta de Piedra, donde atracan las naves  
para los pasajeros entre la Isla y Costa Firme,  
sabana extensa de salobre piso  
donde el viento es personaje poderoso  
que no envejece ni descansa,  
levanta el polvo que atraviesa el poblado

y se pierde en el mar oscurecido,  
los árboles doblan sus copas vencidos por las rachas  
y no pueden crecer sino aparrados.

## XII Viento, flores y pájaros

El viento, el viento, colérico enemigo,  
sempiterno descarga su furia destructora  
sobre todo Macanao y su contorno,  
su caliente vapor tuerce las hojas  
tuesta los capullos, empujando las nubes  
hacia otros confines  
o las torna vapor de agua que no cae.

La Chulinga, arrogante equilibrista,  
en la copa de espinas del cardón  
ensaya el trino en su armoniosa voz  
y le hacen coro, los pespés, los guayamates, los turpiales,  
y los pases rasantes de los Chiritos de la Virgen  
y el vuelo levantado de gaviotas.  
En el centro del pájaro abre el cielo abanicos  
que giran en la altura.

Las cuicas del verdor acrisolado,  
muestran su cosecha de iguanas,  
ramas sin tronco en aire suspendidas,  
los conejos, lagartos de esmeralda,  
los grises guaripetes y culebras  
cavan sus madrigueras a la sombra, entre espinas.

En cada palmo de tierra donde la tuna impera  
conquistan su terrón cancanapires del aroma al viento,  
el cardo-santo, el cují y otras xerófilas especies  
que alimentan su sed apenas llueve.

El espinal tostado se desgaja en mieles y perfumes  
luce una primavera de colores el seco matorral,  
sus flores de oro lucen el tarantán, las cuicas,  
el guamache, la sábila y el palosano  
y en el mástil alzado  
el maguey levanta su bandera de topacio,  
el abrojo tiende su alfombra,  
revientan rojo vivo el caracuey y la retama,  
mientras visten su discreto blanco de leche derramada  
el urticante guaritoto y el guatacare.  
En el aire pululan abejas diligentes  
que del néctar fabrican sus panales.

### XIII

Después que termina la faena

Al descender el día del eterno verano  
Macanao se baña  
en occiduos fulgores de amatista.

Va creciendo la noche con rumor de canciones  
que corriendo en las olas llegan hasta la playa,  
hay un ruido de alas que se pliegan  
por entre los manglares.

Es la hora del sueño poblado de fantasmas  
en la ruta de todos los caminos.

Tierra reseca, azotada de soles y de viento,  
su cosecha es de hombres hechos a la medida de su  
suelo,  
duros para el trabajo sobre la mar bravía,  
pero como el cardón de sus plantíos  
el blando corazón es generoso, desbordado de afectos  
y la mano callosa da señal de amistad no desmentida.

Tierra pasmada en soledad discreta  
abierto párpado al fulgor de la noche,  
paso del temporal en el latido mudo.

Eres quemada sombra de carbones  
susurro apenas de una queja honda,  
labio ardido de sed, resquebrajado,  
en espera del agua que no llega.  
Miro la soledad y me detengo,  
confundo mi destino  
unido a tu destino.

Ahondando en tus congojas,  
mis raíces crecidas en la sombra  
serán savia en las ramas,  
darán flores y pájaros,  
una hoja en el viento:  
mensaje de presencia  
en la distancia.



# HILO EN RUECA DE SUEÑOS



*Qué fuerte como la muerte es el amor.*

EL CANTAR DE LOS CANTARES

*Pausado amor de caverna,  
si a cada gota más tenso,  
más cada día propenso  
a una conjunción eterna.*

MIGUEL HERNÁNDEZ



## **Hilo en rueca de sueños**

A la distancia mi angustia se agiganta,  
teje y desteje sus redes el ensueño  
con mil hilos sutiles de esperanza;  
mi anhelo de caricias se adormece  
junto al dulce rescoldo de tus besos:  
hilo en rueca de sueños, junto al alba,  
tendido entre tu ausencia y mi recuerdo.

## Yo sé que no vendrás

Yo sé que no vendrás,  
sin embargo, te espero.  
El llano te presiente  
leve brisa que pasa  
rizando el pasto blando.

Tus huellas no se afirman  
en la marca de un paso  
porque van sobre el viento  
con polen y con alas;  
es huella que trasciende  
en tu olor de mastranto  
que inunda la sabana  
y estira los mugidos  
de los toros insomnes.

Yo sé que no vendrás,  
sin embargo, te siento  
en esta sed que corre  
a través de mis venas,  
en el cálido aliento  
que me viene en el aire  
y calcina mis huesos,  
y en esta duermevela  
de sentirte tan cerca  
por cada poro abierto  
y en el calor de besos  
de cuerpos confundidos.

Cada palmo de tierra  
lleva impreso tu nombre,  
cada nube que pasa va contigo,  
tu recuerdo me llega  
en el vaho que brota de la tierra  
cuando la lluvia pasa

y aunque te sé distante  
tu presencia está en mí  
como brasa dormida  
que guarda en la pavesa  
incendio de la llama.

Desparramada sombra  
que mis pasos cobija,  
obre este mar de verdes  
la garza es una vela  
sobre un mástil de adioses.

## Prendido a tu recuerdo

Cabalgaba en la noche.  
Sobre el hombro el crepúsculo  
se derritió en tinieblas.

Solo, por los caminos veía pasar las sombras  
que acechaban dolientes los postigos de luz.  
Iba desenfundado, con el alma en los dedos,  
pulsándola sonora como una cuerda tensa.

Su tañido en la sombra me abrigaba del miedo,  
y el alma que era clara, de sutil transparencia,  
alumbraba en la noche como un cocuyo abierto.  
Yo me miraba en ella, reflejo que se quiebra  
en mil vagas imágenes  
que desdobra la gota en iris sobre el cielo.

Caído de la noche arribé hasta la aurora,  
la clara transparencia me disolvió en la luz  
y de vuelta del viaje de buscarme a mí mismo  
regresé deslumbrado, prendido a tu recuerdo.

## Quemadura

Eres solo una sombra  
que pasa sin rozar  
el aire y su perfume.

Una vida llenaste  
y como mancha tenue  
te desdibuja el tiempo.

Sin embargo persistes  
como una quemadura.

## **Las campanas**

Incesantes las campanas  
dan un dan con otro dan,  
si se funden las campanas  
ya no dan de lo que dan.

## **El eco**

Voy repitiendo mi nombre  
y el eco lo va copiando,  
cuando se acabe mi voz  
¿El eco te lo dirá?

## **Espina**

En la crueldad de las espinas  
acecha sigilosa la punzada

## **Cera de ti manada**

Como cirio en la sombra derretido,  
en la penumbra tibia  
tu caricia me abrasa.

Tu voz iluminada  
se apaga queda y blanda  
al borde de mi oído.

Cera de ti manada,  
el fuego que te alienta  
me consume en su llama.

## Sobre el tibio nidal de los recuerdos

Conservo aún el ímpetu del vuelo,  
ala para el anhelo  
planeando sobre un mar de aguas tranquilas,  
y desde arriba miro,  
bajo el claro estupor de la marea,  
plateados peces de veloces remos  
sobrenadando el cristalino cielo  
desprendido a la altura de las ondas,  
huyendo de la playa  
flama que el viento azota,  
arena y ola, ala que pasa en sombras  
sobre el tibio nidal de los recuerdos  
donde empolla sus sueños una gaviota herida.

## Si te espero

Si te espero desespero,  
si no te espero te sueño,  
si pensada estás conmigo,  
si soñada estoy contigo,  
porque te fuiste tan hondo  
que eres presencia en mi vida  
y en el sueño o la vigilia  
lejos o cerca te siento  
punta que rasga una herida,  
suave caricia en la venda.

Si te tengo te presiento,  
cuando te alejas te siento  
cálido aliento en el beso,  
apretado abrazo loco  
fuego que abrasa la entraña,  
con el ansia de estar cerca  
o la angustia de estar lejos.

Si en la mitad que me das  
te siento entera en mi vida,  
si fuera entrega total  
desbordada crecerías,  
río que entra a la mar  
haciendo dulces las aguas  
con su impetuoso caudal.

## Ausente de tus besos

Ausente de tus besos  
no levanto protestas;  
los besos son cual deshojada rosa  
sobre un cáliz sombrío.

Los pétalos caídos  
abonan las raíces;  
la emoción de la savia  
se sube hasta la copa  
para una primavera de botones  
entre el verde follaje.

Del botón a la rosa  
alienta el reventón,  
perfume contenido  
y al viento deshojada  
después dará la vida.

Ausente de tus besos  
sobre un cáliz sombrío  
algún botón entumecido muere.

## Fugitiva

Cerca de mi costado  
la sentí tan distante,  
luna en cuarto menguante  
colocada en su órbita de siglos.

Su querer es querer de lejanía,  
se quema en el rescoldo  
y huye de mi fuego que le abrasa,  
y cuando más me quiere  
no me busca,  
y cuando yo la busco  
coloca su distancia entre los dos.

Porque así me mantiene  
sobre la tensa angustia  
de la trunca esperanza de la espera,  
porque ella me quiere cuando quiere  
y me abandona siempre aunque no quiera.

¿Retenerla? ¡Imposible!  
Me ama, yo lo sé,  
pero su amor me inflama  
y me deja carbón junto a la llama  
que atizada se aviva,  
mientras ella se aleja fugitiva  
para que su ala tenue no se queme.

## **Extramuros**

Siembra mis huesos  
a extramuros  
del lugar de los muertos,  
así podré mirar  
sigilosos luceros  
y escuchar apacible  
el rumor de tus manos jardineras  
sin presencia indiscreta.

## Cuando digo te quiero

De tanto decir te quiero  
la palabra se ha hecho  
de seda que acaricia  
lamedora en tu oído.

De tanto repetirla,  
la palabra es delgada  
para entrar por la hendidia  
que dejan dos silencios.

Con la insistencia clara  
del agua entre las rocas  
fue labrando caminos  
para llegarte pura,  
manantial por la herida  
regando el corazón.

De tanto repetirla,  
limada de sonidos,  
en redondeado acento,  
es rumor,  
es latido,  
susurro que se quiebra  
cuando se torna en beso,  
cántico adormilado,  
se disuelve en la noche;  
brisa de la mañana,  
te despierta en la aurora.

Y va con el gozoso  
ascenso de las horas  
madurando sonrisas,  
la semilla en la era,  
flor crecida en el viento,  
polen,

aroma,  
pétalos,  
difuminada atmósfera  
donde estás sumergida,  
sintiendo sin oír,  
palpando sin mirar...

## Hazme una capa de musgos

Niña del raro capricho,  
de la nube y de la lluvia,  
del aire y de la montaña,  
de la Rosa de los Vientos  
que se deshoja en tus manos,  
del camino que te crece  
mientras tú vas caminando.

Niña del canto dormido  
sobre un filo de recuerdos,  
niña despierta en el hilo  
de esperanza que te amarra.

Después que te di la nube,  
te hice el aire transparente  
para mirarte en el cielo  
como en un espejo de agua,  
y te alargué los caminos  
para tu viaje sin nunca.

Después que te di los pájaros  
de tu boca pajarera,  
trino encerrado en la noche,  
puesto en vuelo en la mañana.

Después que te di el murmullo  
de las fuentes sin riberas  
y el bramar de la cascada,  
me pides capa de musgos,  
toda verde, que te cubra  
de la cabeza a los pies,  
remojada de neblina  
que resbala de las nubes,  
de sutiles pliegos hecha,

para aprisionarte entera  
como un mural de tu cuerpo.

Hazme una capa de musgos,  
repite tu voz mimosa.  
Hazme una capa de musgos,  
toda verde y transparente,  
mojada de tu rocío.

Si lo quiere tu capricho,  
te haré una capa de musgos.  
Mis manos tejen caricias  
sobre el perfil de tu cuerpo,  
y te va cubriendo toda  
de un verde de musgos nuevos,  
capa de sutil tejido,  
remojada de ternura.  
Movida de mis miradas  
coladas en la hiladura.

Y aquí está la capa entera.  
Como araña tejedora  
la tejió mi propia entraña.  
Te hice una capa de musgos,  
suave, ligera; medida  
con mis manos en tu cuerpo,  
transparente capa verde,  
como ladera tendida  
para recostar los sueños  
y la angustia de quererte.

## La canción que vuela

Bajo de la lluvia  
la canción se mece,  
y el viento la lleva  
mojada y fresquita.

Traspasa la reja,  
toca tu ventana  
y a tu oído llega  
cual suave latido.

Te adormece quieta,  
te arrulla y envuelve,  
es apenas soplo  
mojado de lluvia.

Vuelve sobre el viento,  
fresca de ternura  
que arrancó a tus labios  
la canción que vuela.

## La invencible rosa

*A Carmen Omayra Cásares Reyes*

La delicada rosa, exacta forma  
se abre en el viento y se deshoja  
y vuelve a crecer indiferente;  
desafiando al viento, al sol omnipotente  
cumple con su deber de aromas y colores.

El viento es viento en todos los momentos,  
el sol mancilla la rosa en su corola,  
pero en tiempo medido se irgue soberana  
y nada la detiene. Majestuosa fulgura:  
la rosa es rosa contra sol y viento

## Tarde en azul

Se puso azul el camino  
de tanto azul en el cielo,  
iba remando en el río  
el azul de los reflejos.

Y tú cerca de la orilla  
desenredas los azules,  
mientras en el viento corren  
susurrantes los murmullos.

Todo se puso a servirte:  
el agua lame tus plantas  
y la tarde esplendorosa  
sobre tu piel se arremansa.

Callado asombro del río  
cuando tus senos lo tocan  
en su aletear de palomas  
de arrullos tiernos y locos.

Lumbre, nube, cielo, río  
van en tránsito ligero  
mientras tu belleza queda  
clavada como un lucero.

Se deshacen los azules  
entre la sombra que avanza  
mientras tú, ninfa desnuda,  
eres claridad alzada.

Te vio pasar el camino,  
la tarde y yo te miramos,  
ella se llevó tu imagen  
mientras yo quedé esperando  
entre la lluvia de trinos

que se cuele de las ramas  
cuando el crepúsculo muere  
tras de los cerros distantes.

## El pozo de tus manos

Eibarlar es el monte  
erguido de neblinas  
donde la cima toca con el cielo.

Vuelos de mariposas triscan en las laderas  
como alados corderos  
de espolvoreadas alas  
que brillan a la luz de la mañana.

Senderos escondidos,  
de muelle, verde alfombra,  
esperjados de matinal rocío,  
ensilencian los pasos  
que humedecidos trepan  
buscando entre los riscos  
alguna flor silvestre.

Mil pájaros selváticos  
empenachan sus cantos  
junto a los manantiales  
que bajan de las peñas.

Entre las nubes rosa  
se diluye el crepúsculo  
y la estrella distante  
que alumbró nuestras tardes  
se baña junto al pozo  
que es el cuenco relleno de tus manos  
que licuaron neblina  
para un sorbo de sed nunca apagada.

## Marinera

A la orilla del Mar del Caribe  
inundado de claros reflejos  
la ola canta su canto de espumas  
con vaivén sonoro en la playa.

En la arena, tendida al desgaire,  
se doraba tu piel bajo el sol,  
te besaban la ola y el viento  
con un beso de sal y de fuego  
y temblor de amorosa caricia.

Fue creciendo la llama hacia adentro,  
crepitando ardoroso tu ser  
me envolvió como ola en abrazos  
y sentí recorriendo mi cuerpo  
mar y viento de sal impregnados,  
tu caricia de espuma embebida  
desgajada sonora en el beso  
con un suave rumor desmayado.

Sol y nubes, la brisa y el agua  
en la arena de playa restallan  
y tus brazos mis brazos anudan  
enredando tu suave ternura  
como alga que flota en las ondas.

## Ventanal de los sueños

I  
Tu caricia era riego

Entre sombras y humos  
abriste tu ventana  
para que se asomara  
limpia y pura mi vida.

Desde el postigo abierto,  
oblicuo en la distancia,  
miraba los paisajes:  
Entre ruinas deshechas  
se enredaban los musgos,  
mientras iba creciendo,  
la copa erguida al cielo,  
un bosque nuevo.

Sutil, de frescas linfas,  
sobre el abierto cauce,  
mojaba los costados  
fertilizando sueños,  
cantarina en las rocas  
mi esperanza  
y entre el claro frescor,  
como a la flor que crece,  
tu caricia era riego.

II  
Cañamazo de vida

Iba desenredando la tela de tus sueños,  
en cada malla el nudo engarzaba una pena,  
y el hilo la apretaba, lazada tras lazada,  
manto de soledad y apagados luceros.

La maraña tejida de recuerdos,  
hacia del presente  
vida para el pasado,  
cuando eres plenitud  
de madura cosecha en los racimos  
y en cada amanecer te brilla clara,  
en la gota de llanto derramada  
la irisada promesa  
del porvenir crecido  
en los flancos del día.

En este destejer de penas y sueños,  
de la entraña que mana  
hilos como la araña,  
creció mi propio hilo.

Cañamazo de vida  
para engarzar latidos  
del corazón gozoso,  
enlazar el ¡te quiero!  
el ritmo del suspiro  
que viaja entre la brisa,  
dibujar la sonrisa  
y el quejido de amor,  
que no es ¡ay! del que pena  
sino aliento que corre  
desde el pulso hasta el labio  
y estalla en queja y besos.

Tela de amarrar los trinos,  
la luz del sol en tus ojos,  
y la dicha que me crece  
junto al pozo de ternura  
que va manando en tus dedos.

### III

#### Hacia arriba hay luceros

Negada y derramada,  
en lo que niegas creces,  
como otoños sin hojas  
donde alienta la flor de primavera  
y la semilla ensaya  
romper la oscura celda  
que aprisiona la vida.

El árbol que planté junto a tu era,  
regado en tu mano,  
por tu mano crecido,  
se arrebujó en tu cuidado.  
La derramada copa tiene trinos y nidos,  
sobre cada retoño va creciendo una flor,  
el sol que lo calienta,  
de la nube al cobijo,  
pone a correr la savia  
desde el suelo a la nube,  
raíz y tronco y ramas  
viviendo en el latido.

¡Mira!, junto a tu paso  
está creciendo el día,  
hacia arriba hay luceros  
en el alba despiertos.

He destrenzado toda la malla de tus sueños,  
deshilaché tormentos,  
destrencé pena a pena,  
y aquí, de punta a punta  
con hilo de mi entraña  
voy tejiendo tu vida,  
lazada tras lazada,  
engarzada a la mía.

En esta bordadura  
hurtamos a la vida lo que nos da la vida;  
inconformes de todo, será nuestro el empeño,  
será nuestro el minuto,  
el tiempo de querernos,  
mientras viaja en el viento  
la angustia que nos trajo  
a juntar la querencia  
en este amanecer de lumbre y canto.

## Tengo una amiga cubana

*En el álbum de la poetisa  
Arminda Valdés Ginebra*

Para alivio del destierro  
tengo una amiga cubana,  
alma delicada y franca  
para la palabra hermana.

Tengo una amiga cubana,  
que es tener rico tesoro:  
Arminda Valdés Ginebra,  
cariño de seda y oro.

Me sorprendió con su canto  
del soñar amanecido,  
guarura estrenada al viento  
sobre el rumbo de mi oído.

Al calor de su mirada  
al fulgor de su sonrisa,  
la pena en canto se quiebra  
cual leve rumor de brisa.

Su emoción, hilo tendido  
sobre el aura pasajera,  
cual móvil cometa engarza  
mi tensa angustia viajera.

Tengo una amiga cubana,  
que es tener rico tesoro:  
Arminda Valdés Ginebra,  
cariño de seda y oro.

*(La Habana, 23 de abril de 1951).*

## Cuando tú regreses

Hace ya tanto tiempo que te espero  
que me crecen los días  
largos como siglos  
y las horas son años en tu ausencia.

Yo que tengo tu luz para mis noches  
he caminado a tientas.  
Hasta que tú regreses  
no miraré el sendero  
donde tus manos ponen  
fanal de claridad para mis días.

¡Qué milagrosa vara  
de medir es la ausencia!,  
nos cuenta los suspiros,  
nos mide los recuerdos  
y alarga la esperanza  
para hacerla del largo del regreso.

Te fuiste cuando apenas  
regresabas del sueño,  
del sueño de la rosa  
que en el botón llenaba  
la medida del vaso,  
y que antes de la aurora  
desgajó su corola,  
cuando estaban tus manos jardineras  
húmedas de caricias,  
cuajadas de rocío  
y era tu voz promesa  
para el arrullo tierno.

Te fuiste cuando apenas  
tu dolor y el mío  
sangraban por la herida

del botón hecho carne  
del anhelante espíritu.

Te fuiste sobre el ala  
dorada de la tarde  
sobre un rumbo de adioses  
tendidos a tu paso,  
mientras iba sus rosas  
desgranando el Poniente,  
y yo, que estaba solo,  
mirándote partir,  
deshilaché en el viento,  
frente al sol que moría,  
mi pena por tu ausencia.

Cuando vuelvas ¡amada!  
te esperarán mis brazos  
estrenados de nuevo  
para hacerte torzal de enredadera,  
tan cerca de mi pecho  
que puedas escuchar cada latido  
estrenado también a tu regreso.

Cuando vuelvas, mis besos,  
añejos de esperarte,  
serán burbujas tenues  
sobre tus frescos labios;  
sobre las lenguas mudas  
un silencio anhelante  
se alargará en caricias;  
tus ojos en mis ojos  
inventarán lenguaje  
para un mar de emociones contenidas  
hasta el día del regreso.

Sentirás que en la estancia  
persiste el suave aroma

que se quedó en el vaso  
donde el sueño anudado  
de tu vida y la mía  
puso el botón trizado  
a la vera del día sin aurora.

El día que regreses,  
cien esperas  
empapadas de angustia  
te saltarán al cuello;  
sobre el filo del día,  
con fragancias de pinos  
la brisa llevará rumor de besos,  
y mi clara alegría,  
loca de tu locura  
se esparcirá en el viento.

Sobre el flanco del bosque  
mañanearán luceros.

# HOMBRE INACABADO



*El hombre no es más que una caña,  
lo más débil de la naturaleza;  
pero una caña que piensa.*

BLAISE PASCAL

*¿Quién domina los centros del mundo y de las llamas?  
¡Los hombres!*

RAFAEL ALBERTI

*El hombre una vez vive para no retornar.  
Su existencia es un hilito que se disipa presto.  
La suma de su vida es un pobre montículo.  
Cubierto de cizaña al poco tiempo.*

KONG-FU-TSE, POETA CHINO 551-479 A DE JC



*Al Dr. Juan David García Bacca*

¿Quién soy? ¿Qué soy?  
En este mudar interminable  
he sido tantas veces  
y he dejado de ser.

Es el camino y sus recodos  
el que modela el paso  
aunque sea nuestro camino  
y el pie señale la postura.

Seguiré siendo,  
siempre inconforme de lo que soy,  
¿Cómo seré mañana?  
Que mi yo me sorprenda  
afirmando cómo quiero ser  
y no como debo ser según los otros.

El hombre es un proyecto:  
¡Subir, crecer hasta perfecto!  
El anhelo infinito:  
¡Ser es hacerse cada día!

**¡Vive!**

*Al poeta Ali Lameda*

El tiempo de vivir es infinito.  
El tiempo de morir es de relámpago.  
¡Vive!... Para morir te sobra tiempo.

## Ahora o nunca

*A Víctor Mazzei González*

Polvo del polvo disemina el viento  
en la siembra incesante de polen y de granos.  
El vientre de la noche no pare solo sombras  
sino que lleva envuelta como ola estremecida  
las luces de la aurora, la semilla del alba.

Por ello nace y muere prisionera  
la luz parpadeante del futuro;  
no hay término, todo comienza siempre:  
siempre es ayer, mañana, ahora o nunca.

## La huella

*A Héctor Mujica*

En el tiempo trajinado  
cada pisada deja  
su marca apresurada:  
la huella es un instante  
que lo borra otra huella.

La piedra inmóvil dura.  
Tú eres tan solo viento  
y el viento siempre sopla  
hacia todos los rumbos  
pero en ninguno finca.

## La cruz del pastel

*A José Miguel Monagas*

En cada vuelta de camino  
ponían una cruz los caminantes.  
Todo viajero  
para hacer pedestal junto al madero,  
sin mirar hacia atrás, arrojaba una piedra  
y fue creciendo alto el pedestal.

Alguna vez una mujer devota  
colocaba una flor entre las piedras,  
rezaba una plegaria, se persignaba  
y proseguía cantando su canción.

Ya en las encrucijadas  
no se detienen silenciosos los viajeros  
para arrojar sus piedras a las cruces  
sin mirar hacia atrás.  
No hay flores en las cruces camineras  
que seque el sol y se las lleve el viento;  
las piedras se fundieron  
entre la trenza negra del camino,  
cruzan volando en olor de gasolina  
los pasajeros distraídos.

Cruces de caminos  
señalan Norte, Sur con sagitarias flechas.  
Hay caminos sin cruces  
y cruces sin caminos.

## La espiga

*Al poeta Ramón Palomares*

La espiga frágil  
oscila con el viento.  
En el suelo la sombra  
es barba de silencio  
que se mueve tan solo  
si se mueve la espiga.

La espiga está en el viento,  
si el viento sopla tenue  
es apenas murmullo.

La espiga balancea  
con ritmo acompasado;  
si el viento sopla recio  
la espiga es abatida.

Estructura de polen,  
hilo sutil de oro  
es apenas la sombra  
de la brizna de un nido.

No se corta la luz  
que alumbra la intemperie  
de la espiga abatida.

En ese desamparo  
la sombra se proyecta,  
no es juguete del viento  
en sus volubles giros  
y se mueve tan solo  
si se mueve la espiga.

El soleado espacio  
no se corta ni mengua  
cuando la espiga va  
cuando la espiga viene.

## Vengo del tiempo

*Al Dr. Pedro Rincón Gutiérrez*

Descorriendo del sueño la débil telaraña,  
en la noche de insomnio,  
desde el fondo, como un viento de siglos,  
venía cabalgando entre las sombras  
una voz de presagios y pregones;  
vibró en la oscuridad  
y dijo, claveteando el silencio:  
“Vengo del tiempo que cabalgo y domino,  
me he inventado a mí mismo.  
Soy presente y futuro  
y nunca acaba en mí la hora de hacer y rehacer;  
jamás supe volver por el mismo camino,  
inventé rutas en donde el paso insólito  
en cada huella deja grabadura sin mancha.

Fundé catedrales de un culto innominado,  
sin nichos de enmohecidos íconos,  
sin sacerdotes de litúrgicos cantos  
ni música monótona que resuena milenios,  
sin lecturas que agobian los oídos,  
sino claros ambientes con pájaros y viento,  
con árboles y flores, con un piso de hojas  
que tintinean al gotear del rocío,  
sin muros y sin techos, donde oficia la luna  
y entonan las estrellas sus canciones;  
Catedrales del sueño soñado en la montaña  
para mirar el mundo abriendo la penumbra,  
en épica aventura de crear sin medida  
el hombre que vendrá, puro de amanecer,  
con un idioma de afirmaciones generosas,  
palabras fundadoras,  
el golpe de martillo que afina los metales,

el rayo constelado en que vibra la tierra  
cuando nace la lluvia del confín de la nube.

El mundo de vocablos labradores,  
que van cavando el surco, abonando la tierra,  
semillas puras, transparentes.  
Espigas en el aire  
tremolando asombrados inventos  
las sílabas del alba.  
El idioma del niño  
que de pura pureza es un descubrimiento  
de las cosas que nombra oyéndoles el nombre,  
asombro de decirlas  
sin saber que las cosas y los seres  
nombrados se incorporan y existen  
en las múltiples formas  
con que crecen y animan en inédito espacio”.

Fue un solo parpadeo.  
Deslicé unas palabras.  
Quería saber la ruta de ese claro universo  
y pregunté por dónde se toca su lindero.

No escuché la respuesta.  
El sueño tiene el límite de vuelta a la vigilia.

## Duda

*A Denzil Romero*

Yo nunca supe  
de la fe sin límites.  
Para mí dudar es un camino.

Cuando busco la verdad  
no le temo al error  
sino al vacío.

Cuando afirmo me afirmo,  
cuando niego  
me afirmo.

Soy yo mismo  
el que niega o afirma.

## El tiempo escurridizo

*A Pedro Pablo Paredes*

El tiempo no sabe que yo existo,  
pero yo sé que se esfuma:  
azogue de ceniza  
marca las horas,  
el afán de los días.  
Su inquieto paso es vida  
que entre los dedos pasa.

## El cabo lucero

*En el recuerdo de Felipe Obando,  
Pepe Amparan, Chico Tomás Rodríguez y  
Chuchú Gómez, cabos luceros de La Asunción.*

A la hora de prenderse las estrellas  
encendía los faroles  
el Cabo Lucero.

Escalera al hombro,  
querosén en mano  
cumplía su oficio de alumbrar  
el Cabo Lucero.

Por él tenía la noche  
luces de los mecheros.  
Cuando el sol apagaba las estrellas  
el encendedor nocturno  
apagaba los faroles.

Con un gesto de Dios temporero  
despabilaba la noche en las esquinas  
el Cabo Lucero.

Escalera al hombro, querosén en mano,  
calle abajo, calle arriba,  
iba esparciendo luz  
el Cabo Lucero.

## ¡Ahora iluminada!

*A la ingeniera Josefina Salazar*

Venía la mujer a contraluz  
con el sol en la espalda;  
el viento le bruñía  
con arenas doradas  
el rostro amanecido  
con rocío de lágrimas.

Sobre la arena tibia  
las plantas descalzadas  
marcaban en la senda  
un paso solitario.

Bordeando el camino  
los cardones izaban sus espinas  
punzando el aire tenue  
plenado de silencio.

Estuvo andando a tuestas  
la mujer con su pena  
y cuando ya cansados  
los breves pies sangraban,  
arribó a la hondonada  
riscosa y desigual  
que en su fondo llevaba  
arroyo murmurante  
que avivaba la sed con su frescura.

La mujer en el agua  
también se hizo murmullo,  
como una raíz sorbió la linfa,  
creció tallo florido,  
la sonrisa fue aroma de sus labios  
y frutos su alegría.

¡Ahora iluminada!  
lleva el sol en la frente,  
y cantan en sus ramas  
mil pájaros errantes  
que buscaban cobijo  
al cansado aletear de sus distancias.

## Piedra del camino

*Al poeta Guillermo de León Calles.  
Pastor de cujies, piedras y cardones  
en Pedregal de Falcón.*

Piedra del camino  
que el sol,  
la pisada,  
el viento  
modelan  
a la mano del hombre  
para la honda que dispara  
a la estrella lejana  
en busca de la luz.

La piedra  
caminera  
sin hendiduras,  
hecha de reflejos,  
de noches,  
de días,  
espera silenciosa  
y la lumbre fosfórica  
difunde  
y no se acaba.

De tu dureza, ¡piedra!  
se nutre la esperanza.



# ANEXOS



# FACSIMILARES DE MANUSCRITOS

## El papagallo

Librado el papagallo azul y blanco  
se elevó con el viento,  
se perdió entre las nubes cabeceando  
en el alegre juego de trepar por el hilo.

La cuerda de tenerlo estaba tensa,  
segura entre las manos  
que le desovillaban las distancias  
ganaban la hogaña de la altura  
en la angustia del vuelo sostenido.

Y la mano, y el hilo, el papagallo  
eran un solo anhelo  
de pureza en el aire  
compartida con paz sobre la hierba,  
donde el ala hace sombra,  
Cobijo del regreso. -

17  
Remojado de azul,  
puro de nubes,  
tirado por el hilo  
reperió de la altura  
el valiente alegre azul y blanco

Sin alardes de vuelo  
se posó entre las manos  
que lo tuvieron tenso;  
el lento descender  
fue el reposo del ave  
en el regazo tibio  
del cuenco de su nido.

Manuscrito del poema "El Papagayo" tomado del  
cuaderno de Luis Beltrán Prieto Figueroa titulado  
"La rueca de los sueños".

## Isla de Coche

Desde el barco en la proa  
mirabamos distante  
hilos blancos de arena.

Sobre la mar avanza la nave marinera,  
En aguas de esmeralda sumergida,  
Cual ~~cabina~~ <sup>cabina</sup> tendido entre las olas  
se anuncian los resacas de la isla.

En la cercana playa columbramos  
el brillo de alumbrante de un desierto de sal  
con miseria de pueblo sembrado en los Estados.

Desolada vision del mundo de la espina,  
de verdades fortunas dentro de la maleza,  
que llevan con el viento en la arena reseca,  
un pèpito de angustias a morir en la playa.

El grito desgarrado se deslizo en la brisa,  
la palabra era un eco del corazon dolido,  
Cancion para los sueños sin espera  
y tu poniendo aromas sobre el viento palmas,  
regadas de mi mano sembradora,  
Canto de rosa en desquejado pétalo.

Manuscrito del poema "Isla de Coche" tomado del  
cuaderno de Luis Beltrán Prieto Figueroa titulado  
"La rueda de los sueños".



## Prieto

Bendito seas ¡Oh, Luis Beltrán!,  
que acabarías con nuestras quejas  
si tus orejas fueran de pan.

Tú te pareces a Tío Conejo,  
no por lo viejo ni en lo guasón  
sino en el hecho, Prieto querido,  
de haber salido tan orejón.

Niños y mozos, viejos y viejas,  
ricos y pobres, sin excepción,  
en el momento de nuestras quejas  
nos agarramos a tus orejas  
como a dos tablas de salvación.

AQUILES NAZOA



## ÍNDICE

### **Prólogo**

Nota sentimental para acompañar al Maestro Prieto	7
---	---

### **Mural de mi ciudad (1975)**

<b>Invocación al canto</b>	19
----------------------------	----

<b>Andanzas de la ciudad</b>	25
------------------------------	----

El descubrimiento	
La Margarita	27
El Valle de Santa Lucía	29
La Asunción	31
Lope de Aguirre	34
Fuego y ceniza	38
El hambre y la sequía	41
La gobernadora doña Aldonza Manrique	45
La batalla de Matasiete	48
El incendio de la tagua	54

<b>Colinas y montañas</b>	59
---------------------------	----

Colinas del castillo de Santa Rosa	61
Las colinas numeradas	65
La Peña	68
Mueresol	71
La montaña de El Copey	72
La Caranta	75
Matasiete	77

<b>Los barrios</b>	79
--------------------	----

La portada	81
El mamey	83
La Otrabanda	88
El barrio de El Copey	91

<b>Los seres y las cosas</b>	95
San Francisco	97
Mi padre	100
Mi madre	104
Los compañeros	107
De isla en isla	110
Galito	114
Los fantasmas	116
El cardón	118
El colibrí	121
El papagayo	122
El trompo	124
Recuerdo	126
La brisa	127
Mandato ineludible	128

### **Del hombre al hombre (1977)**

Cante el poeta al hombre	133
Perfil del hombre	135
Historia del río	139
El arte de ser hombre	143
Las piedras	145
Fiebre	148
Viaje estelar	151
Vuelo de regreso	153
Rada de Montevideo	155
El apamate ciudadano	157
El niño sobre el hombro	159
La sombra	160
En el hondón de la herida	161
Gloria y agonía del poeta	162
Tú mismo	165
El trino en libertad	166
Las ideas en el viento	167
La enredadera	171
Nadie sabe	172

El puente derrumbado	175
Persistencia	177

### **Verba mínima (1978)**

Fluidez	183
Existencia	184
El sueño creador	185
Órbita del silencio	186
Cordilleras andantes	187
Una mujer incomparable	188
Nacimiento del ala	189
El trino	190
Hojas y plumas	191
Aventura	192
Sacrificio	193
Fugacidad	194
Decreto de cigarras	195
Hiladura es la vida	196
Vuelo interrumpido	197
Llueve sobre el monte	198
Cicatriz	199
Destrucción	200
Embriaguez	201
El pozo	202
Gracias	203
Desde la lejanía	204
Moldeadura	205
Perder el tiempo	206
Sombra y grandeza	207
Tiempo y sombra	208
Sombra y conciencia	209
Sombra en el río	210
Corazonada	211
El camino	212
Imagen	213
Cierto olor a jazmín	214
El pasado	215

Latido	216
Ser con los demás	217
Contraste	218
Tus manos	219
Si el agua se volviese	220
Intermedio	221
Más allá de la distancia	222
Respuesta	223
Hasta el fondo	224
Compañeros	225
Remanso	226
Palabra final	227
Desgaste	228
Perdurabilidad	229
Voz en el tiempo	230
El pez en la red	231
Coplas	232
Ceniza	233
Mediodía	234
Inmovilidad	235
La palabra	236
Plenitud	237
El afán incesante	238
Adelante	239

### **Isla de azul y viento (1986)**

Nota explicativa	245
Soy tu voz en el viento	247
<b>Alumbramiento de Paraguachoa</b>	249
[Rodaba el mundo enmudecido y solo]	253
El descubrimiento	258
<b>¿En dónde nace el mar?</b>	261
[¿De dónde viene el mar?]	265
La nadadora	269

Las dádivas del mar	271
Isla de Coche	272
Sobre las olas	273
El caracol	274
En la playa	275
Playa de El agua	277
Tarde de manzanillo	279
La mar enlunecida	282
¿Cuál es tu camino?	284
El corazón de la espuma	285
Huella en la arena movediza	286
La roca	287
El peñón	288
De isla en isla	289
El sabor de la ola	293
La primera lluvia	294
La brisa	296
Siembra mi sueño marinero	297
Descubrimiento del agua	299
<b>El viento en las alas</b>	301
El alcatraz	305
El guanaguanare	306
Los tigüitigües	307
Las chiquias	309
Las angoletas	310
La paraulata	311
El cocuyo	312
Paraulata en la espina	313
El guayamate	314
El colibrí	316
Embriaguez	317
Chirito de la Virgen	318
La gaviota	319
<b>Villas, pueblo y ciudades</b>	321
La ciudad, mi ciudad	325

Paraguachí	329
Juangriego del recuerdo	331
La azul claridad de Pampatar	338
Porlamar en el viento	345
Norte del norte de la tierra isleña	354
Bajo la sombra de los datileros	366
<b>Hilo en rueca de sueños</b>	381
Hilo en rueca de sueños	385
Yo sé que no vendrás	386
Prendido a tu recuerdo	388
Quemadura	389
Las campanas	390
El eco	391
Espina	392
Cera de ti manada	393
Sobre el tibio nidal de los recuerdos	394
Si te espero	395
Ausente de tus besos	396
Fugitiva	397
Extramuros	398
Cuando digo te quiero	399
Hazme una capa de musgos	401
La canción que vuela	403
La invencible rosa	404
Tarde en azul	405
El pozo de tus manos	407
Marinera	408
Ventanal de los sueños	409
Tengo una amiga cubana	413
Cuando tú regreses	414
<b>Hombre inacabado</b>	417
[¿Quién soy? ¿Qué soy?]	421
¡Vive!	422
Ahora o nunca	423
La huella	424

La cruz del pastel	425
La espiga	426
Vengo del tiempo	428
Duda	430
El tiempo escurridizo	431
El cabo lucero	432
¡Ahora iluminada!	433
Piedra del camino	435

### **Anexos**

<b>Facsimilares de manuscritos</b>	439
Prieto	443



Este libro se terminó de imprimir  
en la Fundación Imprenta de la Cultura  
durante el mes de abril de 2018  
La edición consta de      ejemplares

Guarenas, Venezuela





